A soft, painterly illustration of a young girl with long, voluminous white hair that flows down her back. She is wearing a light blue dress with a white collar and is looking down intently at an open book she is holding. The background is a warm, textured brown with faint, overlapping shapes that suggest a stack of books or papers. The overall mood is quiet and contemplative.

Por la autora de  
*Nunca olvides  
que te quiero*

# Lo que no sabes de mi amor

DELPHINE BERTHOLON

Lectulandia

Una emocionante narración a dos voces, separada treinta años en el tiempo, en la que una madre y un hijo nos permiten penetrar en los más oscuros, y nunca confesados, secretos de familia.

Una novela magistralmente narrada acerca del amor, el desamor, el mal de amores, el amor que construye y el poder destructivo del amor.

**Lectulandia**

Delphine Bertholon

# **Lo que no sabes de mi amor**

ePub r1.0  
nalass 01.11.13

Título original: *Grâce*  
Delphine Bertholon, 2012  
Traducción: Mercedes Corral Corral

Editor digital: nalasss  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Moje Kochanie, cariño:

¿Cuándo vuelves?

Te escribo aunque no tengo ningún sitio donde enviarte esta carta, ningún sitio en tu mundo sin buzones; tus viajes, el trabajo, ya lo sé, pero esta noche tengo que hablarte. Hace un rato he estado hablando contigo desde mi cama, te he hablado como se habla a Dios, pero no ha funcionado. De todas formas me viene bien escribir en tu lengua, en espera de la lengua de tu boca. Lo hago en la vieja máquina Remington, me encanta el ruido que hace, va muy bien con las piedras doradas de la casa; resuena dentro de ella y me parece que soy una de esas escritoras que salen en las películas americanas.

Te escribo porque tengo el presentimiento de que va a suceder algo malo. Siempre intuyo lo que va a pasar. Cuando era pequeña supe que mi abuelo iba a morir justo antes de que muriera, porque en ese momento sentí muchísimo frío y como si alguien me estrangulara, sentí dos manos alrededor de mi cuello como siento las tuyas sobre mi piel cuando te mueves dentro de mí; creo que lo supe porque Dziadek, el abuelo, y yo éramos uña y carne. Siento el mismo frío, pero esta vez es por mí. Ella lo sabe. No dice nada, no exterioriza nada, pero yo estoy segura. Lo sabe.

¿Lo haremos? ¿Nos iremos?

Por aquí todo va bien. Quiero mucho a tus hijos, aunque a veces Lise, ya te lo he dicho, me asusta con sus grandes ojos como monedas de plata.

Estoy deseando que llegue la Navidad porque estarás aquí, habrás vuelto, y me pregunto si todas esas personas a las que vas a ver en tus viajes necesitan todas esas cosas que vendes. En casa, en Polonia, mi padre era carpintero. Las cosas que él vendía eran cosas útiles. Todo el mundo necesita sillas donde apoyar las nalgas para no estar de pie todo el tiempo y mesas para cenar, y armarios, y bancos y caballitos de madera. Hizo uno para mí cuando cumplí seis años, con una cuerda a modo de

crin. Le dibujó unas manchas grises sobre el pelaje alazán, pero le pintó el hocico de azul, seguramente para que no creyera que era un caballo de verdad, como si yo fuera tonta. Un día mi vecino se subió a él y lo rompió; típico de los chicos. Nathan también rompe a veces las cosas de Lise, y ella hace lo mismo con las de él, salvo que Nathan no lo hace a propósito y Lise sí.

Tu hija y tu mujer se parecen, en el pelo rubio ceniza y en la mirada metálica.

¿Cuándo vuelves? Ya sé que llamaste ayer por teléfono, pero, claro, no pude preguntar. Ojalá ella no hubiera estado en casa, ojalá hubiera respondido yo, y no ella. Desde que la cabina telefónica está rota siento como si fuera a morir de tristeza todas las tardes. Qué diferente a cuando bajaba a la calle a esperar tu llamada entre las cuatro paredes de cristal, y oía tu voz y me hacías reír y después todo era posible y alegre hasta tu regreso de verdad. En lugar de eso, escribo. Si todo va bien, no leerás esta carta. Pero escribo porque noto el frío como con Dziadek, el abuelo, y me encuentro mal. Si no estoy aquí cuando vuelvas, significará que tengo razón; te dejaré esta carta en nuestro escondite, ya sabes dónde, seguramente se te ocurrirá ir a mirar ahí, espero, y así sabrás que no te he abandonado.

Quizá estoy diciendo tonterías, quizá estoy desvariando porque te echo demasiado de menos, hace mucho frío y estoy incubando una enfermedad. «Estoy hecha polvo», como tú dices. Me hace gracia; te imagino como un gran cojín que sacudo con mis manos para limpiar, y siempre, qué tontería, me acuerdo de esto cuando estamos en la cama, cuando nuestros sudores se mezclan; cierro los ojos y tú te conviertes en un cojín muy suave, y entonces te sacudo con mis manos con más fuerza aún, mullo y te sacudo, y tu sudor es una lluvia en forma de amor.

¿Lo haremos? ¿Huiremos?

Cuando no estás aquí todas las cosas de las que estoy segura cuando estás a mi lado se convierten en dudas y sombras, en grandes pájaros negros que revolotean encima

de mi cama y me picotean la cara.

Mañana volverás a llamar, espero, y contestaré yo porque ella estará en la peluquería, poniéndose guapa para tu regreso.

Yo no haré nada especial a tu regreso. Estaré aquí, esperándote.

Kocham cię, te quiero,

C.

Nada más cruzar el umbral de la casa supe que algo no iba bien. Quizá fuera la mirada de mi hermana y el hecho de que ni siquiera se levantara de la mecedora para saludarnos, obligando a los niños a aproximarse a ella muy despacio, un poco asustados, como cada vez que ven a su tía. Le rozaron ligeramente la cara con los labios y luego se fueron al parque, como si las baldosas rojas les quemaran los pies.

Lo más probable es que esa sensación me la provocara el rincón izquierdo del salón, ese rincón que solo veía una vez al año pero siempre igual, adornado con un abeto demasiado grande para la habitación, con la copa doblada contra el techo, grotesca, como si mi madre no tuviera ojo para las medidas ni fuera a tenerlo jamás; me pregunto si no lo haría adrede. «¿No se te ha ocurrido nunca medirlo, Grâce?!».

En realidad, todas las Nochebuenas mi primer pensamiento iba dirigido, agresivo, contra mi madre y ese árbol desmesuradamente grande. Pero ese año pensé en la mirada de mi hermana, puesto que no había ningún abeto. El rincón izquierdo de la sala estaba vacío, escandalosamente vacío, lo que me trasladó a la época en la que yo vivía en esa casa, hacía mucho, muchísimo tiempo, una eternidad.

—¿Dónde está mamá?

—En su habitación. Está durmiendo.

Me quité el anorak y lo tiré encima del banco. El televisor estaba encendido, mudo, en un canal de noticias. El rostro de Laurent Gbagbo, eterno presidente de Costa de Marfil, ocupó la pantalla; después apareció la torre Eiffel con once centímetros de nieve, hecho sin precedentes desde 1987. Me incliné hacia Lise, le rocé la cara con los labios como habían hecho antes los mellizos, y le di un sonoro beso en la mejilla firme, casi dura. Tampoco se dignó levantarse por mí. Su sillón chillaba como un animal enfermo, un ascua de carbón estalló en la estufa. Mi hermana apagó el televisor y alargó la mano indolentemente hacia su paquete de cigarrillos.

—De acuerdo —dije—. ¿Hay algo que deba saber?

—No, ¿por qué? —respondió ella encendiendo una cerilla con ese aire que ha tenido siempre, desde niña, de tomarle a uno por un perfecto imbécil sin que nunca sepas si se trata de maldad o solo picardía.

—¿Por qué, Lise? Son las cinco de la tarde, es Nochebuena, mamá duerme, no hay abeto y tú te meces como una retrasada mental en lugar de... no sé, hacer lo que acostumbras, abrir una botella con la excusa de que «por fin» hemos llegado, por ejemplo.

—Ya sabes dónde está la bodega, chaval.

Suspiré, olí con deseo el humo de tabaco rubio que acababa de salir de sus labios. En el salón sonaron cinco campanadas desde el alto reloj de péndulo, en cuyo vientre me escondía cuando era pequeño para escapar de mi madre, de mi hermana, de la tristeza. Después de que mi padre se fuera solo quedaba eso: tristeza. Observé a Lise

durante un instante, hacía meses que no la veía. Seguía siendo la misma: vaqueros usados, camisa abierta, botas altas de tacón, un poco marimacho, aspecto de adolescente a pesar de sus cuarenta años y de sus cuarenta pitillos diarios. Ni guapa ni fea, solo extraña, como un potro torpe con el carácter de un semental.

Cogí una mandarina de una cesta que había encima de la barra americana y me puse a pelarla. Después de haber dejado de fumar, había desarrollado miles de manías para tener las manos ocupadas. A medida que pelaba la mandarina iba dejando los trozos de cáscara encima de la estufa para que dieran olor, ese olor de infancia ácido y agrio. Me acordé de Lise echándome el zumo a los ojos y riéndose de mí: «¡No seas nenaza, así te brillará la mirada!». La verdad es que sobre todo me hacía llorar. Mi hermana sonreía absorta, como si estuviera recordando lo mismo que yo. Acerqué una silla a su lado y partí en dos la mandarina. Le di la mitad, que devoró en medio de una nube de humo. Tragó, tosió y luego señaló su cigarrillo.

—¿Sigues sin fumar?

—Hará tres años en febrero.

—Eres un fuera de serie. Pero eso es por los críos. Si yo los tuviera, también lo dejaría. O si tuviera pasta. O, ya puestos, las dos cosas...

—Fumar cuesta un dinero, Lili. Un montón de dinero de hecho.

—Ya. Pero cuando se está tan forrado como tú, se tienen compensaciones. Uno se puede ir de viaje, de compras, u ocupar las manos con anillos.

Miré mi alianza mientras la hacía girar inconscientemente en el dedo. Pensé en ti, Cora, pensé en nuestros niños en el parque de noche; llegué a la conclusión de que Lise no era mala. En el fondo supongo que siempre lo he sabido. Otra ascua de carbón crepitó en la estufa, sonó en medio del silencio como una sábana desgarrada.

—¿Voy a comprar algo? ¿Habéis previsto algo en lugar del abeto?

—Pero ¿qué te pasa este año con ese maldito abeto? Si nunca has podido soportarlo, siempre diciendo «¡Es demasiado así o demasiado asá!». Y sí, cenaremos, no te preocupes. Un pollo a la crema, solo hay que calentarlo. No tenemos prisa.

Los niños reaparecieron tiritando, con la nariz y las mejillas sonrosadas bajo sus pequeñas chapkas. Sobre las viseras de piel falsa de los gorros rusos brillaban unas lentejuelas de escarcha. A coro, como siempre que están excitados, exclamaron:

—¡Está nevando!

Soline precisó:

—¡Y mucho!

—¡Unos copos así de grandes! —exageró Colin abriendo los brazos.

—¡Estupendo, chicos! Mañana haremos una batalla de bolas de nieve y os daré una buena paliza. Mientras tanto quitaos esa ropa.

Se miraron el uno al otro con esa condenada mirada de mellizos, con esa complicidad fatal, indescifrable. Por mucho que sea su padre siempre me siento

excluido.

—¿No podemos seguir jugando?

—Coco, ¡estáis completamente empapados! Además ya es de noche.

—Sí —dijo Lise dirigiéndose a ellos por primera vez desde nuestra llegada—. No creo que Papá Noel traiga regalos a los niños con neumonía.

Miraron a su tía sin saber a qué atenerse. Sonreí para mis adentros. Mi hermana era experta en chingar a los niños. Después de todo yo había sido su primera víctima.

—En serio —continuó—. ¿Qué os creéis? El Viejo Vestido de Rojo tiene un montón de curro estos últimos tiempos. No puede arriesgarse a contagiarse.

Los mellizos se pusieron de acuerdo para abandonar al mismo tiempo la habitación, Soline delante y Colin detrás.

—¡La muda está en la bolsa azul! —grité.

Diez minutos más tarde ya se habían secado de arriba abajo y cambiado de ropa, y pedían galletas y Coca-Cola.

El reloj grande acababa de dar las cinco y media. Creo que en ese momento el primer suceso ya había tenido lugar, pero solo los niños se habían dado cuenta.

*Grâce Marie Bataille,*  
*7 de marzo de 1981, secreter del dormitorio,*  
*7.22 h en el radiodespertador*

Esta mañana he cumplido treinta y cuatro años.  
Treinta y cuatro años, dos críos.

¿Mi marido? En otra parte.  
Tú: en otra parte.

He querido hacerme un moño y ¿sabes qué, Thomas? De pronto me he visto la nuca en el espejo doble. Me he visto la nuca y, en medio de la densa mata de pelo, había un mechón de cabellos grises. Bueno, grises no. Blancos.

No estás aquí para verlo: tus malditos viajes de negocios. Benditos sean tus viajes de negocios. Me muero de hambre, pero tú no lo sabes. Utilizo unas cremas nauseabundas, pero tú no lo sabes. Doy la vuelta al pueblo varias veces jadeando como un buey, pero tú no lo sabes.

A los treinta y cuatro años mi madre aparentaba cincuenta. Sus manos eran estropajos metálicos. Papel de lija. Sus caricias, un lijado.

Lo juré, juré que nunca sería como ella. Recuerdo que lo juré a los trece años delante del espejo de mi habitación.

Perjurio.

He ido a la peluquería para volver a darme reflejos. La peluquera ha dicho que tendría que pensar en teñirme; los reflejos ya no bastan para contener el fenómeno. Lo ha dicho así: «el fenómeno». La puñetera no tenía ni veinte años. Me han entrado ganas de gritar: «¡Yo también he tenido veinte años!». Por Dios, me conociste medio desnuda en una playa, ¡y había que verme entonces en pelotas! Lo mejor que tenía eran las nalgas. Las nalgas y el pelo. Tú siempre lo decías: «Con ese pelo y ese culo conseguirás lo que quieras de quien quieras».

Ya no consigo nada de nadie; ni siquiera los críos me obedecen. Nathan todavía,

porque es un bebé. Pero Lise es un bicho. Supongo que ha salido a su madre. Eso no quita que sea mi preferida. Nunca lo diría en voz alta, pero sí, es mi preferida.

¿Mis nalgas desde que nació Nath? Ya no tienen arreglo. ¿Y mi pelo? Dime, ¿a los treinta y cuatro años una ya está acabada?

Grâce. Gorda.

Zorra<sup>[1]</sup>.

Pero la zorra no soy yo, sino ella.

¿Por qué tuvimos que hacerlo? ¿Por qué tuvimos que contratarla? No debería haberte escuchado. Este mechón de canas es por su culpa. Seguro que lo es. En seis meses mis arrugas se han vuelto más profundas, mis mejillas se han ajado y mi cuello se ha vuelto flácido. Esta chica es una maldición.

Querido, empiezo este diario porque no quiero saber nada de «terapeutas». No soy una burguesa. Nunca he sido una de esas burguesas que se miran el ombligo lloriqueando. Aunque motivos tendría.

Me dirijo a ti porque, si pusiera «querido diario», tendría la impresión de ser una niña de diez años.

Muérete. Nunca leerás estas líneas. Nadie leerá jamás estas líneas. Todavía soy capaz de tener intimidad.

Aunque sea poca.

Querría despedirla, pero te temo. Sé que es una estupidez, Thomas, pero te temo. Ya no quiero dejar el trabajo, ahora no; fue demasiado difícil volver a estar en el ajo, traer dinero, volver a ser una mujer, volver a ser alguien. En eso al menos no seré como mi madre, metida en casa toda la vida contando cada céntimo, pues la compra de esta casa les arruinó.

Necesito que vuelvas, necesito que me beses, necesito que me mientas: necesito que finjas.

Necesito que me digas «Qué guapa eres».

Nunca sabré lo que piensas realmente, si echas de menos a la chica con la que te casaste, aquella rubia delgada, alta y esbelta, aquella rubia con el culo perfecto que no necesitaba tinte ni agua oxigenada, ni ninguna de esas guarrerías artificiales, aquella rubia que veo en las fotos y en la que no me reconozco.

Dime, ¿qué pasará cuando tenga cuarenta años? ¿Y cuando tenga cincuenta?

Nathan está llorando otra vez. Ese crío es un mar de lágrimas.

Voy a ver qué le ocurre.

Mamá apareció en el quicio de la puerta, embutida en un traje pantalón negro muy elegante, un atuendo tipo Saint-Laurent, mientras que todos los demás íbamos vestidos de campo. Una huella de la almohada marcaba todavía su piel, un estigma rosado en la mejilla. Había envejecido desde el verano, la última vez que yo la había visto; algo en su mirada había envejecido. En ese momento no supe muy bien el qué. Solo tuve la fugaz sensación de que una parte de ella se había deteriorado.

—¡Nathan!

Se precipitó hacia mí y me estrechó entre sus brazos. Una efusión nada habitual en ella; era incluso la primera vez que se comportaba así, lo que contribuyó a la singularidad de la situación.

—¿Dónde están los bebés?

Miró a su alrededor y divisó a los mellizos sentados en el banco, jugando a las Siete Familias: «Dame la madre», «No la tengo». Mamá les seguía llamando «los bebés». Estaban a punto de cumplir seis años y sabían leer y escribir, pero para ella seguían siendo «los bebés». Nacieron tan minúsculos, Cora; si hubieras podido verlos... tan minúsculos. Nunca hubiera pensado que dos seres tan minúsculos podrían llegar a convertirse en estos niños, no muy grandes, es verdad, pero tan bien hechos, tan guapos y tan inteligentes que resultan inquietantes. Ambos lanzaron a quemarropa:

—Abuelita, ¿sabes qué? ¡Nos van a pasar de curso!

—¿Ah, sí? ¿De veras?

Me miró y yo asentí con la cabeza. En su mecedora Lise se encendió otro cigarrillo.

—Estoy muy orgullosa de vosotros —murmuró mi madre sentándose entre ellos, lo cual les molestó, lo sé.

Pese a todo le hicieron sitio en el banco de color verde manzana.

—Hemos acabado el parvulario —explicó Colin acercándose las cartas a la cara para que su hermana no se las viera. Cuando volvamos de vacaciones pasaremos a primero.

—¿Así, en mitad del año?

Soline se encogió de hombros.

—No hay que perder tiempo porque la vida pasa muy deprisa. Eso es lo que dice la maestra.

Grâce soltó una risa nerviosa y frunció el ojo izquierdo, como acostumbra a hacer cuando está contrariada. Se puso a acariciar el pelo de Soline suavemente, como si temiera que se fuera a romper.

—La maestra tiene mucha razón.

—¡Es-tu-pen-do! —exclamó Lise levantándose por fin de la mecedora para tirar su colilla dentro de la estufa—. Creo que ha llegado el momento de tomar el

aperitivo.

Yo había traído el tradicional champán, así que le hice una seña.

—Voy.

Mientras rebuscaba en las bolsas isotérmicas que había dejado fuera, al frío propio de la estación, Soline apareció ante mí, su diminuta sombra proyectándose sobre las dalias. La regañé de forma instintiva. Ni siquiera llevaba puesta la cazadora; y en efecto nevaba mucho.

—Papá, ¿quién es Tina?

—¿Tina? No sé... ¿Por qué? ¿De dónde has sacado ese nombre?

Mi hija hizo un puchero inclinado la cabeza hacia un lado. Cada vez que hace ese gesto me recuerda a esas vírgenes italianas de sonrisa enigmática y cabellos rubios, casi blancos, cayendo sobre sus frágiles hombros. Resopló muy fuerte para quitarse una gota que le colgaba de la nariz.

—Vamos, cariño. Hace demasiado frío.

Cogí una botella de champán y empujé a Soline dentro de la casa, colocando la palma de mi mano entre sus omóplatos. Ella ofreció resistencia, un pequeño juego entre nosotros, resbalando con los talones sobre las baldosas del recibidor. Estallé en carcajadas, pese a que estuvo a punto de caerse; se quedó como floja y después avanzó. A cada paso que daba dos luces rojas parpadeaban en la parte de atrás de sus zapatillas, como un adorno de Navidad.

Se parece a ti, Cora. Es tu vivo retrato, te lo aseguro, es increíble. Tú en versión rubio platino. Solo os diferenciáis en el cabello. Cuanto más crece, mayor es el parecido. Me la imagino cuando tenga quince, veinte, treinta años. Me la imagino a la edad en la que tú falleciste. Un pensamiento macabro sin duda, pero no puedo evitarlo. Lise también se parece a su madre. Cuando la miro es a Grâce a quien veo, a Grâce a los cuarenta años; si no fuera por esas mechas rojas que se empeña en hacerse año tras año y que le sientan tan mal. Yo la prefería rubia.

Tú no querías demasiado a mi hermana. Tratabas de ser amable con ella, pero no lo conseguías, exactamente igual que con nuestro vecino, ese al que llamabas el Carroza y cuyo espantoso chow chow con la lengua completamente negra se hacía caca en la escalera, ese que llamaba a la policía en cuanto dábamos una fiesta. Con Lise te comportabas de la misma manera: sonrisa forzada, chistes de mal gusto, te mordías las uñas de impaciencia. Los mellizos son como tú.

Nos hemos mudado de casa, ¿sabes? Hace cuatro años. A la fuerza; la buhardilla de Montmartre era demasiado estrecha. Los niños crecen muy deprisa, necesitan espacio... Me costó dejar nuestro «palacio», con todas esas imágenes felices impresas en las paredes: tú palmeando, «champán, más champán», embriagada en medio del salón con un cigarrillo en los labios y tus gafas en forma de media luna en

la punta de la nariz; tú con los ojos brillantes tras descubrir un mueble raro para la galería; tú enojada, «pero mira que eres coñazo, ¿te han inventado para darme el coñazo o qué?»; tú diez minutos más tarde dándome besos por toda la cara para hacerte perdonar; tú demasiado sensata en el sofá de Arne Jacobsen como un grabado de los años cincuenta, con tus minúsculas manos apoyadas sobre tu enorme vientre: es la última imagen que conservo de ti, la que quiero atesorar, tus manos con las uñas rojas sobre la camiseta blanca.

Hoy vivimos cerca de Nation, también en la última planta, en un dúplex. He acondicionado el desván para los niños, dicen que duermen en su «castillo en el aire». Una noche Tim y Sarah vinieron a cenar y ella utilizó esta expresión, «castillos en el aire». Supongo que eso les hizo soñar. Es cierto, su dormitorio recuerda un castillo, con vigas por doquier y todo a su medida. Cuando nieva se convierte en su «iglú» porque, al tener ventanas Velux en el tejado, el cielo desaparece bajo una espesa capa blanca, como un edredón.

Así que adiós al Carroza. Aquí los perros no se hacen caca en la escalera; además tenemos ascensor. Aparte de eso, no sé qué más contarte. Ya casi no doy fiestas.

*Grâce Marie Bataille,*  
*16 de marzo de 1981, mesa del salón,*  
*21.35 h en el reloj grande*

Mañana volveré a pintar las paredes de nuestra habitación; será una sorpresa para cuando vuelvas. Estoy harta de este papel pintado. Cuando lo pusimos me parecía «moderno», con esas enormes flores violeta tan pop y todos esos toques plateados en medio del púrpura. Diez años más tarde se ha vuelto oscuro, feo y anticuado. El plateado se ha ido, solo queda el gris, un gris apagado, espectral, que me recuerda cada día hasta qué punto he envejecido, cada vez más deprisa, según parece. De hecho me dan ganas de cambiarlo todo. Quiero algo nuevo, alegre, luminoso, original. Las únicas novedades son esos malditos instrumentos culinarios que tú traes, esos objetos «punteros», según tu expresión, como si su presencia pudiera hacer olvidar que para venderlos estás siempre ausente. Yogurtera, sorbetera, máquina para hacer pasta, freidora; detesto cocinar, sobre todo desde que tienes este trabajo. Prefería la época en que vendías cepillos; al menos te quedabas en casa.

Estoy ahorrando en una cuenta aparte, de la que no te he hablado. Te parecería una estupidez renovar la decoración. Siempre he vivido en esta casa. Estoy muy apegada a ella, es cierto; forma parte de mí, de mi madre, de mi padre. No obstante, tengo derecho a cambiarla. La gente cambia. Yo cambio. Los tiempos cambian, las modas, el mismo espacio parece cambiar, con la luz, las estaciones, las gentes que lo habitan. La casa ha cambiado contigo, con Lise, con Nathan. Cambia también con ella, a partir de ella, la chica.

De modo que cuando veo cosas en la revista *Arte y decoración* —muebles, decorados, ambientes— las recorto. Las clasifico, las ordeno encima de nuestra cama, me construyo un nido ideal. Esta casa es demasiado grande cuando tú no estás, una pobre carcasa hinchada en la que tu fantasma resuena como una deflagración.

Es curioso, Nathan también adora las revistas de decoración. En cuanto dejo alguna rondando por ahí me lo encuentro sentado en el sofá, serio como un hombrecito, estudiando plácidamente un *Especial cocina*. Acaba de cumplir cuatro años, ¿no te parece raro? El otro día le pregunté qué era lo que le gustaba tanto. Me respondió: «La luz. La luz en los sitios, los sitios donde no hay luz y por qué en ellos se forman sombras». No sé si eso significa que será científico, o si se trata de un signo precoz de homosexualidad. Es un niño tan dulce... Nuestros hijos parecen tener los sexos invertidos: Lise es un auténtico marimacho, deberías haberla visto cortando leña el otro día, parecía un leñador de veinticinco kilos. Le ha enseñado Ed. No me gusta nada que utilice el hacha, ¡es más grande que ella! En fin... En cualquier caso tengo

que acordarme de hablarte de él, de Nathan.

*Grâce Marie Bataille,  
17 de marzo de 1981, café La Poste,  
9.12 h en el reloj de péndulo  
(un reloj de cuco de plástico imitación madera, un horror)*

Me he pasado la noche arrancando el papel de las paredes. Era tan fácil, salía completamente solo en trozos inmensos, parecía que las paredes solo estuvieran esperando eso: su liberación.

Estos grandes paneles infectos me deprimen. He dejado a Lise y Nathan en el colegio, he comprado pintura, un azul pastel extraño con un nombre poético, «tormenta eléctrica». Voy a aprovechar mi día libre. Tú vuelves el sábado, tiene que estar seco para entonces. La chica me ayudará; se estropeará las manos, lo cual no le vendrá nada mal. Dicen que los polacos son buenos obreros.

Soy mala. En el fondo es amable, servicial y además los críos la adoran. Creo que eso es lo que más me fastidia de todo. Soy mala, Thomas, no soy una buena madre. Una madre digna de ese nombre estaría contenta de que sus hijos quieran a su niñera. Una buena madre se alegraría, le estaría agradecida. Pero desde que llegó me siento diferente. No, diferente no; múltiple. Su juventud despierta algo en mí, una parte oscura. Todos somos varios seres por dentro. El espíritu humano no es de una sola pieza, es más bien un grupo, un equipo, con sus buenos y sus malos jugadores, sus ganadores y sus perdedores. El capitán y sus esbirros, si lo prefieres. El conjunto solo funciona por consenso, un frágil consenso que concede a la bondad un puesto estratégico. Mi capitán es una mujer valiente, jovial, con un gran corazón. Sus esbirros son envidiosos, posesivos, agresivos, me los imagino como una nube de gorriones a modo de velo de novia por detrás de mi cabeza: un velo de tinieblas. Su juventud despierta a los esbirros y mi cabeza se asemeja a lo que estoy bebiendo aquí, en una mesa de formica amarilla de La Poste: una taza de café negro con volutas parduzcas de humo, misteriosas y amargas.

*Amigo, ¿oyes el vuelo negro de los cuervos sobre nuestras llanuras...?[2]*

Pintar las paredes me sentará bien. Actuar evita pensar, ¿verdad? Eso es lo que tú dices para disculparte por tu trabajo, por tus desplazamientos: «Los viajes me ayudan a no pensar. Y tú, Grâce, piensas demasiado». Mi padre, que en paz descansa, decía lo mismo.

Debe de ser un ardid de los hombres, lo de negarse a pensar.

En la cena, por alguna oscura razón, todos parecían estar tensos, incluidos los niños. Yo estaba más bien alegre gracias al champán, pero esa inquietud no expresada me contaminaba poco a poco. Pregunté a Lise acerca de su trabajo en las galerías Lafayette, lo cual no fue una buena idea: «Una esclavitud, cabrones, abusones, sucios capitalistas de m...». De modo que evité mencionar el proyecto que tenía entre manos, la recuperación de un antiguo cine en la región parisina, una obra fuera de lo común que me estimulaba mucho. Después de hablar de la nieve, el buen tiempo, el tamaño de las gambas y de todas esas cosas inventadas para no hablar de nada, el tictac del reloj cobró tal amplitud que, en mitad del famoso pollo, mamá se levantó para encender el equipo de música. Escogió a Eddy Louiss, *Bohemia After Dark*, un jazz simpático, festivo pero no demasiado, una música perfecta para la ocasión. Pero no bastó para relajar el ambiente; cada chasquido de la estufa, cada crujido de las vigas, cada racha de viento al otro lado de las ventanas la hacían sobresaltarse; todos esos ruidos que ella conocía de memoria tras haber pasado sesenta años en esa casa, su casa, la casa de sus padres, su herencia. Pocas veces la había visto tan nerviosa, y Lise parecía compartir mi extrañeza, mirándola de reojo cada vez que su cuerpo delataba su ansiedad. Pero no pregunté nada, aún no; trataba de hacer como si no pasara nada, al menos por los mellizos.

Primer plato, segundo plato y postre, y yo te echaba de menos, Cora, a ti, de quien nunca se habla para no hacerme daño a mí ni a los niños, que no te han conocido. Les cuento cosas de ti, no te preocupes. Te conocen de memoria, hacemos un pequeño concurso los domingos por la mañana, un ritual: ¿Su color preferido? ¡El rojo! ¿Su estación favorita? ¡El verano! ¿Su plato número uno? ¡Las gambas! Y así, semana tras semana desde que son capaces de comprender, hacemos la lista de quién eras, mamá. Por Navidad te escriben una carta; por tu aniversario te escriben una carta; por el día de la Madre te escriben una carta, y por su propio aniversario, es decir, el día de tu muerte, te escriben una carta. La idea puede parecer siniestra, pero no les entristece; de vez en cuando les gusta ser como todo el mundo. Pegan lentejuelas, corazones y cintas, les divierte mucho.

Para ellos eres como un personaje de cuento, como una princesa Disney. Quisiera que esto durara eternamente. Quisiera que su infancia nunca acabara, que no se dieran cuenta nunca. Pero cada domingo, cuando llega el momento del concurso, sé de antemano que fallaré; me preguntarán algo sobre ti que no sabré, que seré incapaz de responder. Ocurrirá antes o después, me preparo para ello. No se puede conocer a alguien a fondo en cuatro revoluciones planetarias, y menos a alguien como tú. Pero ese día tendré la sensación de perderte de nuevo. Entonces me inventaré las respuestas. Te inventaré.

Después de investigar por toda la casa la angustia de los mellizos se debía sobre todo a no saber dónde dejaríamos los zapatos —de tal palo, tal astilla— pues no había ningún abeto. Una vez aclarado ese asunto («¿Cerca de la estufa?». «¿Estás seguro de que será lo mismo?». «Bah, ¿por qué no va a serlo?»), volvieron a ser ellos mismos, a pelearse por el trozo más grande de tarta en sus platos. Colin tiene la teoría de que como hermano mayor —«¡por siete minutos!»—, y con mayor razón por ser varón, se merece siempre «un poco más» que su hermana. Una forma de afirmarse, porque no cabe duda de que Soline es muy dominante. Ella decide —juegos, horarios, merienda— lo que se hace en su reino, «haremos esto y aquello». Su hermano la obedece sin rechistar, o apenas, solo por salvar las apariencias. Como una pareja, en cierto modo. Como tú y yo. Oh, mujer-a-quien-nunca-se-le-podía-decir-que-no... Pero tu hijo es consciente de ello; así que para compensar ha creado la teoría del «un poco más». Su hermana, que no tiene un pelo de tonta, le sigue el juego, lo cual resulta entrañable.

Lise nos puso los cafés, nuestros hijos colocaron sus zapatillas de deporte alrededor de la estufa, mejor alineadas que nunca, y subieron a ponerse el pijama sin necesidad de que yo alzara la voz. Sabía que no dormirían nada, como todas las Nochebuenas. Dudo que sigan creyendo en el Viejo Vestido de Rojo, pero era agradable fingir que sí, estirar la infancia y sus bonitas mentiras; se lo agradecí para mis adentros.

Les dejé prepararse y luego subí al primer piso para controlar. Una vez arriba lo primero que me llamó la atención fue el gran armario ropero. En lugar de encontrarse, como siempre, en mi antigua habitación, lleno de las prendas caras, chic y bien confeccionadas de mi madre —coquetería absurda en un pueblo de setecientos habitantes en pleno campo donde nadie tenía tiempo para admirar su elegancia—, el mueble estaba colocado contra una pared, atravesado en el estrecho pasillo, obstruyendo el paso y taponando la trampilla por la que se accedía al desván.

Vaya, me dije. Mamá y sus caprichos...

Oí gritar a los niños en el otro extremo del pasillo. Entré en la habitación que ocupaban cada vez que veníamos y que, en otros tiempos, completamente a desmano, había sido la de las niñeras. Estaba decidido a «darles un escarmiento», como decía mi padre: «¡Cuidado, voy a daros un escarmiento!», amenaza que a Lise y a mí nos daba mucho miedo. No estaba demasiado en casa, por lo que su autoridad tenía a nuestros ojos algo de legendaria. Encontré a los mellizos levantados frente a la ventana, mirando la oscuridad del parque, es decir, nada.

—De acuerdo, chicos. Ya sé que es Nochebuena y todo eso. Pero ya conocéis cómo funciona la cosa...

—Sí —susurró Soline volviéndose hacia mí—. «Sin dormir, no hay regalos».

—Exacto. Así que al catre.

—¡No tenemos sueño!

Cuando están descontentos también hablan al unísono. Nuestros hijos hablan así cuando están excitados, descontentos o asustados. En esos momentos, por muy diferentes que sean, hacen frente común, como si fueran la misma persona. Ese tic siempre me ha resultado angustioso, esas dos voces similares superpuestas, como ondas de radio o frecuencias extraterrestres.

—Pues entonces leed. ¡Para algo os habéis empeñado en traer la mitad de la biblioteca!

Colin apartó a su vez los ojos de la ventana y miró a su hermana. Se pusieron de acuerdo en silencio y empezaron a rebuscar en su bolsa para elegir un libro, lo cual les llevaría siglos, lo sabía. Me dirigí hacia la ventana para tratar de comprender qué era lo que tanto les interesaba en esa oscuridad tan densa. Apenas se distinguía el parque, la silueta erizada del cedro azul, las viñas a un nivel más bajo, retorcidas sobre un fondo púrpura como los miembros múltiples de ancianos petrificados. Quizá eran las viñas lo que les daba miedo, todas esas hileras de garras que parecían perderse, infinitas, en la oscuridad. También a mí me daban miedo de pequeño, sobre todo cuando había luna llena, porque entonces se transformaban en sombras chinescas, en criaturas lúgubres y amenazadoras; me recordaban esos grabados de Gustave Doré que vi en un libro de mi padre y que, desde entonces, me aterrorizaban. Y sin embargo nací aquí. Los niños urbanos no están acostumbrados; la oscuridad, la auténtica oscuridad, no existe en la ciudad. O quizá fuera el viento, que al soplar entre las ramas hacía hablar a los árboles en un idioma desconocido.

Finalmente se acostaron juntos en la gran cama, ahuecaron sus almohadas y luego abrieron sus libros, como diciendo: «Lo ves, papá, somos buenos y obedientes y nos merecemos un camión lleno de juguetes». Les di un beso en la frente. Como cada noche, su frente estaba tersa, suave y fresca. La piel de los niños, Cora, es increíble.

—No os quedéis mucho tiempo despiertos, ¿de acuerdo?

Asintieron con la cabeza y Colin, con su sonrisa de diablo en pijama, declaró:

—Vale.

Pensé: Coco, me tomas por un ingenuo, pero pese a todo sonreí y cerré la puerta tras de mí.

*Grâce Marie Bataille,*  
*19 de marzo de 1981, mesa del salón,*  
*19.45 h en el reloj grande*

Hoy he perdido un paciente. Era muy mayor, casi tenía noventa años. Ha muerto por las buenas, ¿sabes?, tranquilamente... Aun así es terrible.

Se llamaba Georges Vannier. Había luchado en la Gran Guerra; en la Segunda Guerra Mundial formó parte de la Resistencia como civil: lo declararon inútil a causa de una grave herida en la pierna sufrida en la batalla del Camino de las Damas. En el 39 regentaba una droguería en rue de la Charité y la aprovechó para esconder a algunos amigos judíos al fondo del almacén. Salvó a una familia entera: el padre, la madre y los tres hijos. En resumen, un héroe en el sentido estricto de la palabra. Había recibido la Cruz de Guerra en su juventud. «¡Una palma de bronce, una estrella bermeja y una estrella de plata!», precisaba, ufano, antes de cambiar de tono y añadir que «hasta las palomas fueron condecoradas, así que no hay que hacer una montaña de ello». Eso no le impedía llevar siempre prendida esa medalla en la solapa del pijama, razón por la cual todo el mundo le llamaba Comandante. Decía que yo era demasiado bonita para apellidarme Bataille, que esa palabra debería ser excluida del diccionario, de la vida y de todo el universo, que debería rebautizarme y tener una especie de renacimiento, que sería formidable. De pronto me llamaba señorita Grâce. No decía «Grasse» como los demás, sino que pronunciaba «Greis», a la americana. Adoraba a los americanos y todo lo que fuera americano, mucho o poco: el ketchup, el gospel, Ronald Reagan, Ronald Mc Donald, la NBA, las rayas rojas, los Marlboro, los vaqueros, los indios, Thelonious Monk, los Ford Mustang e incluso *Dallas*, esa nueva telenovela de la que se mofa todo el mundo pero que todo el mundo ve. Todo salvo Vietnam, su gran decepción, «mi Gran Depresión», decía bromeando. Ayer, cuando sintió que se acercaba el final, me dijo: «El siglo xx, señorita Grâce, ha sido una auténtica carnicería. Lo abandono sin ninguna pena». Un tópico, ciertamente... pero dicho por él era tan legítimo que se convertía en profundo.

Estoy triste porque lo quería mucho. Por lo general estoy acostumbrada a lidiar con la muerte; una enfermera está siempre entre los dos mundos, forma parte de su trabajo. Solo me impresiona un poco ver morir a los viejos y a los niños. A los chavalitos y a los abuelitos. Seguramente porque tienen algo en común: la fragilidad.

El señor Vannier era muy amable, pero estaba completamente equivocado. Mi apellido me va que ni pintado. De hecho, es el tuyo.

Soy un campo de batalla.

*Grâce Marie Bataille,*  
*19 de marzo de 1981, cocina,*  
*23.45 h en el reloj grande*

Hace un momento, en la mesa, he hablado de Georges a la chica. Había cocinado un plato de su país, ahora no recuerdo cómo ha dicho que se llamaba, creo que *Klopsiki*; a decir verdad, me han parecido albóndigas de carne con tomate, ni más ni menos.

En fin.

Le he hablado, pues, de Georges, no he podido resistirme. Hablo con ella lo menos posible, pero en ese momento lo necesitaba. Me ha contado que a finales de los años treinta su padre tenía veinte años. Estudiaba en Francia, en París, para ser jurista. En 1937 presintió la guerra. Gdansk, donde él vivía, dejó de formar parte de Alemania y pasó a ser polaca por el tratado de Versalles; pero la llegada de Hitler exacerbó las aspiraciones nacionalistas de una comunidad que seguía siendo mayoritariamente germanófila, y su padre abandonó la ciudad y luego el país, no sin antes tratar de convencer a sus allegados de la posibilidad de una tragedia inminente. Nadie le creyó, y nadie partió.

En septiembre de 1939 se encuentra, pues, en París. Se alista en la Legión Extranjera, pero la Gestapo lo detiene a finales de 1940. Lo envían a un Stalag en Alemania, de donde se escapa seis meses después con otros tres prisioneros. Cruza de nuevo la frontera, vuelve a Francia, a Lyon; allí parece ser que entra en la guerrilla urbana, formada por los trabajadores inmigrantes de la región y en la que se mezclan todas las culturas: italianos, rumanos, rusos, españoles y por supuesto franceses. Su nombre de guerra era Pierrot. Se llamaba Joseph Raziewicz, pero aquí era Pierrot. Me pregunto si conoció a mi padre. Él también tenía veinte años, veinte años y pico. Desmovilizado en julio de 1940, se unió a los francotiradores y partisanos en las filas de la formación carmañola. Al principio papá desmontaba raíles para paralizar el tráfico ferroviario; después se especializó en falsificar documentos y en 1944 participó en el sabotaje de las acererías del Ródano, una fundición que trabajaba para los nazis.

¿Tal vez se cruzaron Joseph Raziewicz y Eugène Bresson? ¿Tal vez mi padre suministró al suyo una identidad falsa? Esta chica del otro lado de Europa, esta jovencita a la que detesto —¿qué más me da confesarlo aquí?—, pues bien, por muy poco nuestros padres hicieron causa común, quizá se salvaron mutuamente la vida... Eso me produjo escalofríos. Si mi padre estuviera vivo, le preguntaría: «¿Te suena un polaco llamado Pierrot, FTP-MOI, Lyon, 42-43?». Pero ya no está aquí; los Bresson tenemos el corazón muy frágil (por otra parte, no estaría mal que lo recordaras de vez en cuando...). De todas formas, con él era difícil saber. Se negaba a hablar de la guerra. De adolescente, yo sentía curiosidad, le hacía preguntas. Él siempre me

respondía: «No hay nada que decir». Claro que lo había. Simplemente él no lo decía. La poca información que poseo me la proporcionó mi abuela en secreto, persignándose cada dos por tres. Nacer al final de una guerra con un padre asesinado para, al acabar la infancia, volver a vivir una nueva guerra más monstruosa todavía —si es que el horror puede jerarquizarse— son cosas que marcan. Imagino que en el momento en que su corazón dejó de latir en un sendero embarrado del parque de la Tete d'Or, Eugène pensó también: «El siglo xx ha sido una carnicería». Fue a finales de diciembre de 1979, precisamente cuando el Ejército Rojo invadía Afganistán.

El padre de la chica murió casi al mismo tiempo que el mío, seis semanas después, en febrero del año pasado. Se le complicó una neumonía, según he entendido. Ella acaba de alcanzar la mayoría de edad, pero los hombres pueden dejar preñada a una mujer al final de su vida. Porque la historia, querido mío, la enloquecida historia, no ha terminado. Falta la guinda del pastel. Pero no es de nuestro pasado de lo que quiero hablarte, nuestro Gran Pasado, tan poco glorioso. La parte más loca de la historia tiene lugar durante la Liberación. En lugar de quedarse en Francia, de reconstruir el país con nosotros, de reconstruirse, Joseph volvió a Polonia con el caos que allí había: había dejado una chica a la que no había podido llevarse con él en 1937 porque era demasiado joven, una chica que debería haberse reunido con él si no hubiera estallado la guerra en Europa, y con la que debía casarse porque se lo había prometido. Habían pasado casi ocho años, no tenía noticias suyas desde hacía muchísimo tiempo. Aun así volvió a su país, con la esperanza de volver a verla; llevaba incluso un anillo en el bolsillo (pensé que la chica iba a echarse a llorar mientras me contaba ese detalle, «un anillo en el bolsillo»). Después de un periplo digno de la *Odisea*, Joseph llegó a Gdansk por su propio pie y con el corazón encogido.

Allí todo había desaparecido. Su novia había muerto, sin duda deportada a Stutthof en 1939; su familia pertenecía a la *intelligentsia* polaca y ese sector de la población, muy peligroso según Hitler, fue erradicado de inmediato. De la que debería haber sido su familia política no quedaba nadie. De su propia familia, apenas nadie.

¿Te das cuenta, Thomas? Cuánto amor. Cuánta honestidad. Prometer amor eterno a una joven, marcharse al extranjero, luchar en la guerra —¡y qué guerra!—, estar a punto de morir mil veces para, al final, querer mantener su palabra a riesgo de la vida. ¿Qué hombre puede hacerlo? Dime, ¿qué hombre?

Tú no, está claro, ¡si ni siquiera eres capaz de dejar de lado tus pasapurés por mi cumpleaños!

La chica piensa que su padre se quedó en Polonia para castigarse. No hay duda de que ésa es su forma de interpretar la historia, porque Joseph, evidentemente, tampoco era demasiado locuaz sobre el tema. Según ella se quedó para castigarse por no haber vuelto a buscar a esa chica cuando la guerra estalló, por no haberla salvado, por haber luchado en otra parte, lejos de ella, por haber olvidado su promesa en los embates de la guerra. Habría podido regresar a Francia o emigrar a otra parte como tantos otros, a Europa o a Estados Unidos, a un país libre. Pero no. Se quedó allí, en esa Polonia devastada y convertida en comunista, abandonando toda lucha para hacerse carpintero; una década más tarde conoció a otra mujer y tuvo una hija con ella, y ésa es la razón de que haya una top model en nuestra cocina.

Encima de su cama ha puesto una fotografía de Lech Walesa. Estoy segura de que le reza como mi madre rezaba a Jesucristo. Cada uno tiene los dioses que puede, supongo...

En mi familia los hombres también son héroes. Siempre hemos tenido héroes. Nuestro apellido aparece en el frontispicio de numerosos monumentos, 1914-1918, 1939-1945, Argelia, inscripciones ofrecidas como carnaza para la posteridad.

Nadie en Irak, nadie en el Líbano, porque ya no queda nadie. Ya no quedan hombres Bresson, están todos muertos. Mi madre tuvo que someterse a una histerectomía por un cáncer de cuello de útero después de tenerme a mí, el año en el que compraron esta casa. Esto creo que no lo sabes porque ella nunca habla de ello. Quizá solo habría tenido hijas... Pero aun así.

Tú no eres un héroe, Thomas Bataille. En general, los Bataille no son héroes, que yo sepa.

Eso no impide que me muera por tus huesos, literal y figuradamente.

*El amor no conoce ley.*

Lo he oído en la radio, en una canción; una vieja canción de tres al cuarto, además... Da igual. Es muy triste, pero es absolutamente verdad.

En todo caso, éste es el motivo de que a la chica le guste tanto Francia, estudie francés y se encuentre en nuestra casa, en mi casa. A causa de Joseph/Pierrot, el Dios, el Guerrero. Su padre era un hombre valiente, qué duda cabe. Un hombre santo. Una leyenda, incluso, si la historia es cierta. Pero a causa de él y de sus hechos de armas, o de sus hechos de amor, esta chica está aquí, con su enorme boca roja, su piel como

Blancanieves y sus tetas, sobre todo con ellas, esas tetas como cabezas nucleares que intenta esconder debajo de sus grandes jerséis de «chica sencilla», esas malditas tetas del Este y de la conquista espacial. Por suerte es bajita, si no habría terminado en las revistas.

Nunca había hablado con ella tanto tiempo; estoy bastante conmocionada. Hasta ahora me había empeñado en tratarla como una extranjera... A partir de ahora no podré.

Es posible que yo esté viendo cosas donde no las hay. Tú no la miras demasiado cuando estás aquí, después de todo es una niña, solo una niña; le doblas la edad. Creo que es un problema que tengo conmigo misma. Quisiera ser diferente, quisiera asumirlo; pero no soporto el paso de los años. No es normal, lo sé. Treinta y cuatro años... Todavía soy joven, bonita, y tengo la cocina mejor surtida de toda la región (Julie viene a pedirme la yogurtera constantemente, como si fuera el invento del siglo). Sinceramente, Thomas, ¿por qué narices la gente se empeña en hacerse los yogures cuando los que venden en las tiendas están tan buenos? No lo entiendo. De verdad que no lo entiendo. En eso tampoco he salido a mi madre. Me acuerdo de cuando le regalaron por Navidad su primera olla a presión; yo debía de tener diez años. Se pasó tres meses diciendo que «con ella, cada día era una fiesta».

¿Sabes qué, Thomas? Deberías haberte casado con mi madre.

Me gustaría tener una cocina americana en honor al Comandante. Si tuviera una cocina americana tal vez empezaría a utilizar todas esas estupideces modernas.

Regresé al salón y apagué la música. No hubo objeción alguna, solo silencio. Me senté a la mesa, me serví más borgoña y sumergí la mirada en el líquido granate, que se estancaba en mi copa como un charco de sangre.

—Bueno, ¿qué sucede?

Mi madre y mi hermana cruzaron una mirada. Lise se encendió el enésimo cigarrillo e hizo un aro de humo perfecto con la boca. Yo nunca lo conseguí hacer; nuestras lenguas deben de ser diferentes.

—Papá ha vuelto.

Lise pronunció esas palabras y, en la tranquilidad de la noche, de repente se oyó un ruido, un ruido ligero y seco, como de insecto aplastado. Mamá se sobresaltó y yo me volví: uno de los cristales del ventanal acababa de rajarse. Arriba, a la derecha. Una fisura bien nítida, en diagonal, dividía el cristal en dos triángulos perfectos. Lise murmuró entre dientes:

—Coño.

Ha sido por el contraste entre el calor y el frío, pensé, por la diferencia entre la temperatura exterior y el calor infernal del salón. Ése es el problema de las estufas: te hielas durante horas, pero después, cuando empiezan a calentar, te asfixias.

¿Cómo que papá ha vuelto? ¿Cuándo?

—Se pasó por aquí el fin de semana pasado —explicó Lise—. El domingo llamé por teléfono a mamá y la encontré en plena crisis de histeria.

—No exageres —dijo mi madre desabrochándose dos botones de la blusa, como si tuviera muchísimo calor.

—¡Pero bueno, mamá! ¡Deberías haberte oído!

Mi padre. Cuando se fue yo no había cumplido todavía cinco años. La empresa de electrodomésticos en la que trabajaba se internacionalizó y le trasladaron a una filial asiática. A Shangai. En la otra punta del mundo. Hoy pienso que seguramente lo solicitó: quería irse, abandonar a mi madre, abandonarnos. Se divorciaron oficialmente un año y medio más tarde. No recuerdo bien esa época. En realidad no recuerdo casi nada. Me acuerdo de su voz, cálida y firme como un colchón de lujo, una voz que a las mujeres les debía de parecer suave. En mis recuerdos difusos esa voz era uno de los aspectos más impresionantes de mi padre. También su gran estatura, sus trajes de raya diplomática de representante comercial, la franela suave de sus chaquetas cuando nos mimaba a la vuelta de sus viajes; pero esos recuerdos deshilachados son más antiguos, de cuando todavía teníamos chimenea en el salón, antes de que mamá tirara el tabique para rehacer la cocina. Solo recuerdo a Thomas junto a las llamas rojas, con su gran sombra reflejada sobre el parquet negro. Por otra parte solo me acuerdo de esa sombra, no de los rasgos de su cara. Se fue en 1982, en el mes de febrero; no lo volvimos a ver nunca más. Al principio enviaba cartas, luego cada vez menos y al final nada. Lise, que por entonces tenía unos veinte años, intentó

encontrarlo... En vano. Era evidente que había cambiado de empresa, quizá incluso de país. Thomas Bataille había desaparecido, engullido como un espejismo en el vasto mundo. Yo nunca lo busqué. No lo conocía. No quería conocerlo. En todo caso, nunca había vuelto a poner los pies en esta casa.

—Y... ¿qué quería?

No sabía qué preguntar; todas las preguntas me parecían ridículas. ¿Cómo le va?, ¿qué aspecto tiene?, ¿ha vuelto con los ojos achinados? Para mí ese tipo no era más que un espectro. Dado el ambiente, yo no era el único que veía las cosas desde ese ángulo. Grâce alzó los hombros, con una flema fingida nada convincente.

—Volver a veros. Volver a ver la casa.

—¿Así? ¿Después de treinta años?

Lise aplastó su colilla en el cenicero con forma de rana y luego la retorció durante mucho tiempo para que dejara de humear. Yo miraba esa colilla sin saber por qué, el filtro anaranjado estrujado sobre la loza, la sigla de la marca borrándose poco a poco.

—En mi opinión se está muriendo —observó mi hermana—. No le encuentro otra explicación.

—Pero ¿qué te dijo? ¿Dónde está ahora?

Mi madre emitió un largo carraspeo muy curioso, como si un rallador de queso le raspara los pulmones. Su salud me preocupó.

—No mucho —murmuró—. Ni siquiera quiso entrar. Se quedó fuera, en las escaleras, delante de la puerta. Por supuesto, nada más verlo lo reconocí. No ha cambiado tanto. Él no ha cambiado tanto... El pelo gris, eso es todo.

Se atragantó, bebió un sorbo de agua.

—Os ha citado pasado mañana. Domingo. A las seis de la tarde en el Grand Café des Négociants.

—¿Y a ti, mamá?

—¿A mí? Nada. No tenía nada que decirme. Se fue de un día para otro, pero no... No tenía nada que decirme.

Su voz se convirtió en un susurro apenas audible. En su timbre cascado no había tristeza, sino cólera. La percibí de una manera casi orgánica, una intensa e intolerable cólera que le blanqueaba las articulaciones.

—¿Y después?

Lise respondió en su lugar, porque nuestra madre no pudo continuar hablando.

—Después se fue. Pero vagabundé por el parque al menos media hora sin dejar de mirar las ventanas, como un... No sé, un ladrón que se hiciera una composición de lugar. Eso fue lo que me dijiste, mamá, ¿no es cierto?

—Yo no te dije eso. Yo no utilicé la palabra «ladrón». Dije «rapaz». Como una rapaz.

—Sí, bueno, tú juegas con las palabras. Se quedó ahí, delante del gran cedro,

espiando la casa. Y cuando anocheció se fue.

Un silencio viscoso reptó por la atmósfera, uno de esos silencios blancos y repugnantes que resbalan por las paredes cargados de secretos, de rencores, de recuerdos frustrados. Solo latía el reloj, el péndulo del reloj, como un corazón mecánico, mientras que los nuestros parecían haberse parado. Mamá se levantó de la mesa, rompiendo con su movimiento la secuencia detenida.

—Nathan, por favor. Mañana cambia el cristal.

Y diciendo esto abandonó la habitación. Lise y yo nos quedamos mirándonos por encima de la enorme rana de loza con la espalda verde repleta de las colillas de mi hermana. Al cabo de un momento Lise rellenó las copas de vino y después volvió a su mecedora, como un capataz tras la pausa del bocadillo de media mañana. Alzó su copa, bebió un largo sorbo que le manchó los labios y luego declaró como si nada:

—Tomamos la última y luego preparamos el Papá Noel.

El Papá Noel.

Había olvidado por completo que estábamos en Navidad. Acabábamos de recibir el más extraño de los regalos. Un regalo envenenado, en realidad. Incluso el mismo borgoña tenía sabor a gasolina.

Un grito, un doble grito muy agudo me despertó sobresaltado. Presioné el botón de mi reloj, la hora se iluminó, resplandor verde en la noche. La 1.23 horas. Me precipité fuera de la habitación y encendí el interruptor del pasillo. En el techo se produjo una breve chispa y después nada; el filamento se había fundido bajo la pantalla de paja. Choqué contra el armario de en medio del pasillo, me di con una de sus esquinas en toda la frente. Los gritos continuaban intermitentes, mal sincronizados, disonantes. «Los mellizos han debido de tener una pesadilla», me dije; sin embargo, nunca les había oído gritar de esa forma. Abajo se abrieron dos puertas —mi madre y mi hermana, alertadas también—, después se oyeron sus pasos precipitados por las escaleras, sus voces, los fragmentos de una conversación. Una luz pálida irradiaba desde la planta baja, detrás de mí cayeron algunos objetos haciendo mucho ruido.

Encontré a los niños paralizados en su cama, con todas las luces encendidas, muy juntos el uno del otro, como para ocupar el menor espacio posible. El edredón blanco presentaba anchos regueros negros, la pieza estaba helada, la nieve entraba por los cristales de la ventana, rotos por varios impactos, como los producidos por los disparos de una catapulta. Unos trozos afilados de vidrio brillaban alrededor de la cama; ordené a los mellizos que no se movieran. De hecho, era como si la casa acabara de ser sitiada. Lise llegó detrás de mí —«¿Qué es todo este caos?»—, seguida de Grâce, que se quedó anonadada en el umbral, lívida, rígida como una estatua con su pijama de seda. Sus ojos desmaquillados se hundían en su rostro como dos clavos y por un instante pensé que iba a desmayarse.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nosotros no hemos hecho nada... —susurró Soline, como si yo hubiera podido pensar que eran los responsables de semejante caos.

Con los pies descalzos, avancé con prudencia por la habitación. En el suelo había trozos de carbón, lanzados evidentemente desde el exterior. Seis trozos que habían roto los cristales como pelotas de béisbol. Las pesadas cortinas rojas, afortunadamente corridas ante la ventana, habían frenado su recorrido.

—¡Es increíble...! —les dije a los niños, asustado a posteriori—. ¡Podrían haberos matado!

—No nos han dado, papá.

—No, han rebotado sobre las mantas.

—Pero hemos tenido miedo.

—Pensábamos que nos estaban disparando, como en las guerras de la tele.

La tele. Cora, tú siempre decías que les prohibirías la tele hasta que tuvieran uso de razón. Perdóname; no lo he conseguido.

—¿Quién habrá sido el cretino que ha hecho esto? —exclamó Lise avanzando para comprobar los daños, con los pies descalzos ella también, sin importarle cortarse—. ¡Mierda! Sé que en la cena de Nochebuena todo el mundo bebe de más, pero aun así... Bueno, voy a buscar una escoba.

Mamá había desaparecido del umbral de la puerta. Lise se marchó. Oí sus pasos pesados, tan poco femeninos, bajar la escalera, aunque apenas pesa más de cincuenta kilos. Rebusqué en las bolsas y saqué jerséis y zapatillas para los mellizos.

—Dormiréis conmigo.

—¡Cogeremos una pulmonía!

—No, no vais a coger ninguna pulmonía. Poneos las zapatillas. Toma, Soline, ponte esto.

Le tendí un jersey, que ella asió con mano decidida. En cuanto a Colin, temblaba, y no precisamente de frío.

—No pasa nada —le dije frotándole la cabeza—. Unos idiotas han querido gastarnos una broma.

—Una broma sin gracia.

—Tienes razón, Coco. Sin una pizca de gracia.

En el porche la lámpara de hierro forjado acababa de encenderse, movida de un lado para otro por el viento, como un faro en medio de la tempestad. Me acerqué a la ventana y la abrí; los últimos fragmentos de vidrio se rompieron contra el suelo. Los niños dieron un grito. Me volví hacia ellos riendo de una forma un poco forzada.

—¡De ahí no pasan!

Al asomarme distinguí a Lise, que, envuelta en una manta y calzada con botas, deambulaba con precaución con una linterna en la mano. Tardé un instante en

entender lo que hacía. Entonces creí comprender: estaba buscando algo o a alguien. Buscaba unos pasos, unas huellas. Pero el manto blanco, reluciente en la noche negra como un reflector fotográfico, estaba intacto. En el parque nevado, en el lugar donde el atacante debería haberse situado para apuntar contra la ventana de los mellizos, no había nada. Ni el menor rastro.

Grâce Marie Bataille,  
21 de marzo de 1981, bodega,  
18.00 h en el reloj de mi padre

Has vuelto, cargado con una tostadora de gofres para mi cumpleaños. He estado a punto de abofetearte, pero los críos están encantados; la chica, con las uñas pintadas de azul turquesa, bate la masa en la cocina.

*Saturday Night Fever.*

Ahora estás con ellos. Y yo estoy aquí, molida y respirando el olor a nitrato de potasio en medio de las botellas.

Has vuelto. Como cada vez, has ido a nuestra habitación a dejar tus cosas. Allí solamente has dicho: «Anda, ¿has pintado?», luego te has ido a preparar unos gofres. En cuanto a mi corte de pelo, ni siquiera te has dado cuenta.

Os oigo reír, encima de mí, el ruido de sus botas sobre el parquet, tac-tac, tactactac, tac-tac, *staccato* infernal, sus pasitos de bailarina, tan enervantes.

Lise grita, un grito de alegría del que solo ella conoce el secreto, de manera estridente.

Se oye tu voz ahogada, después más risas.

Es primavera. Y sin embargo esta mañana la hierba del parque estaba cubierta de escarcha.

Miro el contador de la luz. Querría hacerlo saltar todo, destrozar esa mierda de aparato de ahí arriba.

Arrojaros a la noche.

Las risas han cesado. Los gofres están muy calientes, supongo. Estoy segura de que estáis hablando de política. Detesto la política, y a la chica todavía más.

¿Giscard, Chirac, Mitterrand?

¿Mitterrand, Giscard, Chirac?

El juego de moda, pronosticar en la barra de todos los bares del pueblo. Tú y yo estamos a favor de Mitterrand. El único punto en común que nos queda, *stranger*. Eso y nuestros dos hijos.

Hace quince días que no te veo, Thomas. Hasta hace poco, tras una larga ausencia, lo primero que hacías era besar a los críos; pero inmediatamente después hacías el amor conmigo. Hoy pareces una figura a bordo de un bote que se aleja inexorablemente en la niebla, por mucho que yo tire y tire de la cuerda de amarre hasta desollarme las manos.

Nos casamos en julio del 69; año erótico. Unos días después el hombre caminaba por la Luna. El resto del mundo se acuerda de Armstrong, Aldrin y Collins. Nosotros recordamos esa fecha por algo muy distinto.

En la cama, estuviste jugando durante mucho tiempo.

Ponías ese gesto lascivo que me hacía reír a la vez que me excitaba: «Ven aquí, muñeca, casémonos en la postura del 69», «Vamos, date la vuelta para que te mire el panderero». Pensaba que el erotismo entre los dos era tan fuerte que podría contra el tiempo, que nos salvaríamos de la máxima de los siete años fatídicos. Efectivamente, nos salvamos un poco; dos o tres años sobre la cuenta atrás. Después del nacimiento de Nath las cosas fueron menos fáciles, menos evidentes. Pero aprendimos de nuevo, y no estuvo tan mal... ¿Verdad, querido? Ya no me llamabas «muñeca» desde hacía mucho tiempo, es cierto. Aun así, no estuvo tan mal.

Luego llegó ella. Poco a poco, sin que fuéramos conscientes, todo cambió. Su presencia nos contaminó, veneno de acción lenta, intoxicación por metales pesados. ¡Oh! Ya lo sé. Podrías objetar que también fue culpa mía. Quise volver a trabajar aunque no lo necesitábamos, sobre todo teniendo un cabeza de familia con tanto genio comercial como tú, con esas primas cada vez más exorbitantes conforme pasaban los años.

Es mi penitencia por haber querido ser algo más que madre. Menudo logro: me siento menos mujer.

Ya no quiero seguir escribiendo. Este lugar es muy incómodo para escribir. El cuaderno se llena de polvo.

Yo me lleno de polvo.

Soy una araña más.

Mamá se había encerrado abajo. Llamé a su puerta en vano; supuse que se había tomado una pastilla para dormir y no insistí. Los mellizos se habían acostado en mi cama, y pronto cayeron en brazos de Morfeo (bienaventurada infancia en la que cualquier acontecimiento, incluso el más espantoso, adquiere la apariencia de una pesadilla de la que uno se despierta sobresaltado, pero de la que escapa nada más volver a quedarse dormido). Habían intentado una discreta salida hacia la «estufa de Navidad», pero estaban demasiado cansados, por lo que una simple llamada al orden les había hecho someterse a las normas habituales de las dos de la mañana.

Lise y yo barrimos el parquet y aseguramos los cristales rotos con cinta adhesiva, conscientes de que encontrar un cristalero el 25 de diciembre era tan imposible como que el Viejo Vestido de Rojo existiera.

—¿Te acuerdas de cuando tú y los imbéciles de tus amigos os cargasteis el cristal del café con un tirachinas? —me preguntó ella examinando los trozos de plástico que el viento hacía restallar y abombaba con cada ráfaga como dos vientres translúcidos.

—Chapelle y Fargeot —asentí—. ¡Cuántas estupideces hice con ellos! Dicho esto, aquello fue un accidente: apuntábamos al buzón... Y acuérdate de que además el bar estaba cerrado. Esto es diferente. Mañana llamaré a la policía.

Lise se encogió de hombros con un aire fatalista y se sentó en la cama. Se quitó una de las botas, la derecha, y luego el calcetín. Un trozo de cristal se le había clavado profundamente en la planta, brillante como un diamante sobre la carne rosa. Cogió la lámpara de la mesilla y la colocó sobre el edredón manchado para iluminarse el pie. Su rostro no expresaba el menor dolor, ni tampoco la más mínima aprensión o inquietud.

—Espera, Lili, no lo hagas de cualquier manera... Voy a buscar un desinfectante.

—Déjalo, tengo puesta la vacuna antitetánica.

Quise decirle que ése no era el problema, pero, con las mechas rojizas cayéndole sobre la cara, ya había empezado a extraer el trocito de vidrio con las uñas del pulgar y del índice. Me crispé y miré hacia otro lado, imaginando la carne viva, rojiza, desagradable, asaltado por una imagen sin duda mucho más espantosa que la realidad, como lo son siempre las imágenes mentales. Concentré mi atención en el espejo de encima de la chimenea, un gran espejo con volutas doradas que siempre había visto allí, en el mismo lugar. Lise echó pestes a mi espalda. Distinguí de repente su reflejo, solo durante un instante, un destello rojo dentro del marco, su coronilla, después debió de agacharse porque el destello desapareció. Esa aparición anodina me produjo un escalofrío; sangre estática en las venas, precipitado químico.

—¡Ya está, joder! —exclamó con una mezcla de rabia y alivio—. Eh, nenaza, puedes volverte, ya no hay nada que ver.

Cuando me volví estaba poniéndose de nuevo el calcetín. Rió.

—¡Me imagino cómo te pones cuando te pinchan para hacerte un análisis de

sangre!

Me imitó, imitó lo que suponía que era mi comportamiento en el laboratorio, la cabeza girada ultrajantemente hacia el otro lado, como si se fuera a separar de las cervicales, con una expresión de terror en el rostro, exagerada, monstruosa. Una caricatura de mí, solo una caricatura, pero completamente real, porque tú lo sabes muy bien, Cora: no soporto la sangre. Y me doy cuenta de que la última imagen que te llevaste de mí, antes de que te vinieras abajo, fue precisamente desplomándome, ridícula marioneta, en el suelo ensangrentado de la sala de partos. Me habría gustado que te fueras con una imagen tranquilizadora de mí, viril, una imagen de la que yo me hubiera podido sentir orgulloso; pero no. En el momento de morir lo único que viste de mí fue una caricatura, tan grotesca como ese retrato bosquejado por mi hermana una Nochebuena en una habitación helada.

Detesto este pensamiento. Lo rechazo. Vuelve. Lo rechazo de nuevo. Lo rechazo sin descanso; pero es algo que no se puede hacer desaparecer. Rechazo la vergüenza, una vergüenza irracional y sin embargo alienante, la vergüenza infinita de no haber podido salvarte.

Esa misma noche tuve el primer sueño de una larga serie. Estaba en casa de mi madre, pero las habitaciones estaban distribuidas como cuando vivía allí mi padre, con la cocina separada del salón y en este último una gran chimenea, que iluminaba los listones negros del parquet. Sin embargo, arriba no había ningún piso: cuando levantaba la cabeza veía el cielo, un cielo también negro. Pero yo sabía que no era de noche. Esa oscuridad no era la de la noche y lo negro no era el cielo, era otra cosa; de hecho, tenía la sensación de estar dentro de una maqueta a escala humana, pero que esa maqueta inacabada estaba dentro de una caja más grande, como un inmenso fortín. Los muebles estaban dispuestos en forma de herradura en medio del salón, como para una reunión: los cuatro sillones, el sofá en el centro, la mesa baja en el extremo derecho, el aparador en el extremo izquierdo, de una manera completamente ilógica. Lise estaba instalada en medio del sofá, inmóvil, mientras que mamá, los mellizos y tú, Cora, estabais sentados unos encima de otros en uno solo de los sillones, el Luis XVI de terciopelo rojo; parecíais estar muy cómodos en esa posición. Yo no conseguía situarme en la escena, pero estaba allí, aterrorizado, convencido de que iba a producirse un hecho abominable de un momento a otro. Lise comenzó a mover la cabeza, con unos movimientos muy lentos que la hacían crujir por todas partes, como si sus huesos fueran ramitas, pero ramitas vivas. De pronto, su cara se transfiguró; digo «su cara» y no «su rostro» porque ya no tenía nada que ver con un rostro, era una masa de carne amarilla deformada por unos tumores que parecían moverse a su antojo bajo su piel, bajo la coraza que hacía las veces de piel. Y aunque no se movía ni un milímetro ni hizo el menor gesto en contra de vosotros, yo sabía

que el Diablo había entrado en ella, que a través de esa disposición insólita del mobiliario se dibujaban los contornos de un conciliábulo, que Satán se disponía a celebrar un consejo, aquí, en nuestra casa. Pero vosotros no reaccionabais, hundidos en vuestro único sillón, creo que incluso bebíais vino, un vino dulce y oscuro, y tú te reías, Cora; los niños querían probar el vino y yo trataba de impedirselo, de impedirlos a mamá y a ti que les dierais de beber ese siniestro brebaje, pero yo no estaba realmente allí, no tenía ninguna influencia sobre vosotras, me sentía tan impotente como el día en que nacieron los mellizos.

Después hubo una suerte de salto temporal, secuencias mal montadas por un incompetente.

La maqueta seguía en su sitio, pero la puerta del gran fortín parecía haber sido abierta: ahora el salón se encontraba inmerso en una luz anaranjada, solar, que sin embargo no desprendía calor alguno. Los muebles estaban colocados como de costumbre —como de costumbre en esa época, en los tiempos de mi padre—: el sofá contra la pared, los sillones alrededor de la mesa baja de cristal ahumado, el aparador junto a la puerta que daba a la cocina. Los siete muebles estaban en su sitio, y me quedé bloqueado en esa cifra: siete muebles, en una casa de siete habitaciones. Mamá estaba sentada en el centro del sofá, en el sitio que antes ocupaba Lise, con un mellizo a cada lado: Soline a la derecha y Colin a la izquierda. Mi hermana, de pie junto al aparador, fumaba un cigarrillo que se consumía a una velocidad increíble, convirtiéndose en un largo y rígido tallo de ceniza suspendido en el aire. En cuanto a ti, Cora, habías desaparecido; nadie se preocupaba de ti, era como si nunca hubieras existido. Tenía ganas de gritar: «¡Cora, maldición! ¿Dónde está Cora?». Pero yo sabía que sería en vano, que no comprenderían lo que quería decir. Yo estaba sentado en uno de los sillones Luis XVI de terciopelo rojo, mascullando cosas como «Ha venido, el Diablo ha venido, Lise, tú eras el Diablo», pero nadie me prestaba atención, tenía la impresión de hablar de una tarta ligeramente quemada, de un incidente sin importancia. Ellos me oían, eran conscientes de lo que acababa de pasar, no ponían en duda la veracidad de los hechos, pero todos parecían considerar que el suceso era irrisorio. Lise, al igual que en la vida real, me tachó de «nenaza» haciendo unos aros de humo perfectos con reflejos de color mandarina, mientras que los mellizos seguían jugando tranquilamente a las Siete Familias; siete, otra vez siete, repetía yo sin poder contenerme... Entonces me desperté con la respiración entrecortada y taquicardia, golpeándome violentamente la cabeza contra el armazón de la cama; creo que grité, pero estaba adormecido, todavía con un pie en ese sueño que se negaba a dejarme con el despertar.

Jamás había tenido una pesadilla igual, tan real. Encendí la luz de la mesilla para volver a la realidad, mi habitación, a la realidad de mi dormitorio, con las paredes empapeladas con motivos geométricos de color violeta que recordaban los circuitos

de una tarjeta de memoria, a nuestros hijos que me miraban con los ojos como platos, sentados en la cama, Soline a mi derecha y Colin a mi izquierda. El silencio zumbaba como un reactor Boeing. Escruté enfrente de mí la marca dejada por el armario ropero —el papel pintado era más vivo en el lugar donde antes había estado—, el espectro del armario recortado sobre la pared.

—Qué noche más rara, ¿verdad, papi? —cuchichearon a mi derecha.

No pude responder. Tenía la boca tan seca como si hubiera atravesado un desierto; me vino a la mente la palabra «gehena». Pasé el brazo por encima de Soline para coger la botella de agua, que bebí de un solo trago, entera, cincuenta centilitros de una vez. Después comencé a volver en mí. Miré la hora en mi reloj: las 5.07. Seguramente era una casualidad, pero seguía teniendo esa cifra grabada en mis entrañas, yo nací en 1977, mamá el 7 de marzo de 1947, Lise el 17 de julio de 1970, los mellizos en 2005,  $2 + 5 = 7$ , el 7 de febrero, con siete minutos de diferencia, tú falleciste a las 17.30 h de ese mismo día a la edad de 34 años,  $3 + 4 = 7$ .

—Increíble...

—¿Sabes, papá? —murmuró Colin frotándome la cabeza con un gesto tranquilizador, como yo a él unas horas antes—. Las pesadillas son solo imágenes que fabricamos en nuestra cabeza. Pero después, cuando nos despertamos, se van, como cuando apagamos la tele. Siguen existiendo, pero ya no podemos verlas.

—¿Tú crees...? ¿Crees que siguen existiendo? —pregunté, y no era una pregunta retórica.

No respondió. En lugar de eso miró a su hermana, buscando en sus ojos qué era lo que debía decirme, si una verdad o una mentira, si tenía que tranquilizarme o tratarme como a un «mayor», como lo que era, al fin y al cabo.

—Sí, papá. Siguen existiendo —declaró Soline con una seriedad que me heló la sangre—. Una vez que se forman dentro, pueden volver a encenderse en cualquier momento. Pero no por ello vamos a dejar de dormir.

Esa noche —al menos lo que quedaba de ella— puse todo mi esfuerzo en eso, en tratar de no quedarme dormido. En quedarme despierto a toda costa, porque, si no lo hacía, volvería a caer inexorablemente en la maqueta. Era una certeza. Absoluta. Matemática. Y esa certeza me resultaba intolerable.

*Grâce Marie Bataille,*  
*5 de abril de 1981, secreter del dormitorio,*  
*22.34 h en el radiodespertador*

La chica ha querido recuperar la vieja máquina de escribir Remington que dormía en el desván. He tenido que recorrer todo Villefranche para dar con una cinta que funcionara en esa antigualla. Dice que la quiere para escribir a su madre, porque el teléfono es demasiado caro. ¡Y que lo diga!, ¡solo hay que ver las facturas! Por otra parte me molestaba tener que calcular cada vez, así que le he pedido que utilice la cabina de teléfono pública. Tendrá que usar monedas, qué más me da, es su problema. Al oírnos discutir sobre este punto, Nathan le ha regalado su hucha, ya sabes, ésa en forma de robot que le trajiste de Tokio. Ha sido muy amable por su parte; me enerva, pero ha sido muy amable por su parte. Nuestro hijo es un ángel. Como ha notado que yo estaba contrariada por lo de la hucha, me ha hecho un dibujo en el que aparece la famosa hucha apoyada en el velador de la entrada. Este crío está verdaderamente dotado, se diría que ya tiene el sentido de la perspectiva. He sacado los dibujos que hacía Lise a la misma edad, y la diferencia es abismal. Ella hacía hombrecitos cerilla, con un redondel para la cabeza, dos para las manos y dos para los pies. Nathan, en cambio, ha dibujado el robot con todos los detalles, el velador presenta líneas de fuga que evocan la sombra del mueble sobre el parquet a la hora en la que hizo el dibujo, como si se planteara ya el espacio en tres dimensiones, con sus distorsiones y sus ángulos muertos. De resultas, he mirado más de cerca el conjunto de su producción reciente. No sabes cuánto dibuja, es una auténtica máquina; créeme, es impresionante. Fuera de lo normal, incluso, todo hay que decirlo. Me extraña que su maestra no me lo haya comentado. A cambio, lo he hablado con la chica. Ha dicho: «¡Oh! Sí, realmente es muy bueno», con su maldito acento polaco; después me ha mostrado un retrato que le hizo a ella la semana pasada. Te lo juro, Thomas, es perfecto. La ha representado de pie, bailando. El rostro es rudimentario, pero se percibe el viento en sus cabellos, incluso ha conseguido darles su color de hojas secas mezclando el naranja con el castaño; en cuanto al movimiento de su falda, parece casi científico. Querido, hemos creado un monstruo. Con esa puñetera tostadora de gofres no he podido hablar de nada contigo, y te has vuelto a ir, hemos hecho el amor, una vez en diez días, muchas gracias, te has vuelto a ir y he olvidado hablarte de esto, de Nathan, de la decoración y, ahora, de esos dibujos tan extraños. Me dirás que lo que realmente sería preocupante es que no dibujara. Quizá nuestro hijo llegue a ser el Picasso del siglo XXI, quién sabe. Me pregunto si el otro habría sido como él... ya sabes... su hermano. Me pregunto si el otro habría sido igual que él o todo lo contrario, espejo o copia. No quiero hacerme ese tipo de preguntas, pero aun así a veces me las hago.

Con el asunto de la máquina de escribir los niños han encontrado la gran casa de muñecas, réplica perfecta de la de verdad, con todas las habitaciones: cocina, salón, la habitación de matrimonio —la nuestra— y la habitación de Lise; en el piso de arriba, la de Nathan, la de la chica y, finalmente, el desván, pequeña pirámide atravesada de vigas. Me había olvidado por completo de ella, cubierta por una lona allí arriba desde hace veinte años. Mi padre me la construyó como regalo de Navidad. Mi madre contaba que había pasado meses trabajando en ella durante sus ratos libres, escondido en el cobertizo del jardín (en aquella época había un cobertizo para guardar las herramientas en la linde del camino, junto al cedro azul). Un día cayó tal granizada que se derrumbó. Me afectó tanto que caí enferma; y eso que ya no era pequeña, sino casi mayor de edad. Supongo que representaba mi infancia y que, a partir de entonces, ésta terminó. A veces pienso que deberíamos reconstruirlo para los críos. ¡En ese cobertizo di mi primer beso con lengua! Con el señor Fargeot... Hoy es «el señor Fargeot», pero a los quince años yo le llamaba Frédéric y me parecía que tenía algo de James Dean. Por cierto, su hijo mayor se le asemeja mucho.

Hemos limpiado con bien de Ajax la casa de muñecas. Nathan decía lloriqueando que estaba llena de bichos y Lise los aplastaba con el pie con todas sus fuerzas burlándose de él. He intentado explicarle que no está bien que llame a su hermano «nenaza», pero, qué quieres, tiene razón.

La chica estaba muy impresionada: a su padre esta casa le habría parecido deslumbrante. Ha empleado esa palabra, «deslumbrante». Los extranjeros utilizan siempre unos términos insólitos... Un día Joseph le fabricó un caballo de balancín, pero nunca nada tan bonito, tan minucioso, y eso que era su oficio, mientras que mi padre no era más que un simple agente inmobiliario. Eso le ha deprimido y se ha ido a su cuarto. Un bebé grande, he pensado. A pesar de sus tetas, es solo un bebé grande, como aquel que, antaño, berreaba por la demolición celeste de un cobertizo de madera de abeto.

Imposible volver a encontrar los muebles. Ahora me acuerdo: yo tenía toda una colección de muebles en miniatura que construía con mi madre los domingos después de misa utilizando palos de helado. Era lo único que me ayudaba a soportar el sermón, que no escuchaba. Pensaba en lo que íbamos a fabricar: ¿un sillón, una cuna, una mesa de salón? En mi cabeza los veía con todos los detalles, imaginaba los planos, cuántos palos serían necesarios para construirlos... Seguramente se rompieron hace muchísimo tiempo. Lise y Nathan juegan a que sus Playmobil viven en ella, lo cual está muy bien. Esta casa de un metro cuadrado les tendrá entretenidos toda la tarde. Una tarde lluviosa de domingo, un domingo lluvioso sin ti, un domingo más.

El reloj suena abajo. Mucho tiempo. Está dando las once. Entonces me enciendo un cigarrillo. He vuelto a fumar. Tú no lo sabes, pero hace varios meses que a las once de la noche en punto me fumo un cigarrillo, solo uno, incluso cuando estás aquí; me voy al parque y tú no ves nada, no notas nada, como caramelos mentolados, me lavo las manos con jabón; fumo y me pregunto cómo tendrá el pulmón el presidente Reagan. Por suerte Georges ya no está aquí para verlo, el atentado del lunes pasado, la violencia de los hombres, carnicería constantemente actualizada en la pequeña pantalla. Fumo y pienso en la expresión de Nathan cuando miraba a su hermana aplastar las arañas con la suela de sus bailarinas de charol... Una carnicería de muñecas. Fumo y pienso en nuestra hija, esa asesina minúscula, su éxtasis venenoso al exterminar de forma sistemática esos parásitos de ocho patas.

Fumo y, siempre en voz baja, digo: «Lise es mi preferida».

Durante el desayuno todos nos sentíamos más parecidos a un zombi anestesiado que a un enanito saltarín. Mamá mostraba unas ojeras como dibujadas con carboncillo, yo bostezaba bajo el chichón que me había salido en medio de la frente, Lise tomaba un café tras otro y fumaba sin parar. Ahora veía lo que posiblemente me había inspirado ese sueño, su piel amarilla por el tabaco, asfixiada. Me felicitaba a mí mismo por haberlo dejado, aunque esa mañana habría matado por una calada. Me controlaba mal que bien para no lanzarme sobre la apetitosa cajetilla blanca y dorada, que parecía guiñarme el ojo como una artista de striptease vestida de lamé. Me sentía molesto por la imagen del antiguo salón, que se superponía sin cesar al nuevo, pero mal, como a través del visor de una máquina de fotos que no consiguiera nunca enfocar. En el suelo la piedra escarlata había sustituido al roble negro, la estufa de hierro fundido a la chimenea, el sofá y los sillones eran diferentes, la mesa baja ya no era de cristal, sino de metal, la poltrona Luis XVI se encontraba ahora en la habitación de mi madre, el tabique había sido echado abajo para crear una cocina abierta a la sala, separada por una barra de bar en cemento pulido cuya encimera antaño era de nogal y que ahora, siguiendo mis consejos, era de conglomerado lacado en rojo. Fuera como fuese, la disposición de esta habitación era la misma desde hacía tres décadas. La que aparecía en mi sueño debía de haber permanecido sepultada en el fondo de mi memoria, en la de cuando tenía cuatro años. Seguramente el regreso de mi padre había desencadenado esas reminiscencias; después de todo era lógico, un auténtico shock. Sin embargo esa explicación no bastaba para calmarme, y jugaba frenéticamente con la cremallera de mi chaleco, otra de mis muchas manías para tener ocupadas las manos.

Sin haber pegado ojo en toda la noche, aterrorizado ante la idea de volver a caer en las garras de la pesadilla, fui sacado de la cama por los mellizos hacia las ocho de la mañana. Apenas tuve tiempo de decirles «Las zapatillas, poneos las zapatillas», cuando ya se habían lanzado escaleras abajo como dos flechas, carrera minúscula. Después, siguiendo la tradición, gritos de alegría, silencio, gritos de alegría, susurros, silencio. Yo sabía que esperaban que les diera luz verde para lanzarse sobre los regalos, de modo que yo también me puse las zapatillas y bajé a reunirme con ellos. Me sentía febril y con náuseas. Durante las dos horas de insomnio forzoso me había dedicado a dar vueltas a los acontecimientos nocturnos: los trozos de carbón, el breve reflejo rojo de los cabellos de mi hermana, el trocito de cristal clavado en su piel, y ese sueño, ese abominable sueño, el más abominable que recuerdo, incluso de mi infancia. La respiración doble de los mellizos me había tranquilizado un poco, pero esperaba que se hiciera de día, me parecía que así conseguiría que amaneciera antes, que mi deseo era capaz de desafiar las leyes de la naturaleza. Cuando los pequeños se levantaron apenas empezaba a clarear. Sus murmullos excitados me sacaron de la

angustia, como si la vida volviera a su lugar, a su lugar exacto, central y ruidoso, un lugar que nunca debería haber abandonado.

Al pasar por delante de la habitación de Lise oí unas abluciones, los ruidos característicos de un cepillado de dientes hecho a conciencia. En la cocina mamá también estaba levantada, con un pantalón gris y un jersey irlandés, olvidando la elegancia, animando a los niños a ir a la misa de Navidad. «Hay que esperar a papá...». Sonreí para mis adentros. Cuando aparecí, se volvieron hacia mí como si fueran una única persona, con los ojos brillantes; la vida real tuvo de nuevo sentido, la alegría, los regalos que Lise y yo habíamos dispuesto con cariño y precisión pese a la extraña noticia del regreso de Thomas Bataille. Di la señal con una inclinación de cabeza, risssh rasssh, rasgados de papel, «aaah, ooh» y más «aaah», libros pop-up, muñequitas, minipiano, tabla de skateboard, Monopoly, caramelos con petardo incluido (muy importantes y muy difíciles de encontrar hoy en día).

—¿He fallado en todo? —preguntó Lise mientras entraba en la sala con un vestido que no era en absoluto de su estilo y cuyo color rojo chillón no pegaba nada con su cabello.

—¡Hay regalos para ti! —gritó Colin.

—¡Y también para papi! ¡Y para la abuelita!

—Muy bien, muy bien. Ya vamos...

Desenvolvimos nuestros paquetes bajo la atenta mirada de los mellizos. Lise, como todos los años, me había regalado agua de colonia, *Bleu* de Chanel, de la sección de perfumería en la que trabajaba; mamá, un libro muy bonito sobre el diseño escandinavo de los años cincuenta. Mi hermana abrió a su vez sus regalos: una bufanda de cachemira de una marca de moda, de mi parte, y como siempre, según sus deseos, un cheque de mi madre. Esta última, precisamente, olía el regalo de Lise, una leche corporal de higos, a la vez que me miraba sorprendida. Intrigado por su manera de actuar, acabé por darme cuenta de que el collar que yo le había comprado no estaba dentro del lote.

—Un estuchito de cuero negro... ¿No?

Ella negó con la cabeza. Soline y Colin empezaron a rebuscar entre los arrugados papeles multicolores esparcidos por el suelo. Todos juntos nos pusimos a mirar en cada papel y luego a tirarlos a la papelera. Pero limpiamos completamente el suelo y el estuche no apareció. En ninguna parte. Yo lo había colocado cuidadosamente encima del paquete de Lise, después de quitarle el envoltorio de los grandes almacenes.

—Qué raro —dije, perplejo—. Lo encontraremos...

—Sí, sin duda. No pasa nada, querido. ¿Queréis desayunar? No se puede jugar bien con el estómago vacío.

Nuestros hijos habían desayunado a toda velocidad y ahora, con el estómago lleno, jugaban en mi habitación, ya que la suya estaba imposible. Miré por un segundo los cigarrillos de Lise, FUMAR MATA, y después volví a meter la nariz en mi bol de té; he dejado de tomar café por las mañanas, ya sabes, es una costumbre de yonquis... Me preguntaba dónde habría ido a parar ese condenado collar. Había tardado horas en elegirlo, yo que aborrezco ir de compras, porque es difícilísimo acertar con Grâce.

25 de diciembre,  $2 + 5 = 7$ , meneé la cabeza, ridículo, los siete pecados capitales, los siete días de la creación, los siete niveles del Plano Mental según los budistas, las siete moradas del castillo del alma según Teresa de Ávila, las siete habitaciones de la casa... Me interrumpí. No, seis después de tirar el tabique. Ahora, seis habitaciones. Pero nadie mejor que yo para saber que, en términos inmobiliarios, la cocina no entraba en el cálculo; así que volví a empezar. La casa tenía seis habitaciones al principio: el salón, los cuatro dormitorios, el desván acondicionado. No siete, sino seis, esta casa nunca había tenido más de seis habitaciones. A mi pesar, mi mente turbada se puso a funcionar de otro modo. Mis padres se habían casado en el 69, mamá tenía sesenta y tres años, los mellizos pronto cumplirían seis, 666, seis trozos de carbón en los cristales, la casa constaba de seis habitaciones, nos esperaba una cita con un espectro el 26 de diciembre y yo tenía treinta y tres años,  $3 + 3 = 6$ . Mi cerebro funcionaba tan libremente, que sin darme cuenta declaré en voz alta:

—Qué bobada.

—¿Qué es una bobada? —preguntó Lise frunciendo el entrecejo—. ¿Qué te pasa? Me encogí de hombros.

—Nada, he tenido un sueño muy extraño... ¿Sabes esas pesadillas de las que cuesta salir incluso después de horas de haber despertado y de que sea completamente de día?

—Sí —rió ella—. A eso se le llama curro.

Suspiré. Lise detestaba su trabajo; sin embargo no intentaba buscar otro. En el fondo había muy pocas cosas que le gustaran. Por lo demás, eso era lo que yo le reprochaba: el hecho de que no le interesara nada. Tú eras muy apasionada, Cora. Para ti, vivir en semejante mediocridad, en semejante inercia, con esa falta de curiosidad y de entusiasmo, rayaba forzosamente en una forma de estupidez. Lamentable. Esto era lo que tú decías: «A veces, Nath, tu hermana es lamentable». Yo nunca he sido tan duro con ella. No estaba dotada para los estudios y nunca ha tenido la suerte que hemos tenido nosotros de amar algo realmente, de amarlo con locura; yo, la arquitectura, tú, el diseño. Tampoco la ha querido nunca nadie; me refiero a como yo te he querido a ti. Mi hermana mayor, especialista en relaciones caóticas con oscuros cretinos, vendedores de perritos calientes, representantes comerciales de climatizadores, actores frustrados totalmente alcohólicos. La pasión es un don; unos la tienen y otros no. En ese sentido, Lise me daba pena.

—De hecho, mamá —pregunté para desviar la conversación de los odiosos meandros de las galerías Lafayette—, ¿se puede saber por qué has cambiado el armario de sitio? ¡Mírame la frente! Además ha dejado una marca en la pared.

Palideció e interrumpió el gesto de untar la tostada con mantequilla, suspendida en el aire. Nos miró durante un instante a Lise y a mí, y luego bajó los ojos.

—No es la primera vez.

No entendí lo que quería decir.

—Lo que ha pasado esta noche... No era la primera vez. De una semana a esta parte han pasado cosas muy extrañas. Tenía miedo de que alguien entrara por el tejado, es la única forma posible... Así que he bloqueado la trampa.

Yo estaba atónito. Mi hermana hundió la mano en su paquete de Marlboro light y, si me hubiera atrevido, la habría imitado. Mamá ciertamente estaba lívida, pero su voz sonaba tranquila, resignada.

—¿Llamaste a la policía?

—Pues claro, querida Lili. Vinieron dos veces a comprobar los daños. Incluso llamé a Ed... ¿Os acordáis de Édouard Francannet, nuestro antiguo vecino? Ahora está destinado en Lyon.

Lise asintió con la cabeza. Yo, en cambio, no me acordaba en absoluto de Édouard Francannet. Pero sí me acordaba de que un imbécil había estado a punto de matar a nuestros hijos jugando al rompeladrillos a la una de la mañana, y no era cuestión de que la historia se repitiera.

—Mamá... No comprendo. ¿Qué pasa exactamente?

Ella se lanzó entonces a contar un relato rarísimo que, por desgracia, no me tranquilizó demasiado.

*Grâce Marie Bataille,*  
*14 de abril de 1981, secreter del dormitorio,*  
*09.34 h en el radiodespertador*

Día de asueto, martes, maravilloso martes, día sin jeringuillas, sin bata, sin llantos y sin cuñas.

Voy a comer en Lyon con Julie y después iremos de tiendas. En realidad voy sobre todo por las tiendas. Desde que te fuiste he perdido tres kilos. Mañana por la tarde, cuando vuelvas, me lo notarás. Espero que lo notes. Luego iré a ver a mamá. Últimamente no parece estar muy en forma. Desde que papá falleció no se encuentra nada bien; y con el aniversario de su muerte, las cosas han empeorado.

Me pregunto qué sería de mí si tú murieras.

Estoy acostumbrada a tu ausencia, pero no se puede comparar.

Hoy el presidente Reagan ha vuelto a asumir sus funciones en la Casa Blanca, en plenas facultades. Eso me ha recordado a Georges. No sé por qué sigo pensando en él; esta semana han muerto cuatro pacientes y no me ha producido ni frío ni calor. Exagero, claro está; ya sabes lo que quiero decir. Supongo que me recordaba a mi padre... ¡Los padres y sus hijas! Yo lo manejaba a mi antojo, es cierto; pero algunas veces se diría que Lise liga contigo. Se pone guapa para tu regreso, con sus diez años coquetea, peor que la chica. Mañana me pedirá que le haga tirabuzones en el pelo si su vestido «de lentejuelas» está listo; se pasará toda la tarde delante del espejo ensayando su mejor sonrisa. Te lo aseguro, Thomas, no conoces a tu hija. Se pasa la vida vestida con unos pantalones vaqueros, un jersey desgastado y unas zapatillas de deporte llenas de barro de correr por el parque, y sobre todo no hay forma de que se bañe. Pero cuando tú vuelves se convierte en una princesa, la señora princesa: que si quiero un perfume, mi vestido planchado, mis zapatos de charol. Un bicho, te digo. Un bicho adorable... Pese a todo.

En el fondo, yo soy como ella. Hoy mi objetivo es encontrar algo sobrio y delicado que no llame la atención de entrada, ya sabes, nada ostentoso, un vestido que realce mi cuerpo de una forma que no sea evidente, un atuendo para suscitar el deseo de forma subliminal, como el que llevaba Jane Birkin en la portada de *Elle* la semana pasada, un jersey marinero de rayas rojas, unos pendientes de diamantes. Desmarcarme de la chica, con sus faldas demasiado anchas, sus jerséis demasiado grandes y su flequillo demasiado largo. Ser una mujer, una verdadera mujer. No esa

cosita torpe y terca, con el pelo sobre la cara.

Oh, ya sé que dentro de unos años esa chica será una maravilla. Para entonces ya me habré desembarazado de ella. Le estoy buscando sustituta, si te digo la verdad. Éste es el perfil que busco: vieja, fea y tímida, inglesa a ser posible. ¿No quieres apertura a otras culturas? ¡Muy bien! Además, hablar inglés, querido, es más interesante que hablar polaco. Yo digo que es por su porvenir, el porvenir de nuestros hijos.

Hace un calor como de verano. Los críos están de vacaciones, se pasan todo el tiempo fuera de casa. La chica organiza «búsquedas del tesoro» que a ellos les encantan, aunque Lise vuelve tarumba a su hermano y nunca le deja descubrir nada. Es tan mala jugadora como su madre.

No le gusta perder.

Me pongo un vestido vaporoso y admiro en mi vientre los tres kilos de menos. Me gustaría que me vieras así, con este bonito vestido rojo como las amapolas que recubren el mundo desde hace algunos días, extrañamente anticipadas. Me pongo guapa aunque tú no estés. Me entreno para cuando vuelvas; me entreno cada nuevo día que amanece. Quizá el entrenamiento no sirva de nada, pero me niego a darme por vencida.

Ahora el capitán deja actuar a sus esbirros. Los esbirros rechazan cualquier capitulación.

El cielo opresivo, el aire fresco, severo como un golpe de garrote. El parque blanco y, más allá, las viñas heladas, las cepas saliendo de la nieve como manos que quisieran atrapar algo desesperadamente. ¿El qué?, me pregunté. ¿Qué se puede atrapar aquí además de la muerte?

Calzado con unas botas de campo, marchaba a buen paso bajando el ligero desnivel que había hasta la carretera, en la linde de la propiedad. Al llegar allí, al punto de no retorno, a la barrera bordeada de chopos, de sus restos calcinados por el invierno, me detuve. Me volví hacia la casa, esa construcción de piedra dorada típica de la región que había albergado mi infancia, una infancia un poco insípida, un poco monótona, sobre todo después de que Lise se fuera a vivir a Lyon; se largó a los dieciocho años, en cuanto la ley se lo permitió. Entonces yo tenía once años y, aunque ella se pasaba la vida torturándome, la eché de menos casi de inmediato. Miré la casa, preguntándome si también mi padre la habría mirado desde este mismo lugar unos días antes, cuando «vagabundeaba como una rapaz» tras haber regresado de no se sabe dónde por no se sabe qué razón. Bajé la mirada y jugué con la nieve con la punta de mi zapato, como si hubiera algo que desenterrar, un tesoro, una huella; pero al rascar el bello esmalte azulado no encontré nada más que una tierra rechinante, helada, fangosa en algunas partes, y los restos de un césped pardo que difícilmente podría volver a renacer algún día.

Me entraron ganas de gritar.

Tenía que gritar, por mi salud mental. Lo intentaba, pero no lo conseguía. Era un pequeño grito ronco, débil, un grito de nenaza reprimido bajo el esternón, que no osaba salir, demasiado bien educado, demasiado refinado, un grotesco grito de urbanita. En el fondo gritar me parecía indecente, como si corriera el peligro de convertirme en un animal. Gritar no era decente. Los únicos vecinos vivían, no obstante, bastante lejos de la parte de atrás de nuestra casa y, en el lugar en que me encontraba, solo podían oírme la carretera comarcal vacía y las viñas en letargo. Fue un grito difícil. Me encogí sobre mí mismo, compacta bola de nervios, pensé en ti, Cora, en todos esos gritos que no había podido emitir, gritos mudos acumulados en mí desde hacía tanto tiempo; entonces grité, al principio sin darme cuenta, aullé al sol pálido como un lobo a la luna. Grité durante mucho tiempo, sin parar, cada vez más fuerte, con una potencia de la que yo mismo me sorprendí; todo mi cuerpo temblaba. Una bandada de cuervos echó a volar desde un cable de la luz, con graznidos entrecortados, el rumor de las alas negras con reflejos metálicos se mezcló con mi voz, una voz gutural que no reconocí. A lo lejos en la carretera distinguí un resplandor rojo y brillante que desapareció enseguida, como el reflejo del cráneo de Lise en el espejo dorado, y volvió a reaparecer unos segundos más tarde —las revueltas de Bayère—. De pronto dejé de gritar, como cuando la maestra cerraba el puño para que, todos juntos, dejáramos de cantar.

Silencio.

Solo se oía el viento, que hacía revolotear lentejuelas de hielo en el aire.

El automóvil rojo pasó emitiendo un zumbido. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció en una nueva revuelta.

—Todo empezó el domingo pasado, el día 19. Debían de ser las cuatro de la tarde y yo estaba echándome la siesta. Había dormido mal, me había desvelado; desde que he vuelto a ver a Thomas, me ocurre a menudo. De pronto me despertó un ruido, una especie de rascadura o de algo que se deslizaba justo encima de mí, como si hubiera alguien en la habitación de los bebés. Estoy acostumbrada a los ruidos, ya lo sabéis. Aquí estamos acostumbrados a los ruidos. Los crujidos, las ventanas que se golpean... ¡Pero ese ruido era tan especial...! Me dije enseguida que era un ruido vivo, lo cual me produjo un escalofrío. Me levanté y subí a ver. Arriba todo parecía tranquilo, normal... salvo que las cortinas estaban completamente abiertas.

—Las cortinas estaban abiertas —repetí, perplejo.

—Nathan, en esta época del año las cortinas de las habitaciones sin utilizar siempre están cerradas. Aísla, ¿comprendes?

—Quizá las abriste para ventilar y luego se te olvidó...

—Todavía no soy una vieja chocha, querido. Y no tuve ninguna visita. Nadie después de Mona, que pasó a hacer la limpieza el miércoles, como siempre desde hace diez años. Y, como todos los miércoles desde hace diez años, Mona cerró las cortinas porque sabe que en invierno siempre hay que hacerlo por el tiempo.

—De acuerdo —dijo Lise—. Las cortinas estaban abiertas. ¿Y luego qué?

—Y luego nada, las volví a cerrar. De todas formas era muy extraño. Pensándolo bien, el ruido que yo había oído se parecía al de las anillas deslizándose sobre la barra de las cortinas. En pocas palabras, aquello me inquietó, pero lo dejé correr. Esa noche cené en casa de los Fargeot, me habían invitado. Todos bebimos mucho, como siempre. Volví a casa con mucho cuidado porque estaba achispada y había helado. Me duché y me acosté. Dormí de un tirón toda la noche, ésa es la ventaja de estar achispada...

—Mamá —le susurró Lise—, no necesitamos conocer todos los detalles.

—De acuerdo. Por la mañana me levanto y preparo un café. Y en ese momento oigo un gran «¡bam!» en el piso de arriba. Voy corriendo, abro la habitación, la de los bebés, y veo que hay un cristal roto. Bueno, no del todo, solo un impacto, con sangre. Era un pájaro. Un pájaro se había estrellado contra el cristal. Abrí la ventana y lo vi abajo, rígido y negro encima de la nieve. Una corneja... Las cornejas no hacen eso. Tenía que haberla atraído algo, un espejeo, no sé... Me dije que quizá estuviera enferma. Llamé a Sagnier y me cambió el cristal. Cuando se lo conté, él también dijo que era muy posible que la corneja estuviera enferma, que no viera tres en un burro,

pobre animal, eso fue lo que dijo. Aun así, todo aquello empezaba a inquietarme, porque había ocurrido siempre en la misma habitación, en la habitación que menos se utiliza, dado que no venís nunca...

Encajé el reproche sin rechistar. Era verdad, los niños y yo íbamos muy poco. Por Navidad y algunos días en verano. Yo trabajaba demasiado, los pequeños tenían colegio, nuestra vida estaba en París. Y luego estaba la verdadera razón: yo detestaba esa casa. Siempre la había detestado. Pese a lo bonita que era, con ese jardín desmesurado para ella, dos hectáreas para doscientos metros cuadrados. Sin duda fue ese parque lo que hizo que mis abuelos se animaran a comprarla, un terreno excepcional rodeado de viñedos, con una vista espectacular sobre las cañadas de Beaujolais. Eugène, al que apenas conocí, era agente inmobiliario; sabía hasta qué punto ese tipo de bienes eran cada vez más escasos. La cuestión es que nunca me había sentido a gusto allí, y la ausencia de mi padre no era el único motivo. Hay algunos lugares que, en cuanto entras en ellos, un ataque de pavor te revuelve las tripas sin razón aparente. Esta impresión varía según las personas, algunas son más sensibles que otras, gracias a Dios. De no ser así, algunos pisos que conozco no habrían encontrado jamás comprador. Recuerdo uno en concreto, en Faubourg-Saint-Denis; había supervisado la remodelación y me hizo pasar los tres peores meses de mi carrera. Su defecto objetivo residía en la falta de luz —era un segundo piso y daba a un patio—, pero el problema era otro. No intenté saber más cosas de él, estaba convencido de que ese piso había sido el escenario de una barbarie y prefería ignorarlo. En cambio a los propietarios les parecía «encantador». Yo me angustiaba en cuanto cruzaba el umbral; era una reacción visceral, epidérmica, como una alergia o una crisis de urticaria. De alguna manera la casa de mi madre me producía el mismo efecto.

—A la noche siguiente, la del lunes al martes, la historia volvió a empezar hacia las dos de la mañana. Esa vez fueron piedras... Un jaleo parecido al de esta noche, salvo que en lugar de carbón fueron piedras, trozos de color ocre amarillento como el de las piedras de la casa. La jugada se repetía: llamé a Sagnier, pero también a la policía.

—¿Qué dijeron?

—Es fácil de imaginar. Que seguramente habían sido unos diablillos jugando con el tirachinas... No sería la primera vez.

Mi madre me dirigió una mirada burlona, yo le devolví una sonrisa asesina; nunca olvidaré la paliza que me propinó después de aquella historia: «¡Qué vergüenza, qué vergüenza, todo el mundo en el pueblo se va a enterar de que mi hijo es un gamberro!».

—Aun así, me tomaron declaración, me preguntaron si tenía problemas con el vecindario... No me miréis así, no tengo ningún problema con el vecindario, ¡nunca

lo he tenido! En fin, conozco prácticamente a todo el mundo...

—¿Y después? —preguntó Lise levantándose de pronto, como presa de una necesidad urgente de estirar las piernas—. Porque hasta aquí no es para tanto... Sin ofender, mamá.

Me fijé una vez más en su vestido. Un vestido de seda carmesí, elegante y delicado, con el que debía de estar helada. Realmente era una extravagancia ponerse ese atuendo de fiesta un sábado por la mañana. Se dispuso a remover el carbón para que la estufa tirara mejor, para lo cual cogió el atizador y levantó la tapadera con un experto dedo índice. Grâce parecía compartir mi opinión respecto al vestido, pero estaba demasiado concentrada en su relato como para hacer comentario alguno. Esta vez me serví un café. También yo tenía frío.

—Pero no fue hasta la noche siguiente cuando se produjo algo que... que no puedo explicar del todo. Algo que realmente me dio miedo, os lo aseguro, algo de... de...

Su voz se encasquilló. Le serví una taza de té, me lo agradeció esbozando una débil sonrisa. El atizador rascaba las paredes de la estufa; el ruido era desagradable, estresante, como el de unas uñas sobre una pizarra.

—Dormí. Confieso que me tomé una pastilla porque no podía dejar de pensar en esos acontecimientos, en las facturas del cristalero, en la posibilidad de cambiar las cerraduras, aunque funcionaran bien. En resumidas cuentas, dormí todo lo que quise, pero cuando me desperté vi... en el techo... Allí, justo encima de mi cama, había un cuchillo.

El ruido del atizador contra el hierro colado cesó por un instante y luego recomenzó.

—¿Un cuchillo? ¿Cómo un cuchillo?

—Un cuchillo en el techo, Nathan. ¿Sabes ese grande que utilizo para cortar la pierna de cordero? Pues bien, estaba clavado en el techo. Completamente recto. Como si alguien lo hubiera puesto allí, ¿entiendes? ¡Dios mío, hay casi tres metros de altura! Ni siquiera con una silla, no entiendo cómo diablos...

Apoyé mi mano en su brazo con un gesto que intentaba ser tranquilizador, pero creo que no lo conseguí. Yo mismo empezaba a encontrar ese asunto bastante inquietante. Recordé la pesadilla, no lograba olvidarla. El olor áspero del carbón removido se esparcía por la habitación, mezclado con el olor acre de las colillas apagadas de Lise.

—Entonces fue cuando llamaste a Ed —apunté suavemente—, ¿no es así?

—Sí. Llamé a Ed, no sabía a quién llamar si no. Hacía bastante que no lo veía, pero fuimos amigos hace tiempo, cuando él vivía aquí... Ahora trabaja en el Servicio Regional de la Policía Judicial, y eso es siempre mejor que los inútiles de por aquí. Vino y comprobó las puertas. Sacó el cuchillo con la ayuda de una escalerilla; no fue

fácil. Se supone que lo ha llevado a la policía científica, por si tiene alguna huella. Por último me aconsejó que instalara una alarma, cosa que voy a hacer, pero aún no he tenido tiempo de ocuparme de ello.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. ¿Qué querías que hiciera? No estaba herida, no habían robado nada, no habían forzado ninguna entrada... Ya había puesto una denuncia por los cristales, ¿qué más podía hacer? Creo que me tomó por una loca. Debió de decirse: «A la vieja Bresson se le han cruzado los cables». Seguramente piensa que yo misma clavé ese cuchillo en el techo... Me extrañaría mucho que lo mandara analizar.

—Mamá...

La voz de Lise era tenue, impropia de ella. Yo me volví hacia ella y nuestra madre se levantó de la mesa para ver lo que mi hermana tenía entre los dedos.

Entre sus dedos estaba el collar. Una fina cadenita de oro rosa con un colgante en forma de ala de mariposa. El collar que yo le había regalado, el que había desaparecido.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunté levantándome a mi vez.

—En la estufa. Estaba aquí, en la estufa.

Mamá cogió el collar de la mano de Lise, de su mano ennegrecida, manchada de carbón.

—Es precioso, querido —constató alzándolo a la altura de la ventana para que le diera la luz—. Muy delicado. Solo hay que limpiarlo un poco...

Ella misma empezó a hacerlo cogiendo un trapo, como si en ese incidente no hubiera nada fuera de lo común. Metí la nariz en la estufa y vi los reflejos de las brasas incandescentes.

—¡Tal vez era de pacotilla y ahora se ha vuelto de oro! —bromeó Lise.

—Sí, tú riéte, Lili. Te estás pasando con tus chistes de alquimista.

—Al final igual resulta que el Viejo Vestido de Rojo existe...

Y mientras decía esto se lavó las manos y se encendió un cigarrillo. Mamá se había puesto el collar y se miraba en el espejo del recibidor torciendo la cabeza a derecha e izquierda y recogiendo el pelo teñido de rubio ceniza, con su peinado perfecto siempre igual.

—Muy bonito, querido. Realmente bonito.

Yo tenía la sensación de estar de nuevo dentro mi pesadilla, «el Diablo, ha entrado el Diablo», mientras ellas hacían como si no pasara nada, como si fuera un acontecimiento insignificante.

Me puse la parka y salí a gritar.

*Grâce Marie Bataille,*  
*14 de abril de 1981, cocina,*  
*22.44 h en el reloj grande*

Todo está tranquilo y adormecido, piedra entre las piedras.

Escribo un poco para esperar hasta mi cigarrillo; tengo tantas ganas esta noche, tantas ganas.

Llevo puesta la blusa que me he comprado esta tarde, una blusa beis con manchas de color azul intenso y adornos de pasamanería en el cuello y los puños. Preciosa. Cara, de color carne y preciosa. Y también delicada. El tipo de ropa que a ti te gusta, y que la niña meona no se pone.

En la tienda, Julie me decía que parecía un hada. Lise ha dicho lo mismo. En cuanto a Nathan, ha dicho «un ángel». La chica se ha limitado a reír, una risa codiciosa.

He estado limpiando el piso de mi madre. Dios mío, no sé cómo ha podido mantener esta casa durante veinte años tan impecable, siempre tan perfectamente impecable, y vivir ahora en semejante leonera. Es como si desde la muerte de mi padre tratara de colmar el vacío amontonando cosas a diestro y siniestro. Llena el silencio, literalmente. Ese piso era muy coquetón, ¿te acuerdas? Cuando mis padres lo compraron para dejarnos la casa todo estaba nuevo, el inmueble y todo lo demás, *Les Terrasses Lumière*. Mamá había trabajado tanto en esta casa que lo único que quería era algo urbano, práctico, moderno, las tiendas a la vuelta de la esquina y el ascensor, «setenta metros cuadrados son más que suficientes», suelo de baldosas, paredes lavables, cocina eléctrica y calefacción central. A veces la comprendo... He de confesar que en eso la chica me ayuda. Ordena mucho, limpia mucho; lo hace sin que yo se lo pida, creo que le produce placer, por extraño que parezca. Dice que es una suerte tener una casa tan bonita, que hay que cuidarla como una joya, lustrarla y sacarle brillo. No voy a quejarme, sobre todo si a partir de ahora voy a tener que jugar con ella a las criadas en casa de Louise Bresson.

Mi madre no se está volviendo loca; no, no lo creo. Pero su depresión ha tomado esta forma: el amontonamiento; concretamente el amontonamiento, digamos, «clorofílico». En los últimos meses ha acumulado tantas plantas verdes que la casa parece un invernadero. He intentado explicarle que no era bueno tener todo ese verdor en un espacio tan pequeño, que las plantas respiran como la gente, que esa parodia de selva tropical le iba a dejar sin oxígeno. «Mamá querida, ¿quieres morir

asfixiada por tus plantas después de haber vivido en un parque de dos hectáreas? ¡Sería el colmo!, ¿no?». Bromeaba, pero de pronto me pregunté si no habría levantado la liebre, si no echaría de menos la casa, si no rechazaría la ciudad ahora que vivía allí sola, sin Eugène. El anonimato, el ruido, la contaminación, ¿qué sé yo? Le pregunté a este respecto, pero su respuesta fue clarísima y de lo más espontánea. Algo así como: «¡Por Dios, Grâce! ¡Prefiero morir a volver allí!».

Siempre he pensado que le gustaba esta casa, ¿comprendes? Que le gustaba tanto como a mí, aunque es verdad que no es fácil vivir en el campo. Y eso que hoy en día disfrutamos de una comodidad razonable (gracias, querido, a los exprimidores, a los hornos microondas y a todo lo que tú nos traes, ¡mil gracias!). Pero cuando ellos la compraron, siendo yo pequeña me acuerdo de lo mucho que se agotaba mi madre. Aun así su reacción me ha afectado enormemente. De hecho, no me la esperaba.

Ding dong.

Espera, estoy fumando: son las once en punto de la noche.

El tiempo solo es una referencia, pero yo necesito referencias, hasta tal punto nuestra vida anterior me parece hoy una huella ínfima y oscura en el extremo de una goma de borrar. No cabe duda de que ésa es la razón de que haya vuelto a fumar: para recuperar un rito en esta vida que se desmorona, que se deshace cada segundo un poco más, cada noche más negra que la anterior, esta vida carente de sentido, desde...

Iba a escribir «desde la chica», pero no es eso lo que pienso. Pienso «desde que él no me quiere».

Ya lo he dicho. Thomas, creo que ya no me quieres.

Y cada vez que te vas de viaje me pregunto si volverás. Trato de hablarlo contigo, pero al final siempre renuncio.

Me da miedo que me digas lo que no quiero oír.

¡Silencio!

Estoy fumando.

Déjame en paz.

Al volver de gritar me crucé con Lise, envuelta en su parka de color caqui, con su cabello rojo asomando por la capucha bordeada de piel y el vestido ondeando por debajo como un destello sangriento bajo el abrigo militar. Llevaba la bufanda que le había regalado, lo cual me agradó.

—Entonces, chaval, ¿estás mejor?

Me pregunté si me habría oído jugar al hombre lobo, pero llegué a la conclusión de que era imposible.

—El aire puro sienta bien.

Ella se rió.

—¡Venga ya! A ti esta chabola te gusta tan poco como a mí. Criarnos en el campo nos ha convertido en unos urbanitas de por vida.

Con un brusco movimiento de barbilla, añadió:

—A su pesar...

Se refería a nuestra madre, por supuesto. Lise le llevaba sugiriendo desde hacía años que vendiera la casa, pero Grâce se negaba en redondo y los dos sabíamos que moriría dentro de esas cuatro paredes.

—Aunque... si ahora se encuentra oro en las estufas de carbón, ¡tal vez cambie de opinión!

Mi hermana trituraba el bolsillo de su chaqueta con las puntas de sus dedos, fuera de los mitones de lana negra. También eso es una costumbre de fumador; no se puede fumar con guantes. Estuve a punto de hacerle una observación acerca del collar, pero cambié de opinión, como si los últimos acontecimientos fueran a desaparecer si no volvíamos a hablar de ellos.

—¿Dónde vas?

—A buscar tabaco y a jugar a la lotería. Les Pierres cierra a mediodía. ¿Vienes?

—No, voy a ver a los niños.

—No tienen ninguna pinta de estar traumatizados por lo de anoche, si es eso lo que te preocupa. Chillan y ríen, y Colin aporrea su piano como si estuviera tocando el órgano de la catedral. Están consiguiendo que mamá se vuelva majareta.

Acto seguido me lanzó una de sus extrañas sonrisas y se dio media vuelta. La vi bajar por la avenida con paso lento, indolente. El cielo estaba de color ceniza. Patinó sobre una placa de hielo en la escalera de piedra y osciló sobre sus botas, pero se agarró rápidamente a la barandilla. Solté una carcajada; Lise se volvió y me sacó la lengua. Después, muy digna, siguió bajando.

Cuando volví a entrar en la casa la mesa ya estaba puesta: mantel blanco y almidonado bordado con las iniciales de la familia —*E. L. B.*, Eugène y Louise Bresson—, y velas doradas colocadas en los candelabros, ya sabes, esos de metal que te gustaban tanto. Tú no ambicionabas casi nada de aquí, pero esas piezas Art

Nouveau te gustaban tanto que yo pensaba que antes o después mamá te las acabaría regalando. Tal vez tenía previsto regalártelas por el nacimiento de nuestros hijos... Dos palmatorias para dos bebés. No sé, no quiero saberlo. Siempre me han parecido espantosas, con esos pies en forma de cangrejo y esas hojas trepadoras que parecen devorar los cirios más que sujetarlos.

Los mellizos ya estaban instalados, cada uno en un extremo de la mesa, como el rey y la reina. Habían empujado sus platos y dibujaban: el Viejo Vestido de Rojo les había traído una magnífica caja de pinturas, si es que consigues imaginarme viejo y vestido de rojo. Mamá vigilaba el horno, acabando de preparar un gratinado de marisco.

—¡Ah, Nathan! ¿Dónde te habías metido?

—Papi —intervino Soline alzando los ojos de su obra—, ¿podemos hacer un muñeco de nieve?

—Vamos a comer pronto.

—¿Y si lo hacemos mientras tanto?

La súplica en los ojos de nuestra hija no es algo a lo que pueda resistirme. Está mal, lo sé. Pero los ojos de nuestra hija son idénticos a los tuyos, verdes con manchitas de color avellana en el interior, unos ojos que parecen golosinas. Los de Colin son más oscuros, también verdes pero tirando a pardos, más como los míos.

—Abrigaos, estamos a menos mil grados bajo cero.

Colin se rió.

—¡Como poco!

Nuestro hijo utiliza a menudo expresiones de persona mayor desde que sabe hablar. Y cada vez me sorprende, está igual que todas las demás.

—Hablo en serio, Coco. Guantes, chapka, chaqueta y bufanda.

Soline salió la primera, con su hermano pisándole los talones. Mamá me pidió que abriera las ostras y yo me sacrificué, comportándome como un buen hijo al menos una vez al año. Paño, cuchillo, papel de aluminio crujendo sobre los grandes platos para pescado decorados con truchas saltando en el agua. Desde que Lise la había removido la estufa tiraba muy bien y en la habitación hacía un calor impresionante; después de abrir cuatro ostras, estaba sudando.

—Mamá —dije quitándome el chaleco—, ¿quién crees que lo ha hecho? Me refiero a todo esto, a todas estas complicaciones.

Alzó la cabeza. Tenía la mirada velada, como llena de humo.

—No ha sido quien estás pensando, querido.

—¿Y cómo sabes en quién estoy pensando? Solo yo puedo saber en qué pienso. Yo, en mi interior.

Grâce suspiró y colocó el gratinado en la rejilla central del horno. Cerró la puerta y lo programó: termostato siete, treinta minutos. Miré el collar alrededor de su cuello,

la minúscula ala de mariposa. Miré también las arrugas de su piel, las manchitas oscuras en su escote, los polvos lechosos de su maquillaje pegados a la fina pelusilla de su mandíbula. Mi madre siempre había tenido tanto miedo a envejecer... Crecí en un mundo poblado de espejos en los que mi soledad se multiplicaba.

El reloj dio las doce del mediodía. Escuchamos las doce campanadas sin decir nada, simplemente esperando que acabaran.

—No ha sido tu padre —susurró cuando se hizo de nuevo el silencio, más ruidoso que el reloj—. No quiero que te plantees semejante cosa.

—¿No te parece una extraña coincidencia? Él aparece como por arte de magia después de treinta años y de pronto alguien comete actos de vandalismo contra la casa...

—No ha sido él, Nathan. Punto final. Quítate esa idea de la cabeza. ¿Entendido?

Yo no dije nada, con la mano crispada sobre el cuchillo de abrir las ostras, un cuchillo cuyo mango siempre me recuerda una espada de mosquetero y con el que no me dejaban jugar de pequeño.

—¿Lo has entendido? —repitió, de repente con aspereza; la bruma se había disipado de sus ojos para dar paso al gris frío, metálico, habitual en ellos.

La puerta se abrió con estrépito. «Hace un tiempo de perros, ¡solo los críos pueden quedarse fuera y disfrutar con la puñetera nieve! Oye, mamá, ¿sabes que el señor Pignon se suicidó antes de ayer? Es increíble de lo que se entera una mientras toma una copita de anís...». Lise se quitó la parka y las botas. Después puso a secar sus panties en un pequeño tendedero colocado encima de la estufa. Flotaban en el aire como dos mudas de serpiente.

—¿A qué vienen esas caras? Se diría que habéis visto un fantasma.

—¿Bebes anís un 25 de diciembre?

—¿Qué quieres que haga si es lo único que beben aquí? Me he encontrado con Sagnier y ha querido invitarme a una copa. Pero vista la dosis te juro que no tiene nada de veraniego.

Descalza sobre las baldosas rojas, mi hermana empezó a hacer lo que hacía todos los años, es decir, a pinchar el borde de las ostras con la punta de un cuchillo para que se encogieran.

—Le he contado lo de anoche. El lunes vendrá a arreglar los cristales. Según él, somos víctimas de la ley de Murphy.

Ley de Murphy o, como dijo Lise para precisar lo que pensaba:

—Ley del máximo follón.

—La mala suerte no tiene nada que ver con todo esto, Lili. Yo me inclinaría más bien por la mala intención.

—Si tú lo dices, chaval... Eso no quita para que la corneja se haya estrellado ella sola.

—¿Y el collar de mamá? ¿Ha llegado él solo a la estufa? ¿Y el cuchillo en el techo? ¿También ha llegado él solo?

—¿Has visto alguna vez *Poltergeist*?

—Parad. Por favor, parad...

Blanca como el mantel, mamá se sujetaba el pecho. Se dirigió, un poco vacilante, hacia el banco.

—¿Estás bien?

Lise y yo nos acercamos a ella, inquietos. Hacía poco que había tenido una fuerte angina de pecho y sabíamos que ése era su punto débil; mi abuelo murió de un infarto después de hacer un poco de footing.

—Querida, ¿te importa darme las pastillas? Creo que están en mi bolso...

Lise rebuscó en el bolso de nuestra madre y blandió la caja de betabloqueantes como un trofeo deportivo. Fui a por un vaso de agua y Grâce se tomó sus píldoras.

—Te preocupas demasiado, mamá. Deberías irte de vacaciones.

—No tengo ganas de irme a ningún sitio. Estoy en mi casa, y estoy muy bien. Esto me ocurre de vez en cuando y después se me pasa. Pero me gustaría que dejarais de hablar de *poltergeist*.

—De acuerdo, solo era para reírnos. ¡Además, no sé quién querría vivir, aparte de ti, en esta puñetera casa!

Lancé una mirada asesina a mi hermana.

—De acuerdo, de acuerdo, no sigo. Voy a buscar algo de beber.

—¿Me traes a los niños?

Lise asintió y luego se puso directamente las botas sobre las piernas desnudas. Al salir cerró la puerta tras ella un poco más fuerte de lo normal, lo que hizo que el cristal agrietado se acabara de romper del todo.

Nuestra madre, encogida en el banco, parecía tener cien años. Comprendí entonces la expresión que le había visto cuando llegamos la noche anterior y que no había sabido definir. En cierto sentido, Lise tenía razón: el rostro de Grâce estaba lleno de fantasmas.

*Grâce Marie Bataille,*  
15 de abril de 1981, dormitorio,  
22.07 h en el radiodespertador

El *Columbia* ha regresado a la Tierra sin problemas.  
Tú no.

Acaban de llamarme, has tenido un accidente de coche. Nada grave, me aseguran, «nada grave, señora Bataille, solo se encuentra en observación, él mismo la llamará por teléfono mañana». No estás en Grange-Blanche, no estás en mi hospital, si no habría cogido mi pequeño Citroën y habría ido. Estás demasiado lejos, como siempre; incluso postrado con no sé qué traumatismo estás en otra parte. En Cannes, nuestra California particular.

El *Columbia* ha aterrizado con precisión y elegancia en la pista de la base Edwards. Según los periódicos, «lo excepcional ha entrado a formar parte de lo cotidiano». Eso es precisamente lo que yo siento. He preguntado por teléfono a qué hora había tenido lugar el accidente. La enfermera no sabía nada, me ha dicho que se informará.

Sigo esperando. Desde hace ya tres cuartos de hora.

A propósito de la nave espacial, los periodistas han hablado de suspense, un suspense que ha durado una hora, «los sesenta minutos más largos y más gloriosos de la historia de la aeronáutica». Me siento como un controlador de la Nasa, aunque con menos gloria.

Me preocupo por ti, por supuesto, pero mi mente está en otra parte: una prueba, la prueba que esperaba, la prueba de que mis nuevas arrugas no son arrugas, de que la tristeza crónica que me abruma no es crónica, de que mis ojeras no son ojeras, sino que todo se debe a esa chica.

Lo llamarán como quieran para que suene más bonito, color de hojas de otoño, color pan de especias, pero esta chica es pelirroja, sí, pelirroja como el fuego y los infiernos, es lo primero que llama la atención de ella cuando la ves, mucho antes que su belleza, esos cabellos que ni el mismo sol puede igualar, ni el sol del mediodía en pleno verano.

Bruja. Bruja. Bruja.

¿Que es una idea ridícula? ¡Oh! A mí también me lo ha parecido durante mucho tiempo. Tú me conoces, Thomas, soy racional, científica a mi escaso nivel, atea desde las clases de catecismo, donde vi en acción la maldad de los otros. Yo siempre estaba sentada en un rincón completamente sola, no me dirigían la palabra por culpa de la casa, esta pretendida casa y su mal karma —«Ama a tu prójimo como a ti mismo»—,

yo no vi nada de todas estas buenas palabras allí, solo vi una bandada de pequeñas pájaras que se burlaban de mí y me dejaban en la estacada, las novatadas, los rumores infundados, y esos pecados que había que inventarse en el confesionario, yo que era tan buena, tan dócil, siempre obediente para agradar a mi madre, yo, que tenía que inventarme los pecados para que el cura no me tachara de mentirosa. Después de la primera comunión mis padres no me dejaban en paz con eso, y no volví a rezar nunca más, nunca más creí en otra cosa que no fuera yo misma. Jugaba a darle la vuelta al crucifijo que había encima de la cama de mi madre para hacerme la «satánica»; pero después lo volvía a dejar como estaba antes de salir de la habitación; pobre mamá, la habría matado. Pero eso me hacía bien, ¿comprendes? Por una vez cometía un pecado que no tenía que inventarme.

Después crecí y me olvidé por completo de Dios, de Dios y de todo lo demás, del infierno y de la condenación.

Espera, algo suena. El teléfono está sonando.

A las siete y media de la tarde. El accidente ha sido hacia las siete y media de la tarde. Se me ha caído el mundo encima.

Lo sabía. Lo sabía, Thomas, porque a las siete y media, justo antes de que el reloj diera las campanadas, la chica ha aparecido en la cocina. Su piel estaba aún más pálida que de costumbre, con las venas transparentándosele por todas partes, en el rostro, en el escote, en el nacimiento de los pechos. La chica ya no era blanca, sino azul. Ha aparecido con esa cara mientras yo estaba clasificando el correo. Le he preguntado si quería algo, si había algún problema con los niños. Ha estado a punto de hablar, su boca se ha entreabierto —incluso sus labios estaban descoloridos—, pero no ha dicho nada. Yo he sido dura y le he repetido: «Dios mío, Christina, ¿qué ocurre?». Ha mirado el reloj; en ese preciso momento el reloj ha dado las siete y media. Entonces ha dicho: «Perdón, Grâce, tengo un mal presentimiento». Yo no la he entendido, de modo que le he vuelto a preguntar. «Un mal presentimiento por el señor Thomas. Como si le sucediera algo. Creo que al señor Thomas le ha sucedido algo malo».

Esa forma que tiene de decir «el señor Thomas» me exaspera, te lo juro, parece una doncella en un filme erótico.

Me he encogido de hombros, evidentemente. Le he mandado que fuera a bañar a Nathan y he puesto fin a la conversación diciéndole que tú estabas muy bien, que volverías en una o dos horas y que para entonces convendría que los críos estuvieran

ya acostados. Ha intentado un vago «pero», pero nada, se ha dado la vuelta y ha obedecido.

Atrévete ahora, señor Thomas Bataille.

Atrévete a decirme que ella no es lo que yo pienso.

Yo pensaba que sabía lo que era la soledad. Pensaba que la comprendía, que había ahondado en ella un sinfín de veces, que la dominaba, como a un caballo loco domado con el paso del tiempo, que ya solo era un asno dócil del que me burlaba y del que, pasara lo que pasase, nunca más tendría miedo.

Nací con un sentimiento de pérdida, de abandono, de injusticia. Durante mucho tiempo me asustó esa sensación paradójica, contenida pero siempre presente, de estar a la vez profundamente solo y permanentemente observado. Esa sensación desapareció contigo, Cora, una noche de noviembre del año 2000; tú fuiste para mí el efecto 2000. Desapareció durante más de cuatro años.

Hoy sé que simplemente la habías adormecido con un beso de princesa.

Al perderte, lo perdí todo. Durante unos minutos lo perdí todo, absolutamente todo. Morí, de alguna manera, sí, conocí la muerte. Lo perdí todo y luego, casi de forma simultánea, gané dos hijos. Me obligaron a resucitar, primero los médicos —«Lo hemos intentado todo, pero era demasiado tarde, su esposa perdía demasiada sangre, los niños tenían dificultades respiratorias, había que sacarlos, de lo contrario habrían muerto, también ellos habrían muerto»—, y después los mellizos, Cora, pequeñas criaturas de solo dos kilos cada uno. ¿Qué iba a hacer yo solo con todo eso? ¿Cómo me las arreglaría con ellos?

Cuando nos enteramos de que estabas embarazada de mellizos me echaste la culpa a mí. Dijiste que la culpa era mía por ser un «niñato», que mis espermatozoides estaban demasiado en forma, que eran unos campeones olímpicos o alguna bobada por el estilo. Es verdad, nos llevábamos casi cinco años de diferencia, yo tenía treinta y tres y tú veintiocho en ese momento, pero yo me sentía mucho más adulto que tú, bonita. Después de todo, como mucho tú aparentabas veinticinco, era tan fácil imaginar la chiquilla que habías sido, sin necesidad de ver las fotos, una morenita enclenque con el flequillo encima de los ojos, unos ojos demasiado grandes que te ocupaban toda la cara, «dos ojos, una nariz, una boca», así es como yo te describía, como te describo aún, como si el resto de tu cara en realidad no existiera, como si esa estructura ósea no tuviera otra finalidad que sostener eso: «dos ojos, una nariz, una boca», rosa, verde, y nada alrededor.

Si vieras hoy a tu «niñato»... Entrecano, barba incluida. Aunque las canas todavía están en minoría. Tu amiga Sarah, siempre tan amable, encuentra que las canas me dan un aire de artista de Hollywood.

En nuestras familias no había habido mellizos, que nosotros supiéramos; nos remontamos hasta muy atrás en nuestras genealogías, pero no, no encontramos un solo parto múltiple en ninguna parte. Éramos unos «pioneros», eso es lo que tú

decías: «Cielito, somos unos pioneros, nuestro amor es tan grande que doblamos la apuesta».

Doblamos la apuesta, hagan su juego, tapete verde y dados trucados... nos quedamos sin camisa, sin piel y sin corazón... solo con un vacío pegajoso, el rumor de las incubadoras y las medicinas milagrosas.

Durante mucho tiempo me sentí la mitad de mí mismo, carencia insondable agazapada entre los huesos, agujero negro que rebotaba en la caja torácica, squash vertebral.

Por supuesto, mi padre se había ido. Vivía sin padre, mi padre era una sombra sin cara ni cruz.

Era eso, el agujero negro, clarísimamente.

Después te conocí, dos ojos, una nariz, una boca, y colmaste la brecha poco a poco; estabas tan llena, tan llena de formas, tan llena de vida, tan llena de todo que ya no hubo sitio para el vacío, masticaste mi soledad como un chicle, hiciste un globo y el globo estalló.

Es raro, cada vez más raro, pero puede ocurrir. Siempre puede ocurrir.

Un derivado de la verdadera ley de Murphy («Si siguiendo un método es posible hacer una mala manipulación, entonces antes o después alguien hará esa mala manipulación»), llamada ley de Finagle, se acostumbra a enunciar de este modo: «Lo que es susceptible de salir mal saldrá necesariamente mal».

Yo aprendí contigo, Cora, que en efecto todo es susceptible siempre de salir mal. Y es todavía más cierto cuando uno se lo espera.

*Grâce Marie Bataille,*  
*27 de abril de 1981, dormitorio,*  
*1.07 h en el radiodespertador*

Ayer fuimos a votar.

Nuestras dos papeletas en la urna: Bataille Grâce, nacida Bresson, y Bataille Thomas han votado.

A François Mitterrand.

Nuestros dos votos no han bastado. 28,02 para Giscard, 26,15 para el rival. Pero como tú bien dices, a la manera del General: «Hemos perdido una batalla, no la guerra». Solo ha sido la primera vuelta.

Te miro dormir, y eso es también lo que yo pienso. Los esbirros piensan lo mismo. NO LA GUERRA. Solo es la primera vuelta. Primer *round*.

Oh, Thomas... Te echo de menos incluso cuando estás aquí, absorto en algún sueño, terriblemente lejos. Querría destruir tu sueño.

Me atrevo a acercar la palma de la mano a tu mejilla, que está áspera, mal afeitada, me hace cosquillas. Estás de baja desde el accidente, te tengo siempre aquí, te cuido, no te has hecho casi nada pero te cuido, un impacto en las cervicales, tan enternecedor con tu collarín que te pica y te molesta. Nuestro bonito Lancia azul ha acabado en el desguace. También ha muerto un perro, un puñetero pastor alemán que se te cruzó en la carretera; esa muerte es sin duda lo que más te ha dolido. No te gustan los perros, estúpidos y dependientes, y mucho menos las personas a las que les gustan los perros. Lise quiso uno, pero enseguida comprendió. Eso no impide que te enferme el hecho de haber matado a uno.

Oigo el ruido de la máquina de escribir, encima de nosotros. Me pregunto qué le estará contando a su madre a estas horas. ¿Le hablará de mí? ¿Le dirá cosas malas de mí? El bolígrafo al menos no hace ruido.

Alzo la sábana, miro tu cuerpo, esbelto, delgado, musculoso, tan masculino.

Te deseo. Me gustaría despertarte.

Me entran ganas de gritar «Fóllame». Me retengo. Me censuro. Rozo tu sexo, no obstante, ese íbice adormecido dentro del bosque.

No te resistes.

Tengo menos necesidad de escribir cuando tú estás aquí; tengo otra cosa que hacer, mirarte vivir, por ejemplo, vivir con nuestros hijos y escuchar tu voz, nunca me cansaré de ello.

O, desde la ventana de la cocina, observarte cortar el césped, con el torso desnudo, sudoroso. Con una sonrisa en mi rostro, en secreto.

Quisiera darme de baja yo también. Detesto dejarte solo con la chica durante días enteros para ir a poner inyecciones a los viejos, cambiar sábanas y ver a críos vomitar sobre las escayolas blancas de sus piernas rotas. Me pregunto qué hacéis. Si habláis. De qué. No me atrevo a preguntarte, no quiero parecer una celosa histérica. Sí, estoy celosa. Es un sentimiento feo, pero incontrolable. Ya no controlo nada. Discutimos por culpa de ella.

Hoy hemos vuelto a discutir. Sé muy bien que estás enervado por la derrota; no es una razón. Hemos discutido a propósito de las vacaciones. Tienes tres semanas de permiso en agosto. Te gustaría alquilar una casa en el mar, en alguna parte de las Landas. «Sí. Quiero».

Pero tú quieres a la chica. Llevar a la chica.

Regresa a su casa en el mes de julio y, lo confieso, preferiría que no volviera nunca más. Como su padre, que se quedara allí y allí muriera.

No consigo encontrar a una señora mayor inglesa; es mucho más difícil de lo que parece. Si viviéramos en la ciudad... Sí, si viviéramos en la ciudad todo sería más sencillo. No tendríamos ninguna necesidad de una niñera, bastaría con una canguro, una estudiante que fuera a recoger a los críos al colegio, les diera de merendar y les ayudara con los deberes. No sirve de nada tener una chica bajo nuestro techo. No sirve de nada cruzarse con un trasero adolescente al ir al servicio, no sirve de nada conversar con ella, evitar su reflejo en el espejo al mismo tiempo que el mío. Pero yo estoy unida a esta casa como una hiedra a su piedra. Esta casa me posee más que yo a ella, es así. Crecí aquí, moriré aquí. También tú amas este lugar; sin tu jardín y tu bricolaje te volverías loco. Dime, ¿cómo evitarías pensar si viviéramos en la ciudad? Por otra parte, no has expresado ese deseo. Ni siquiera lo has mencionado nunca. En cuanto puedes te apostas bajo el porche haciendo visera con la mano para ver al sol morir entre las viñas, perpetuamente pasmado ante el espectáculo, tú el lionés, el urbanita, tú que pasas la mitad de tu tiempo recorriendo la Tierra, en coche, tren, autocar, avión, tú que recorres tantas grandes ciudades, cada vez más a menudo y cada vez más lejos, pues bien, aquí es donde ves acabar el día, donde te tomas el

tiempo, finalmente, para admirar el mundo.

Nunca debería haber vuelto a trabajar. Me aburría, es cierto, sufría por solo tener como interlocutores a los niños, por no ser más que una máquina de poner máquinas, de cumplir con mi deber, de fregar los platos. Soy feliz por haber recuperado un estatus social, las copas de después del trabajo, el sueldo en mi cuenta, y también el ir de compras sin culpabilizarme. Sé también que estás orgulloso de mí, que a tus ojos he vuelto a ser una persona completa, con una vida propia y los secretos que eso comporta. Al principio incluso estabas celoso. Celoso de Duband, mi jefe de servicio. Yo cargaba las tintas un poco. ¿Recuerdas ese gran ramo de rosas rojas que recibí por mi cumpleaños el año pasado? Bien. No fue Duband quien me las mandó.

Al principio de curso, siguiendo tus consejos, la chica se plantó en nuestra casa. Un simple anuncio, y el precario equilibrio de nuestro bonito universo... al garete.

Los maleficios llevan su tiempo: tu alejamiento no fue inmediato. Pero no puedo dejar de imaginármela fabricando muñecas a mi imagen y semejanza, artefactos que ella agujerea, quema, desfigura, filtros de vejez que echa en mi café.

Sí, es una parábola.

Trato de razonar conmigo misma. La maldición no existe, es una parábola. Las brujas no existen, Grâce.

Sin embargo ella predijo tu accidente.

Te burlaste de mí. Te lo conté y tú te burlaste de mí: «Querida, ¿no ocurre con frecuencia que pienses en mí y que, paf, yo llame por teléfono?».

No es lo mismo, pero tú no quieres entender.

Los dibujos de los mellizos representaban el mismo tema, una mujer pelirroja, de cuerpo entero en el de Colin, como retrato en el de Soline. Los retiré de la mesa para colocar las ostras, un poco sorprendido de que dibujaran a su tía. La magia de la Navidad, me dije. Dejé los dibujos bajo la cesta de mimbre, sobre la encimera de la cocina, mientras Lise regresaba con una botella en cada mano, una de blanco y otra de tinto, seguida por los niños, los dos muy colorados.

—¡Ven a ver!

Me arrastraron hasta el ventanal para mostrarme su obra, que se erguía blanca en un cielo cada vez más negro, el astro en lo más alto y la noche ya, el comienzo de la noche, a la una de la tarde. Fruncí el ceño para tratar de ver: dos bolas de nieve, una encima de otra, unas ramitas a modo de boca, una piedra a modo de nariz y la bufanda gris de Colin en medio de todo, restallando en la ventisca como una bandera corsaria.

—Faltan los ojos —dijo Soline—. Necesitamos carbón.

—Entonces —explicó su hermano—, parecerá un espantajo. No le quitarán los ojos para lanzarlos contra nosotros, ¿verdad? Espero que no lo hagan, los de las bromas. No. No lo harán.

Por primera vez vi cólera en su mirada, una auténtica cólera como la de los adultos, como la que yo había sentido en casa de mi madre al enterarme del regreso de Thomas Bataille.

—No, Coco. No lo harán. Lavaos las manos, vamos a pasar a la mesa.

Lo hicieron. Subieron corriendo por la escalera, a ver quién llegaba al cuarto de baño el primero, mientras Lise maniobraba con el sacacorchos en medio del olor a marisco.

—¿Así que Pignon se ha suicidado? —pregunté a mi hermana, no tanto por curiosidad como por conversar.

—Sí. Se colgó en el garaje. Flipante, ¿no? Lo encontró su aprendiz... Pobre chico.

—No pensaba que fuera tan desgraciado —susurró mi madre colocando el pan tostado encima de la estufa para que se mantuviera caliente.

—Deudas, parece ser. Deudas de juego, y su mujer lo dejó plantado. Los agentes judiciales embargarán la quesería, y también la casa. Sagnier me lo ha contado porque yo estaba jugando a la lotería. Pignon se gastaba todo el sueldo en la lotería. ¿No lo sabías, mamá? Tú que conoces a todo el mundo...

—Sí, sabía lo de su mujer, por supuesto. Lo sabíamos todos. Yo creo que eso fue lo que le mató.

—¿El qué?

—Eso... Los rumores. Nada más que rumores, horribles rumores. Para que aquí no hablen de ti haría falta no existir.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó Lise a la vez que se sentaba a la mesa, se servía una copa de sauternes y apoyaba los codos en el mantel bordado, llena de concupiscencia, pequeña y encantadora vampira.

Grâce se encogió de hombros y se puso a limpiar las copas, que ya estaban limpias. En cuanto a mí, me importaban un bledo las habladurías del pueblo; porque además apenas conocía a Pignon.

—Verás —continuó mi hermana después de un sorbo de vino—, parece ser que el responsable del departamento de equipajes frecuenta algunos cuartos oscuros vestido de Marilyn. ¡Y si supieras lo que cuentan de la directora de comunicación! De todo.

—¿Qué más da? Los rumores son los rumores. Si mis padres hubieran hecho caso de ellos, yo no viviría aquí. Pignon era un poco... desequilibrado, eso es todo. Le daba a la botella, pero era un buen hombre. Para mí siempre ha sido un buen hombre.

—¿Por qué? —pregunté de pronto—. ¿Qué ocurre con esta casa? Existe un problema con esta casa y nadie ha querido hablar nunca de ello abiertamente. En el pueblo decían cosas... Cosas sobre lo que pudo pasar aquí durante la guerra.

—Yo... No hay...

Los mellizos reaparecieron, lo que puso fin a la conversación. Mi madre se calló y jamás sabré si habría dicho algo constructivo. Lise ostentaba un aire astuto, como si su boca estuviera llena de informaciones secretas. Yo le había preguntado a menudo qué sabía de esa historia. Era una vieja historia, desconocida para nuestra generación; sin embargo en la familia el tema seguía siendo tabú. Estaba claro que algo les atormentaba, algo que no podía tener que ver con los Bresson, pues mis abuelos no se habían mudado a ella hasta 1949. Algo relacionado con los antiguos propietarios, probablemente. Pero Lise negaba con la cabeza: «¡No, no, yo no sé nada, chaval, absolutamente nada!». Yo lo dudaba. Lise siempre sabía algo, desde la infancia. Estaba al corriente de todo lo que sucedía en la casa o en el pueblo. Mamá la llamaba «la cotilla». Exacto. Una auténtica cotilla, una sucia espía. Pero a mí no me decía nada. No me explicaba nada. Aunque ya era adulto, para ella seguía siendo un nenaza, el imbécil de su hermano menor.

Comida de Navidad: comer, volver a comer, vaciar las ostras, atiborrarse. Los niños participaban en la fiesta, había foie-gras, les «encaaanta» el foie-gras. Lise soltó algunas de las suyas a propósito de patos cirróticos y animales acuáticos a los que nos tragamos completamente vivos (ella comía ambas cosas, solo era por... hacer una gracia), le di un puntapié por debajo de la mesa. Alzó la mirada al cielo, pero dejó de aguarles la fiesta a los mellizos. Hablamos de todo un poco, de nada serio en todo caso, de nada de lo que me acuerde; durante el postre la llamaron al móvil. Se sobresaltó, miró la pantalla y se levantó de la mesa.

—Lo siento, tengo que contestar.

Se alejó por el pasillo.

La oímos susurrar. Guardaba largos silencios y de vez en cuando decía algo con más fuerza, enervada. Al cabo de un momento, la puerta de su habitación se cerró de golpe; no volvió a aparecer hasta un cuarto de hora después, con los ojos hinchados.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó nuestra madre sirviendo el café—. ¿Quién era?

—Nada. Nadie. Una historia con un tío.

—Oh. ¿Un nuevo novio?

—Escucha, mamá, no quiero hablar de ello, ¿vale?

Grâce frunció el ojo izquierdo y le sirvió café en una taza con un gesto brusco y demasiado rápido, manchando el mantel immaculado. Lise se tomó el café de un trago y luego volvió a encerrarse en su habitación.

Acto seguido, mamá declaró que se iba a echar la siesta y se encerró en la suya.

No te puedes hacer idea, Cora, de las ganas que tenía de volver a casa. Se suponía que debíamos regresar el martes por la tarde, el 28, pero empecé a pensar en cambiar los billetes. Sin embargo no tenía más remedio que quedarme; al día siguiente teníamos la cita con Thomas, el Resucitado del domingo. Y además nuestros hijos parecían estar divirtiéndose, felices con la nieve y el aire libre; al menos cuando Lise no estaba allí para fastidiarles.

—Papá, ¿qué le pasa a la tía Lili? —preguntó Colin, un poco desestabilizado por el hecho de que la mesa se hubiera quedado de repente desierta.

Me encogí de hombros.

—No sé. Un problema con un amigo. A vosotros también os pasa, ¿no?

—¡Todo el tiempo! —exclamó Soline—. ¡Pero solo con uno!

Y perfectamente sincronizados declararon, con un ligero temor en la voz:

—¡Nelson!

Yo conocía a Nelson: cinco años, el doble de grande que ellos, un pequeño burgués infecto que hablaba mal y llevaba una ropa preciosa que debía de costar un riñón. Nelson-no-teme-a-nadie. Los otros niños le llamaban así porque él mismo no paraba de decirlo. Dichoso Nelson.

—¿No deberíais regalarle vuestros dibujos?

—¿A Nelson?

—No, a Nelson no. A Lise.

—¿Por qué?

Me levanté para coger sus obras de la encimera.

—No sé, la habéis dibujado... Seguramente le gustará.

Los mellizos se miraron y oí —o más bien no oí— ese lenguaje extraño, inaudible, su código silencioso. Colin abrió la boca, después Soline, y luego de nuevo Colin, pero no se oyó nada.

—Bueno, chicos, si no queréis no estáis obligados... Habría sido un detalle, eso es todo.

—Pero, papá —acabó diciendo Soline—, no es la tía Lise...

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién es?

—Es Tina.

Otra vez ella. No tenía ni idea de quién era esa famosa Tina. Nunca había oído hablar de ella.

—De acuerdo, es Tina. ¿Y se puede saber quién es Tina?

—La chica del piso de arriba —susurró Colin—. La que vive en nuestra habitación.

Asombrado por esa declaración, les pedí explicaciones. Me llevaron hasta la habitación en cuestión, acogedora como un iceberg. Uno de los parches de plástico se había soltado; restallaba al viento, translúcido y rosáceo, zumbando en las cortinas como un ala de pterodáctilo. Lo volví a sujetar mal que bien, mientras Soline sacaba un papel de debajo de su almohada. Me lo tendió. Era una foto, un trozo de foto, la parte izquierda; una vieja foto polaroid rasgada, amarillenta y un poco pringosa. Tardé un instante en reconocer a mi padre, el padre de mis cuatro años, en bañador. Sujetaba a una mujer por la cintura, pero ella estaba cortada y no se la veía; solo se discernía un mechón pelirrojo cerca de su hombro —el hombro de mi padre—, un fragmento de carne pálida y un brillo verde, sin duda un tirante de bañador. La foto había sido tomada en una playa, inmensa y llena de charcas naturales, como las de la costa oeste, o tal vez la de Normandía. La mujer habría podido ser Lise, salvo que en esa época Lise era rubia y solo tenía once años. Miré el dorso de la foto. Alguien había escrito algo a mano con tinta negra, pero debido al desgarrón solo se podía leer «-tina». Misterio resuelto. Una parte del misterio, digamos. Pregunté a los niños dónde la habían encontrado.

—Aquí —me explicó Soline llevándome de la mano hasta el armario de la ropa que estaba en el pasillo—. Aquí, en el suelo, justo debajo.

Me agaché y miré debajo del armario. Solo había unas pelusas de polvo, nada más. Alcé la cabeza y por un segundo me pareció percibir un resplandor a través de la trampilla del desván; sin duda el efecto de mi imaginación a causa de la insólita atmósfera que había en la casa desde nuestra llegada.

—El hombre de la foto es mi papá —les dije—. Mi papá hace mucho tiempo. Vuestro abuelo.

—Ya lo sabemos.

—¿Ah, sí?

—Sí, hemos visto otras fotos. El verano pasado estuvimos hurgando... un poco... Colin se mordió el labio; le hice un gesto para que continuara.

—Encontramos unos álbumes llenos de fotos de él, y también de cuando vosotros erais pequeños, tú y Lili.

—Aunque al principio no sabíamos que erais vosotros.

—La abuelita nos regañó.

—¡Nos regañó mucho! «No me gustan los niños fisgones», dijo. Lo dijo... con mala cara.

—Después —continuó Colin— nos explicó que era nuestro abuelo paterno.

—¿Y yo dónde estaba?

—Pues en casa. Estabas trabajando para el restaurante de Tim... Fue cuando nos quedamos solos con la abuelita, ¿te acuerdas? En agosto.

—Ah, sí, es cierto... Bueno. Entonces, según vosotros, ¿la Tina de la foto, en fin, esa chica a la que no se ve, vive en vuestra habitación?

Se encogieron de hombros a la vez. Les seguí preguntando, pero fue en vano. Son muy charlatanes, ¿sabes? Hablan por cuatro más que por dos, pero cuando se obstinan en su mutismo ya no hay nada que hacer. Me di por vencido, les dejé jugar en mi habitación, empezaron una partida de Monopoly en la alfombra persa. Sin embargo me quedé con la foto.

Bajé las escaleras para mostrársela a Lise. Justo antes de llamar a su puerta la oí llorar, de modo que renuncié. En cuanto a nuestra madre, no era cuestión de hablar con ella. ¿Y si la chica rasgada era la amante de Thomas Bataille? ¿Y si mi madre nunca lo había sabido? Ya estaba bastante conmocionada de por sí, y yo tenía miedo de cometer una torpeza con Grâce, ya desde niño siempre había tenido miedo de cometer una torpeza. Miedo de disgustarla. Mi madre me quería, por supuesto, pero no lo decía. De pequeño buscaba sus caricias, pero ella nunca me las daba, como si las muestras de afecto tuvieran algo de indecente. No era así con Lise. Creo haberla visto varias veces coger a mi hermana en brazos; a mí, jamás. Salvo aquella noche, la Nochebuena de 2010. Ahora, a toro pasado, me doy cuenta de que tenía que haber comprendido que algo no iba bien.

Suspiré, me guardé la foto en el bolsillo trasero de mis vaqueros y fui a despejar el acceso al desván.

*Grâce Marie Bataille,*  
*10 de mayo de 1981, salón,*  
*00.57 h en el reloj grande*

Tenías razón: ¡No la guerra!

François Mitterrand regirá los destinos de Francia, victoria disputada. Las imágenes de la televisión son increíbles: en París hay un gran alborozo, la Bastilla asombrada, sobreexcitada.

Hemos bebido champán, mucho, estoy completamente ebria, escribo mal y veo doble. La chica también estaba achispada, por lo general tan reservada y de pronto tan saltarina, vibrante como una tormenta. Estoy segura de que esa niña grande va a enfermar. Mañana tendrá mala cara. ¿Un grano, quizá? Me encantaría verla con un grano rojo y purulento que la desfigure.

Hemos puesto música y bailado hasta las tantas con los niños —*Banana split* una y otra vez, les vuelve locos esa puñetera canción—; qué más da, no todos los días suceden cosas interesantes, ¿no es cierto? Pero lo más importante: hemos follado. Follado como en los viejos tiempos, apasionados, fornicio, semen y sudor, follado como antes de Nathan, antes de que mi cuerpo tuviera a tus ojos algo inquietante. Nunca lo has dicho, pero yo lo sé. A partir de eso nuestra intimidad cambió. Estaba la tristeza, por supuesto, la alegría mezclada con la tristeza, esa intensa paradoja contra natura. ¿Crees que las cosas fueron fáciles para mí, Thomas? ¿Puedes imaginar por un instante lo que una mujer puede experimentar al traer al mundo un bebé sin vida? No creo. Ese niño no estaba dentro de ti. No lo has llevado durante meses ya muerto en el vientre. Y de eso no hablamos, o muy poco. De ese Aurélien que nunca vivió, pero que sin embargo fue enterrado con su pequeña placa, no hablamos. Deberíamos tener tres hijos, pero solo tenemos dos. Así es la vida. La vida está llena de desgracias.

Hablo de ello porque estoy borracha. Hablo de ello porque ese ser ausente a veces me atormenta. Olvido, trato de olvidar, olvido cada vez más a menudo. Pero algunas veces, sí, me acuerdo de ese cuerpo minúsculo en esa tumba minúscula y me pregunto si Nathan puede sentirlo; si en el fondo de su inconsciente lo sabe.

Por supuesto que no lo sabe. Nunca se lo diremos y es mejor así. ¿De qué sirve contarle a alguien que ha crecido cerca de un cadáver? ¿Que latían dos corazones pero que al cabo de seis meses solo quedaba uno? ¿De qué sirve saber una cosa así, francamente? Aparte de para analizarla en el diván de un psicoanalista, no creo que sirva de nada.

Pero el hecho de que mi cuerpo alumbrara la vida al mismo tiempo que la muerte te perturbó. Después de Lise recuperamos enseguida una sexualidad normal, y sin embargo yo había engordado terriblemente. Tú me encontrabas «sexy», con mis

pechos hinchados como globos. Era una cría difícil, ¿te acuerdas? Dormía mal, tenía pesadillas, rabietas, esas rabietas delirantes durante las cuales se golpeaba la cabeza contra las paredes... Nunca olvidaré su bautizo, el momento de la renuncia al mal. «¿Renuncias a Satanás, padre y autor del pecado?». En ese preciso instante Lise se puso a chillar como un gato degollado. Toda la sala se echó a reír, incluso el cura, pues de pronto toda aquella solemnidad pasó a ser cómica. En cuanto a mí, no estoy segura de que me pareciera tan gracioso, pero qué más da. De todas formas esos bautizos eran para complacer a mis padres. A tu padre le importaban un bledo, como tantas otras cosas; algo que le agradezco. Sí, Lise era difícil, todo lo que se diga es poco. Hasta el punto de que la idea de tener otro hijo no se nos pasó por la cabeza durante mucho tiempo. A pesar de las noches sin dormir, como pareja seguíamos siendo modélicos. A riesgo de no dormir, nos dedicábamos a... De hecho los dos primeros años de Lili fueron especialmente eróticos y, ¿sabes?, siento una gran añoranza.

Pero ese nuevo parto... En los meses, en los años siguientes, notaba una reticencia por tu parte cada vez que me penetrabas. La sentía, pero no me atrevía a hablarte de ella, me daba vergüenza. Tu reticencia, Thomas, me daba vergüenza. ¡Ese cuerpo que se vuelve contra uno...! Pensé varias veces en el mito de la vagina dentada. Parecías tan angustiado cuando hacíamos el amor que mi mente, a mi pesar, recordaba esa historia. Como si mi vientre hubiera «devorado» a Aurélien, tu hijo, tu segundo hijo; como si ahora existiera el peligro de que mi sexo pudiera comerse el tuyo.

Desde entonces me siento envejecer. Afearme. A veces mi rostro me parece una bolsita de infusión usada que nunca más volverá a ser tersa. Mi culo está acartonado y mis caderas, ensanchadas, por no hablar de los angiomas que florecen como claveles en mi escote.

Pero esta noche no he sentido nada de eso. Por primera vez desde hace más de cuatro años nos hemos reencontrado. Esta noche sencillamente hemos follado. Ya sé que no está bien, pero he hecho ruido a propósito para que la chica lo oyera. Los niños también lo han debido de oír... Mala suerte. No me siento orgullosa de ello, pero qué se le va a hacer.

Cuando bailabas con ella sentía una rabia indescriptible, como si mi esternón fuera un círculo incandescente, un anillo de metal en plena fusión entre mis pechos, tembloroso bajo la seda de color crema de mi nueva blusa. Me habías dicho: «Qué blusa tan bonita», ¡y yo estaba tan contenta! Pero al verte con ella, la tela podría haber ardido por combustión espontánea. Dentro de mí tenía el color de su cabellera, el color de los infiernos.

¡Ojalá se fuera! ¡Ojalá su madre se pusiera enferma allí, en Polonia! ¡Ojalá se

viera obligada a irse...! Yo también querría lanzarle una maldición.

Por ahora me miro en el espejo del recibidor. Nuestro revolcón parece haberme rejuvenecido, como si en el orgasmo hubiera alguna magia, una magia buena. Tú y yo somos unos magos. Por un instante hemos invertido el curso del tiempo.

Debería haber elecciones más a menudo.

El puñetero armario pesaba muchísimo, me pregunté quién habría ayudado a mi madre a desplazarlo; Sagnier, sin duda. Mal que bien, dejé libre la trampilla de acceso y luego aproveché para cambiar la bombilla del techo. A las cuatro de la tarde pasadas, cuando ya no quedaba casi luz natural, me puse a soñar con una playa quemada, solar e infinita, como la de la polaroid.

¡Por favor, que llegue de nuevo el verano!

Tiré de la escalera plegable, que cayó con un ruido sordo sobre el suelo. Los niños acudieron corriendo, abandonando el Monopoly; en lo que a curiosidad se refiere, han salido a su tía. Todos juntos subimos con prudencia, como en una cordada.

El desván estaba acondicionado como un espacio diáfano, agradable, propicio para las lecturas y las siestas —inocentes o no—. Era el único lugar de la casa que me gustaba. De adolescente pasaba mucho tiempo en él, leyendo, dibujando, besando a las chicas o solo fantaseando, porque desde la gran ventana Velux, abierta al cielo, había una vista magnífica. Ese día no era el caso. Una espesa bruma de color zinc caía sobre el valle, cubriendo el paisaje por completo. Sin embargo todo era como en mi recuerdo, idéntico a los años anteriores; todo, aparte de la gran casa de muñecas que presidía la habitación. Los niños, por supuesto, se lanzaron sobre ella con avidez. El enorme objeto, construido por mi abuelo, había pertenecido a mi madre y, más tarde, había hecho las delicias de mi hermana durante mucho tiempo. Yo pensaba que había desaparecido; en cualquier caso me había olvidado de su existencia. Me vinieron unas imágenes de Lise y de mí haciendo luchar a Ken y Barbie en el «salón» antes de atizarnos el uno al otro de verdad, a tamaño natural. Yo tenía seis o siete años, Lise el doble, y lo que más nos gustaba entonces era pelearnos. Lo llamábamos «la lucha». Nos cogíamos el uno al otro por los hombros y empujábamos y empujábamos, hasta que yo me hacía daño infaliblemente; ella era mucho más fuerte que yo. Yo me echaba a llorar y mamá venía a regañarnos si estaba en casa, o bien la canguro, primero Élodie, luego Marisa y luego nadie, ni para pelearse conmigo ni para regañarme; Lise se marchó, y yo me hice lo bastante mayor como para cuidarme solo. El caso es que ese juego de la lucha duró varios años y siempre terminaba de la misma manera: yo llorando, y los dos castigados. Sin embargo yo volvía a las andadas, seguía aceptando «jugar», e incluso se lo pedía, si mal no recuerdo. Lise y yo nos llevábamos tantos años que yo la admiraba, como si fuera mi mentora. Siempre había tenido en un altar a mi hermana mayor, colérica y valiente, por lo que siempre estaba dispuesto a todo con tal de que me hiciera caso, aunque hubiera que llevarse una zurra.

—Papi...

Colin me sacó del pasado con una voz frágil, un ligero susurro en mis oídos llegado de muy lejos. Me volví. Los mellizos, completamente rígidos, se habían

apartado de la casa de muñecas. Estaban pálidos, petrificados, también ellos parecían muñecos, dos muñecos gigantes con los cabellos claros y los ojos abiertos como platos.

—¿Qué pasa?

No respondieron. Di unos pasos y me acerqué a la casa. En la réplica del dormitorio en el que se alojaban los niños, al final del pasillo, había sentada precisamente una muñeca maniquí en medio de la «habitación». Iba vestida de harapos, los restos de un vestido de baile de satén verde, y tenía la cabeza afeitada. Pero sobre todo no tenía ojos. Se los habían recortado en círculo, como con una cuchilla, lo que le daba un aspecto terrorífico. También yo debí de palidecer, pero después sonreí a los niños.

—Era de la tía Lise. Como veis, ¡no era nada cuidadosa!

Los mellizos no se relajaron.

—¿Podemos volver a bajar? —preguntó Colin, con un pie ya en las escaleras.

—Sí, claro. Tened cuidado, los escalones son muy empinados.

Soline me hizo un gesto de exasperación: «Sí, ya lo sabemos». Es terrible, Cora, pero no puedo evitar decirles «Cuidado». Es una especie de acto reflejo. Trato de no pensar en cómo será cuando sean adolescentes, cuando salgan, cojan una cogorza y vuelvan en coche con sus colegas borrachos como cubas. Riesgo e inconsciencia... Todos lo hicimos, ¿no es verdad? Ellos también lo harán, y decir «Cuidado» no servirá de nada; otro de esos vanos pensamientos, vano y mortífero, de esos pensamientos que uno ahuyenta pero no puede eliminar.

Observé la muñeca y meneé la cabeza. No era nada más que una vieja Barbie estropeada, un grotesco trozo de plástico, y si su aspecto cadavérico podía impresionar a unos niños de seis años, yo no era tan nenaza como para eso. La cuestión era saber quién había vuelto a sacar esa casa y por qué la había colocado allí. La miniatura era idéntica a la de mi sueño, la de mi pasado, una réplica a escala reducida, pero absolutamente perfecta. Se trataba de una especie de maqueta, y esa idea sí que me produjo en cambio un nudo en el estómago. Ya iba a arrojar la Barbie a una caja en la que había un batiburrillo de cosas cuando oí un ruido espantoso en la planta baja. En ese mismo momento la luz se fue en toda la casa. Mamá se puso a gritar. Bajé corriendo por la escalera plegable y estuve a punto de romperme la crisma en la semioscuridad. Seguí las dos sombras de nuestros hijos, que bajaban los peldaños; con Lise pisándome los talones, recorrí el pasillo hasta llegar a la habitación de Grâce.

La encontramos de pie en el cuarto de baño (los dos dormitorios de la planta baja tienen cada uno su propio cuarto de baño, mientras que la planta de arriba solo dispone de una ducha común), medio envuelta en una toalla blanca, empapada de pies a cabeza, con la piel de color rojo oscuro; parecía un indio apache. Lise dejó escapar

un grito de terror. La bañera estaba completamente salpicada de sangre. Fue lo que pensé en ese momento, lo que todos pensamos. «¿Por qué diablos está llena de sangre la bañera?». Por un segundo vi la escena de un crimen, como si ese cuarto de baño hubiera sido el escenario de un acto monstruoso, de un asesinato cometido por una criatura salvaje, maléfica. Pero mi madre, con voz monocorde, nos hizo volver a la realidad.

—El calentador de agua... El calentador de agua se ha rajado... De pronto se ha rajado y me he quemado, me he quemado entera...

Temblaba. Al aflojar la tensión se echó a llorar. Me di cuenta de que en efecto el depósito de encima de la bañera se había roto, dejando escapar el agua oxidada de su vientre. No era sangre lo que había salpicado la bañera, sino óxido de color naranja oscuro, viscoso, calcáreo. Naturalmente, los plomos habían saltado, lo que en cierto sentido era bastante tranquilizador.

—De acuerdo... Cálmate, mamá. Voy a restablecer la corriente. Para empezar voy a restablecer la corriente.

Bajé a tientas a la bodega y encontré el disyuntor. El fusible que alimentaba la habitación de mi madre se había fundido. La instalación era muy antigua y me maldije por no haber insistido lo bastante a Grâce para que encargara las obras de adaptación a las normas. Hacía años que se lo decía. «Pero si funciona muy bien, querido, ¿por qué reparar algo que no está roto?». Como mi hermana, era especialista en cerrarle a uno el pico.

Tras cambiar el fusible volví a subir los estrechos peldaños de piedra. En su habitación mi madre ya se había secado. Estaba tumbada en la cama y Lise le daba Biafine en la espalda bajo la mirada incrédula de los mellizos, que, al igual que yo, parecían preguntarse qué era lo que estaba sucediendo en esa bendita casa. Ambos estaban sentados en la poltrona de terciopelo rojo; el *déjà vu* me petrificó. De pronto, la habitación me produjo el efecto de una engañifa, que las paredes y las puertas eran falsas.

—Esto no es nada —declaró mi hermana con desenvoltura, sin dejar de untar crema blanca en la piel roja de mamá—. Yo he tenido quemaduras mucho peores. ¿Os acordáis de Santorini? ¡Maldita playa de arena negra!

—Es verdad —susurró Grâce incorporándose ligeramente y volviendo la cabeza hacia mí—. Pero he pasado mucho miedo.

—¡Me lo imagino! No te voy a castigar con un «ya te lo había dicho», pero reconocerás que...

Hundió su rostro en la almohada como una chiquilla para ocultar sus lágrimas.

—Va a haber que hacer algunos arreglos, niños... Sí, esta vez voy a tener que decidirme...

Estaba claro que la perspectiva le angustiaba enormemente.

*Grâce Marie Bataille,  
14 de mayo de 1981, mesa del jardín,  
23.07 h en el reloj de mi padre*

Efectivamente.

Ayer, en plena plaza de San Pedro, dispararon contra Juan Pablo II. Nada más enterarse la chica bajó a la cabina de teléfono a llamar a su madre. En Polonia, ni que decir tiene, están muy alborotados: Karol Wojtyla, «su» Papa, el primer Papa polaco de la historia, acaba de escapar a la muerte.

A las cinco y diez de la tarde, delante de veinte mil fieles y de las cámaras del mundo entero, el llamado Ali Agca, arrodillado ante el soberano pontífice, ha blandido una Browning de 9 milímetros. Durante el tradicional baño de multitudes, este joven turco fugado de la cárcel le ha disparado a quemarropa tres balas en el vientre. Bang. Bang. Bang. Lo han vuelto a detener enseguida.

Mi madre también parece estar muy afectada por el suceso: «¿Dónde vamos a ir a parar, si ahora disparan incluso contra los hombres de Dios?». No es que yo sea una gran seguidora de Juan Pablo II, por su postura sobre el aborto, entre otras cosas; he luchado por ese derecho. Pero es cierto que en este acto hay algo enormemente chocante. El símbolo de la paz ha sido alcanzado, la personificación de un contrapoder, lesionada; solo queda la violencia, un poder originario de la humanidad que nada podrá detener jamás. Esa violencia que siento en mí, cada vez más fuerte, cada vez con más frecuencia... Mi padre tenía razón: no hay generación sin guerra.

Estamos muy contentos, ¡uf! Wojtyla saldrá de ésta.

Aquí todo está tranquilo. Me he fumado mi cigarrillo en la noche inmóvil, en medio del olor exhalado por el cedro azul del parque, intenso, tornasolado como una cinta.

Parece ser que esta casa no fue siempre tan tranquila. En el colegio me contaban historias acerca de ella, pero mis padres siempre se negaban a hablar al respecto. No estoy segura de la veracidad de los hechos; sin embargo persiste ese desagradable mito transmitido de generación en generación. La vieja Chapelle, la curandera del pueblo, centenaria y jubilada, continúa diciendo a quien quiere escucharla que siempre que pasa por delante de nuestra casa la ve «rodeada de un halo negro». Para mí esta casa está rodeada por un magnífico jardín, y punto. Pero la vieja Chapelle, grande como una catedral, con sus ojos de mármol gris bajo dos cejas macizas y espesas, cuenta que nuestra casa, MI casa, está rodeada de sombra incluso cuando brilla el sol. Un aura diabólica, o alguna bobada de ese tipo. Que se muera ella

también y sus habladurías.

Cuando el río suena, agua lleva... De acuerdo.

Parece ser que la hija de los antiguos propietarios, una adolescente de dieciséis años llamada Aurore, tuvo relaciones durante la ocupación con un oficial nazi y se quedó embarazada de él. La región, durante mucho tiempo situada en la zona «libre», fue el foco de una resistencia feroz. En el pueblo sospechaban algo; la familia parecía gozar de algunos privilegios. Pero cuando el embarazo de la chica fue bien visible, todos la consideraron una traidora declarada. Una fría noche de octubre de 1944, unas semanas después de la liberación de Villefranche, la raparon públicamente. Huyó al bosque para escapar de la venganza popular, sola en la noche oscura con su abultado vientre y su cráneo magullado, y perseguida por los aldeanos: jauría de lobos, rabiosos por el sufrimiento y la sed de revancha. La batida no dio ningún resultado, pero unos días más tarde la encontraron muerta por el frío o el hambre, escondida en el hueco de un tronco de roble. La historia cuenta que la encontraron a la aurora, pero eso sin duda también forma parte de la leyenda. Desde entonces, todos los días, al amanecer, aparece en las inmediaciones de los bosques con su hijo muerto colgado a la espalda como un hatillo sangriento. Huelga decir que yo nunca la he visto, ni nadie que yo conozca; solo es un chisme de cazadores ebrios acodados en la barra de Les Pierres, un cuento para asustar a los críos y que se les quiten las ganas de escapar al bosque.

Pero a ti no te gusta este rumor, Thomas. Incluso dudaste en aceptar la casa cuando mis padres nos la ofrecieron. Al final mi padre te convenció: él, el héroe de la Resistencia, había decidido invertir en estos lugares a pesar de esa historia, reciente todavía en aquella época. El glorioso pasado de los hombres Bresson había lavado de alguna forma los eventuales pecados; y nosotros, papá, mamá y yo, habíamos sido muy felices aquí... Al menos eso era lo que yo creía.

Le pregunté a mi madre qué le pasaba de pronto con esta casa, ¿recuerdas? Porque ella había dicho: «Prefiero morir a volver allí». Vaciló delante de su taza de té y al final me explicó que habían elegido este lugar porque era perfecto para una familia. Una familia numerosa, un albergue de juventud. Louise Bresson me confesó que le habría gustado tener cuatro, cinco, seis hijos, un sueño que se quedó en nada por su enfermedad. Entonces me habló del halo negro: «Quizá la vieja Chapelle tenga razón, Grâce. Mi histerectomía, y ahora tú... Quizá haya algo entre estas paredes, algo maldito para las madres, una maldición». ¿Te das cuenta, Thomas? ¡Un mal de ojo, una maldición! ¿Estamos locas de generación en generación? Me lo he tomado a broma, por supuesto; le he dicho: «¡Ay, mamá querida, toda esta clorofila se te está subiendo a la cabeza!». Pero esta conversación me ha dejado con la penosa impresión de que yo no he sido suficiente para ella. Mi presencia, mi existencia, no han bastado para hacer feliz a mi madre.

Mi presencia, mi existencia, no parecen bastarte a ti tampoco.

Yo no creo que la casa tenga algo que ver con el asunto. Las casas no son capaces de hacer «cosas», las casas no se vengan de sus habitantes. Son las personas las que se vengan.

El mismo Dios ha puesto a punto el principio de venganza —o bien los esbirros de Dios—, diluvio, Apocalipsis, páginas y páginas de matanzas, sangre vertida una y otra vez, ley del tali3n, ojo por ojo, diente por diente. La Biblia est1a llena de violencia, la de los hombres y sobre todo la de Dios; su omnipotencia dirigida contra nosotros, él que nos ha creado a su imagen y semejanza...

Pero entonces, si Dios es bueno, la venganza tambi3n lo es? Qu3 opina Juan Pablo II al respecto en este momento?

Y t, Thomas, qu3 opinas?

D3nde est1s?

Esa noche mi hermana volvió a su casa. No podía guardarle rencor; yo habría hecho lo mismo si no hubiera vivido a quinientos kilómetros de allí. Había olvidado hablarle de la polaroid, que saqué de mi bolsillo una vez acabada la aventura del calentador de agua. Dudé en llamarla por teléfono, pero finalmente decidí dejarla tranquila. No tenía aspecto de sentirse bien debido a la relación con ese enésimo novio, cuya lacra no me atrevía a imaginar: ¿egoísmo, infidelidad, inmadurez, cocaína? Había pensado mostrarle la foto al día siguiente, antes de la cita con nuestro padre. Dos pájaros de un tiro. El tiro me rebotó en plena cara, evidentemente.

Los niños habían ocupado la habitación de su tía, así que me encontré solo en la cama, dando vueltas en la cruda aspereza de las sábanas de lino. No sabía qué pensar de todo aquello. No se había producido ningún suceso inexplicable; solo simples coincidencias, acontecidas al mismo tiempo que unas acciones malévolas. Cuando le pregunté mamá me dijo que había sacado la casa de muñecas para Soline y Colin. La había vuelto a encontrar después de la historia de las piedras, mientras inspeccionaba para comprobar que no hubiera ningún intruso en la casa. La Barbie, en cambio... Contemplé durante un instante lo que había sido obra de Lise. Siempre le habían gustado las bromas macabras; y por otra parte no era nada cuidadosa: ejércitos de soldados lisiados, Big Jim decapitados, caballitos sin cabeza. Sin embargo no me la podía imaginar en absoluto lanzando proyectiles contra las ventanas, y menos a riesgo de herir a sus sobrinos; mi hermana tiene muchos defectos, pero quiere a nuestros hijos. Me pregunté quién podía tener algo contra nosotros hasta ese punto, a qué se debían esas extrañas maniobras intimidatorias. Dijera lo que dijese Grâce, yo no había renunciado a la idea de que Thomas se estuviera divirtiendo a nuestra costa. Pero en el fondo lo que más me molestaba era la actitud de los mellizos. La sucesión de incidentes los había vuelto más tranquilos, demasiado tranquilos; y lo que contaban a propósito de «Tina», que vivía en su habitación... Esa noche mientras les tapaba me hablaron de ti. Pero me hablaron de ti de una forma extraña. Ya no eras una princesa Disney, sino que estabas muerta. Por supuesto, ya habían tenido que explicar, demasiado a menudo, que su madre estaba muerta. El término en sí no era nuevo en su boca. La novedad provino del hecho de que ya no utilizaran esa palabra como adjetivo, sino como nombre común. «Si mamá es una muerta, ¿crees que puede volver?».

—Los muertos no vuelven, cielo... Morir significa simplemente «dejar de vivir». Mamá está ahora en otro lugar. En otro lugar que no es la tierra.

—¿En el cielo?

—En el cielo, si queréis. Pero sobre todo está aquí.

Posé mi mano en mi corazón, luego en el de nuestro hijo y por último en el de nuestra hija.

—Mamá está aquí. Aquí, y aquí. En este lugar es donde vive para siempre.

—Si mamá está dentro de nosotros, vive en la tierra —rebatía Colin—. Y si está en la tierra, puede volver perfectamente.

En ese momento no supe qué responder. Reflexioné.

—De hecho, mamá no puede volver, porque nunca se ha ido. Hablamos de ella, y nuestras palabras la mantienen en vida.

Soline apretó los labios.

—Yo creo que mamá es una muerta en paz, porque la queremos mucho. Los muertos en paz no necesitan molestar a los vivos, y por eso nunca volverá.

Miré a nuestros hijos, alucinado. Me senté a su lado en la cama pensando que Lise les habría contado alguna tontería mientras yo no estaba, una de sus historias de *poltergeist*. Cuando yo era pequeño mi hermana venía algunas noches a mi habitación; adoptaba una voz que no era la suya, una voz grave, cavernosa, falseada, con la que hablaba en el vacío sin moverse, de pie en medio de la habitación, inmóvil como una estatua. Yo le suplicaba que parara: «Lise, para, me da miedo, por favor, deja de hacer eso...», pero no me hacía caso. A los diecisiete años seguía viniendo a meterme miedo con esa maldita voz. No dejó de hacerlo hasta que se marchó de casa definitivamente.

—¿Os molesta alguien? —pregunté a los mellizos—. ¿Os ha contado Lise algo, alguna historia de terror?

Mutismo. De nuevo.

—Mirad, vuestra tía dice muchas tonterías. No hay que hacerle caso.

No hicieron comentario alguno y se tumbaron a la vez, lo que significaba: «Olvídalo, papi». Yo no tenía ganas de olvidarlo, pero tampoco sabía qué decir. No iba a ponerme a dar una conferencia sobre los fantasmas, la existencia o la inexistencia de Dios o la inmortalidad del alma, de tu alma en este caso. Porque yo no sé nada de eso, Cora, porque soy un incompetente en el tema, porque en realidad todo el mundo lo es, desde el científico hasta el religioso, pasando por el psiquiatra y el médium. Sé que tu fantasma no flota a nuestro lado, amor mío. Sé que tu cuerpo está enterrado en el cementerio de Montparnasse y que de ese cuerpo apenas queda nada. Pero después de haber tapado a nuestros hijos una idea no cesaba de asaltarme, la de que los mellizos habían nacido con la muerte. Habían estado más cerca de ella que cualquiera; Colin estuvo a punto de no respirar jamás. ¿Se habría ido su alma y luego vuelto? ¿Se habrían cruzado furtivamente vuestros seres? ¿Te habría conocido durante un instante? Yo solo conozco la materia. La materia responde a leyes físicas, sometidas al espacio y al tiempo. ¿Qué ocurre con el pensamiento, inmaterial, incorporeal, sin principio ni fin? En mi cama pensé en el hecho mismo de pensar, me pregunté si el pensamiento podía tener un efecto sobre la materia, como esos yoguis que doblan cucharas, esos chamanes que caminan sobre el fuego, esos horrores que el

inconsciente fomenta cuando la consciencia está más débil, los sueños; ese sueño. Pensé en todo eso sin sacar nada en claro. Cavilar sobre ese tipo de teorías equivalía a dar vueltas en círculo en la escalera de Penrose.

Hoy me pregunto: ¿Eres verdaderamente «una muerta en paz»? Nunca he querido para ti otra cosa, nunca he esperado de ti otra cosa. Siempre he sabido que no podías volver, que habías dejado de existir como materia. Esa sustancia dulce, tierna y cálida de la que estabas hecha ya no existía, mis manos ya no la tocarían, ni las manos de nadie. Esa noche, la noche del sábado 25 de diciembre, deseé creer a nuestros hijos. No, tú nunca volverás. Y yo me alegro, porque quizá eso signifique que efectivamente estás en paz, que estoy haciendo lo que hay que hacer, que no soy, a fin de cuentas, totalmente incapaz. Los niños están aquí, vivos, reales. Los niños están aquí y dan sentido a mi vida. Hoy más que nunca, dentro de la insensatez, de lo inconcebible, soy consciente de ello. Sin ellos me habría reunido contigo hace un siglo.

*Grâce Marie Bataille,*  
*14 de junio de 1981, salón,*  
*00.00 h en el reloj grande*

Cuando era más joven no pensaba que fuera tan difícil hacer que una pareja funcionara. Mis padres funcionaban en tándem, siempre funcionaron así durante más de treinta años, y doy las gracias al destino por haber hecho que mi padre se muriera el primero. Si se hubiera quedado él solo, se habría sentido perdido, mientras que Louise se contenta con amontonar plantas verdes. Quizá nuestra unión estuviera mal planteada desde el comienzo. Quizá yo no haya asumido ciertos parámetros. Quizá, simplemente, no se puede prever todo. El amor es como la meteorología: nos equivocamos constantemente.

El amor que siento por ti, Thomas, es un hecho absoluto. Te amo contra viento y marea. Te amo a pesar de tu indiferencia. Te amo a pesar de nuestro hijo muerto. Te amo a pesar de tus arrugas. Los hombres hacen este tipo de cosas, dejarse llevar por el entusiasmo ajeno. Nosotras no. Yo no. Pero vosotros, seres egocéntricos, ¡sois unas presas tan fáciles por esas fuerzas que os superan! A vuestros ojos, solo el presente importa, solo el presente existe; el pasado ya no es y el futuro no ha llegado todavía. Me gustaría poder razonar de esa forma. Te envidio, Thomas. Te envidio sinceramente. Máquina para hacer pasta, máquina para freír, nuestras firmas al pie del contrato. Ya está hecho.

Hasta que un día aparece el grano de arena.

Máquina polaca, los glúteos altos, los muslos firmes, los pechos como obuses, diecinueve años, sin hijos, el acento del Este, la boca hinchada, la mente frágil —oh, ella no es idiota, solo inexperta, ingenua, embaucadora—, vuestro instinto masculino de Pigmalión, la admiración en sus ojos, «señor Thomas», y luego la novedad, esa puñetera novedad que necesitáis como el oxígeno. La novedad es lo tuyo, ¿verdad? Nueva tecnología, nuevo culo. Aquí no hay ninguna vagina dentada. Tal vez sea virgen. No creo, es demasiado sexuada, demasiado abiertamente sexuada. Pero, para tu mente de cazador, más virgen que yo, eso seguro; un terreno a explorar, una llanura siberiana, una tierra baldía; y yo, en barbecho.

Ahora está claro. Está claro que pasa algo. No sé si ese algo ya se ha consumado o es solo inminente, como un atentado preparado en un sótano por un joven terrorista. No sé si ella quema muñecas con mi efigie, si eres tú el que ardes en deseos de cepillártela, si ella te echa filtros amorosos en el café, si ella me envenena, no lo sé, lo único que sé es que pasa algo y que ese algo no puedo pararlo.

No tengo ninguna prueba, como tampoco la tengo de sus maldiciones, de sus poderes. Si alguien leyera estas líneas diría: «No hay maldición alguna, solo la juventud». Pero ese alguien no te conocería, Thomas. Ese alguien no sabría lo que

hemos vivido. ¿Cómo se puede pasar de todo a nada? Solo la muerte puede hacerlo: del ser a la nada.

Tú estás vivo, ¡bien vivo! Feliz, incluso, cuando ella está aquí.

Dime, ¿cómo frenar el proceso?

Enloquezco.

Si pudiera resolver el problema a base de plantas... Si pudiera.

Desearía tener mil manos para alejarla de ti.

Si la amas, Thomas Bataille, si algún día la amas, entonces prefiero que ese día te mueras.

Nada más dormirme seguí con la pesadilla en el mismo punto donde la había dejado, exactamente igual que si hubiera apretado el botón de «pausa» en un magnetoscopio. En cuanto cerré los ojos volví a la maqueta, a la maqueta con una sola planta, esta vez a semejanza de la casa de muñecas. Estaba sentado en el sillón de terciopelo rojo, la sala estaba iluminada con una enorme araña de cristal que yo nunca había visto —o tal vez en tu galería, Cora, era el tipo de piezas que tú vendías—, pero de la que, en cualquier caso, yo no conservaba ningún recuerdo.

Mamá se levantó lentamente del sofá. «Va a suceder una desgracia», dijeron a coro los mellizos. No era una frase dirigida contra mí, ni la decían dirigiéndose al vacío, como cuando Lise me metía miedo con su voz cavernosa. Lise, precisamente, se plantó en el techo en un abrir y cerrar de ojos. Ese extraño desplazamiento no me produjo ningún efecto. Mi hermana seguía fumando tranquilamente, dejando caer la ceniza en el parquet negro. Nuestra madre pasó por debajo del cuerpo de su hija pegado al techo, declarando que debía tomar un baño, que estaba muy sucia a causa de las obras, de todos esos cascotes, de ese polvo, del hormigón y los ladrillos. No había ni rastro de obras, pero se suponía que las había. En la chimenea adosada a la pared, en el lugar donde ahora se encontraba la barra de la cocina americana, el fuego crepitaba; las llamas altas y rojas se movían como lenguas. Lise se echó de pronto a reír, a reír sin parar, hasta vomitar un chorro brutal de agua y piedras. Después se puso a fumar de nuevo, como si no hubiera pasado nada. Las volutas grises se enrollaban alrededor de los seis brazos de la lámpara, en los que había seis bombillas en forma de cirios.

Un gorjeo, como el del canto de un pájaro, me hizo volver la cabeza.

Entre los niños había ahora una joven con el pelo rapado y vestida con harapos verdes, destellos de esmeralda sobre la piel diáfana. Tenía ojos, pero eran blancos y lechosos como los de algunos ciegos, como los de mi abuela Louise al final de su vida. Pese a todo era increíblemente guapa, de una belleza que te dejaba sin respiración. En mi sueño yo la conocía. No la llamé por su nombre, pero su aparición no me afectó en absoluto. Su presencia parecía natural, como si siempre hubiera estado allí. Gorjeó algo sibilino al oído de los mellizos, pero ellos menearon la cabeza. Colin sacó de no se sabe dónde su piano de Navidad. La joven lo colocó sobre sus rodillas y se puso a tocar una música desconocida y triste, tan triste... Entonces me desperté, sacado del sueño por esa música que todavía vibraba en la oscuridad. Me acordé poco a poco de la historia de la Dama Blanca, una leyenda que circulaba en la región y que, de niño, me producía escalofríos: una adolescente embarazada de un nazi a la que los lugareños raparon al cero y luego mataron al acabar la guerra, y cuyo fantasma se veía vagar a veces por el bosque en las mañanas de niebla. Dudo habérmela encontrado realmente, pero me pareció verla varias veces, las veces que desobedecía a Grâce. Mi madre probablemente me hacía sentir más

miedo que la Dama Blanca.

Con los ojos completamente abiertos escuchaba el silencio de la noche. Por lo general las angustias nocturnas son poderosas, infundadas, pero estaba completamente sereno. Solo sentía que tenía que ir a esa habitación, la habitación de los «bebés». Me levanté y me puse un jersey y un pantalón de chándal. Evité cuidadosamente el armario ropero, que había dejado en medio del pasillo a falta de otro par de brazos para transportarlo, y luego abrí la puerta del final del pasillo. Entré y cerré la puerta tras de mí, pero no encendí la luz. El invierno hacía restallar los parches de plástico, silbaba en los rincones. Las cortinas rojas crujían, pesadas, voluptuosas, como dos cuerpos a la deriva sobre las alas del viento. Me senté en la cama, cuyo edredón seguía teniendo las huellas de carbón. Esperé allí. No esperaba nada particular, pensé en mi vida, en lo que era, en lo que habría podido ser, en los sueños de juventud y en los desencantos. Jugué a los «Y si...»: ¿Y si, al igual que Lise, hubiera decidido quedarme en la región en lugar de largarme corriendo a la capital? ¿Y si me hubiera dedicado a la viticultura, como me propuso al acabar el bachillerato mi amigo Philippe Chapelle, al que después perdí de vista? ¿Y si mi hubiera casado con Aude, mi primera «novia» de verdad, a la que conocí en la escuela de arquitectura, una corsa muy susceptible con ricitos color caoba, zapatos Dr. Marten's y sin pelos en la lengua, hoy mujer de ministro, con diadema y caniche enano? ¿Y si no te hubiera conocido? ¿Y si no hubiera ido a esa famosa velada, a esa fiesta de inauguración de una casa a la que, por otra parte, no tenía ningunas ganas de ir? Estaba incubando una gripe y me encontraba fatal, además yo vivía en el norte y la fiesta era en el sur, una línea entera de metro en el frío de noviembre. Pero se lo había prometido a Tim, que acababa de mudarse con Sarah, que a su vez era tu mejor amiga. Al principio solo vi tu nuca, tu pelo oscuro recogido en un moño de bailarina; una lámpara de pie iluminaba precisamente esa nuca, como un foco que destaca una obra de arte en un museo. En el momento en que te volviste, supe que nunca nada volvería a ser como antes.

La vida es una sucesión de elecciones más o menos reflexionadas, de azares felices o desgraciados, de encuentros, bifurcaciones, giros a la derecha, giros a la izquierda, mil destinos diferentes en cada encrucijada, y también de evidencias. Tú, Cora, eras una evidencia y si la vida se ha portado así con nosotros, nunca he lamentado haberte conocido, ni siquiera cuando hacía malabarismos, solo y durante el duelo, con dos bebés que lloraban continuamente, uno cada vez —no estaban sincronizados como hoy, no, lloraban por turno y, entre los dos, uno tenía la sensación de que lloraban todo el tiempo, lo cual no estaba muy alejado de la verdad —, tú seguirás siendo lo más bonito que me ha sucedido en toda mi existencia. Sé que un amor como el nuestro solo ocurre una vez en la vida; para la mayoría de la gente ni siquiera ocurre nunca. Por lo cual me considero afortunado. A pesar de todo,

ángel mío, he tenido una suerte inmensa. El castigo está sin duda a la altura de la felicidad que nos fue brevemente concedida.

Me quedé en la cama pensando en todo eso hasta que el alba se deslizó a través de los parches de plástico, que deformaban los primeros rayos como un calidoscopio.

Nada había turbado la tranquilidad de la noche, ni ningún tipo de lanzamiento ni ruidos incongruentes. Sin embargo durante todas esas horas yo había tenido el sentimiento de que la habitación, helada y negra, estaba abarrotada, llena de gente silenciosa cuya presencia no era nada amenazadora; solo se trataba de personas que también pensaban en sus respectivas vidas, en lo que habían sido, habrían podido ser, habrían debido ser, en esas vidas que habían sufrido un revés, habían tomado el camino equivocado, el de la derecha en lugar del de la izquierda o a la inversa.

Comenzaba a amanecer sobre el valle. Era demasiado temprano para saber qué tiempo iba a hacer; malo, seguramente. Estábamos a domingo, el día del juego de preguntas de los niños, el día de la cita con mi padre. Era el domingo 26 de diciembre, y el día de los fantasmas acababa de empezar.

*Grâce Marie Bataille,  
27 de junio de 1981, salón,  
7.10 h en el reloj grande*

La chica finalmente se marchó, cerró sus maletas y besó a los niños. La llevaste al aeropuerto a última hora de la tarde de ayer y en este momento debe de estar vagando por su puñetero país.

Tú también te has ido. A primera hora de la mañana, conduciendo tu nuevo coche, un Alfa Romeo rojo bastante fardón; pero como es tu empresa la que paga, me callo. A mí me importan un bledo los coches. Mi Citroën 8 es ancestral, feo, oxidado, en tiempos blanco y hoy beis, pero anda muy bien y eso es todo lo que le pido.

Estamos a sábado, hoy tengo guardia hasta medianoche. Mamá viene a ocuparse de Lise y Nathan; le sentará bien volver a ver el campo, quizá se dé cuenta de que su jungla de macetas es una aberración. Estoy de buen humor, liberada, como si el rinoceronte sentado encima de mi pecho acabara de levantarse para irse a correr a la sabana. Dispongo de más de cuatro semanas para reconquistarte. Tienes mucho trabajo, numerosos desplazamientos. Pero en cada uno de tus regresos nos volveremos a encontrar, sin ella, solos tú y yo, los niños estarán en casa de tu padre en Chamonix, y luego se irán a un campamento hasta finales de julio. Para nuestro aniversario de boda he planeado en secreto un fin de semana de enamorados. En Barcelona. Allí fue donde muy probablemente concebimos a Lise, ¿te acuerdas? Hace una eternidad... Más de una década, solo hacía unos meses que estábamos casados. Sin embargo me parece que fue ayer.

Después, en agosto, iremos a las Landas, a Contis, un rincón completamente apartado del mundo, a una gran cabaña situada en la playa, en lo alto de una duna; las fotos del folleto son impresionantes. Pero en lo alto de la duna estará la chica. No he conseguido hacerte cambiar de opinión, con tus grandes argumentos de experto comercial, tu imperiosa necesidad de vacaciones, de auténticas vacaciones, en calma y soledad, de respirar la brisa del océano sin los críos pegados a nosotros, de hacer deporte, montar en bicicleta, pasear por el bosque. Me has convencido tocándome la fibra sensible: «Podremos salir, ir a cenar al restaurante, me haré el jovencito, aún no tengo cuarenta años, te besaré bajo la luna, será divertido». No soy ninguna ingenua: me manipulas. Pero que sepas, querido, que no he capitulado. Dentro de unas semanas lo veremos. Yo también intentaré tocarte la fibra sensible; por fibra sensible me refiero a la cola. Al diablo hay que agarrarlo por la cola, señor Thomas Bataille. Bien mirado, no creo que haya pasado absolutamente nada con la chica. Sin embargo sé que lo has pensado. He leído en tus ojos, en los ojos de los dos —y eso ha sido lo

que más me ha horrorizado—, que habéis pensado en ello.

*Amigo, ¿oyes el vuelo negro de los cuervos sobre nuestras llanuras...?*

Los esbirros no han dicho su última palabra, Thomas. En el mundo en floración bullen en mí, cada vez más numerosos, día y noche; veo a sus hermanos oscuros hacinados en los cables de la luz junto a la carretera, tan numerosos que fragmentan el horizonte; veo en el cielo su masa negra, tan compacta, perfectamente sincronizada, cambiando de dirección en extraños vuelos rápidos e irregulares, como si se comunicaran entre ellos a una velocidad inimaginable, por telepatía o algo parecido, y las inmensas V que dibujan a veces por encima de nuestras cabezas; comprendo el mensaje: la V de la Victoria.

Muy pronto la chica no será más que un recuerdo amargo que solo servirá para enterrarlo bajo paladas de amor.

Lyon estaba cerrado como un puño de recién nacido, desierta, solo se veían algunas almas errantes, desocupadas, en el asfalto helado de la rue Victor Hugo. Un domingo después de Navidad, con ese ambiente tan particular de provincias, donde el fin de semana todavía significa algo. Eso es precisamente lo que me gusta de París, su efervescencia permanente, una ciudad que nunca descansa, siempre hormigueante, incluso los domingos; sobre todo los domingos. Cuando era más joven me horrorizaban los domingos. En la casa familiar, por supuesto, pero también cuando alquilé un estudio en la place Carnot, cerca de la estación Perrache. Historia del Arte en la universidad, herejía cultural durante la cual no paré de alcoholizarme saltándome alegremente todas las clases de por la mañana; y las de por la tarde, para ir al museo o al cine. Aquel año, el año 1996, me contenté con disfrutar de la vida, por fin había salido del campo, trataba de dejar de ser un paleta y de convertirme en un dandi con más o menos fortuna: botines Harley, camiseta ajustada, 501 hábilmente elegidos entre la ropa de segunda mano del barrio de Saint-Jean. Época gloriosa de discotecas tecno en las que bailábamos enjaulados en sótanos llenos de humo, en cuyas entrañas circulaban píldoras mágicas; en la que mi cama se engalanaba aquí y allá de jóvenes con panties de redecilla, mis noches de DJ en las que bajábamos en medio de las pistas en esferas de plexiglás, orgullosos y extravagantes como toreros. Sin embargo no tardé en llegar al convencimiento de que aquello era perder el tiempo; es verdad que muy agradablemente, pero aun así; de modo que al año siguiente «subí» a estudiar a la escuela de arquitectura de La Villette.

París fue un shock; sus múltiples barrios, corazones palpitantes apilados unos encima de otros en cubos multicolores, sus puentes mágicos y sus luces; París, con su belleza tentacular, capital, sus neones, sus bajos fondos, sus estrellas y su miseria, tan lejos de mi pueblo; tenía la impresión de recorrer un libro de Henri Miller. A pesar de los atractivos de esta nueva vida me convertí en un alumno modélico, largo período estudiantil animado por los ricitos de Aude Casanova (juro que se llamaba así; ¡yo, de haber sido ella, nunca me habría casado para conservar semejante patronímico!). Acabé mis estudios y dejé a Aude, pero París jamás, como si hubiera encontrado por fin mi patria. Patria imperfecta, estresante y carísima, pero patria al fin y al cabo.

Recorrí pues el centro de Lyon, como los curiosos dispersos bajo la magia artificial de los decorados municipales: «después de todos esos ágapes, ¡demos un paseo “por la ciudad” para bajar la comida!». Hacía un tiempo magnífico; el cielo estaba de color azul nevero, de una pureza irreal. Yo me sentía melancólico, abatido por esa juventud que parecía haber sido la de otro. Tu muerte, Cora, fue tal prueba para mí que mi juventud se quedó en esa ciudad, la persona que yo era antes se quedó allí. Había envejecido. Era un adulto, con todo lo que eso supone. Era así, lo aceptaba, pero me sentía con el corazón encogido en esa ciudad que encarnaba la despreocupación de mis diecinueve años. Callejeaba sin rumbo, las suelas de mis

botas resonaban entre los monumentos, la place Bellecour, el ayuntamiento, la Ópera. Atardecía. Busqué un bar en el que tomar una cerveza para hacer tiempo antes de la cita. Eran las cuatro y pico de la tarde, tenía que matar casi dos horas. Había bajado en autocar y no había tenido la posibilidad de elegir los horarios. Podría haber llamado por teléfono a Lise, pasarme por su casa. Sin embargo —esas famosas elecciones instintivas, automáticas, pero cargadas de consecuencias— preferí dar un paseo, ponerme en forma o simplemente aprovechar el respiro. Solo con dos hijos y un trabajo absorbente, apenas sabía lo que era tomarme un respiro. Y además, me sentía realmente muy extraño. El cielo no era lo único que me parecía irreal: me sentía desconectado del mundo. Un hilo se había roto en alguna parte, la ciudad que me rodeaba parecía un decorado de teatro, los transeúntes, actores, los mismos olores —a gas, comida, heces— parecían haber sido elaborados en un laboratorio y luego proyectados en las calles gracias a invisibles difusores ocultos en los árboles. Tenía la impresión de que no me sentía caminar, sino que me veía caminar, como si no estuviera allí, como si la realidad que me rodeaba se deformara poco a poco. En el aire flotaba un viento malsano, el aroma funesto de «todo es posible», un atentado, un diluvio, una invasión extraterrestre. Angustiado por esta sensación, finalmente entré en un pub de la rue Sainte-Catherine.

No fue algo inmediato.

Me senté en uno de los taburetes altos y forrados de escay rojo y me quedé mirando el parpadeo verde chillón del anuncio de Heineken. La camarera se volvió y me preguntó qué deseaba con voz cansada, monocorde. Señalé con el dedo el anuncio luminoso. Ella sonrió y cogió una copa. Entonces la reconocí. De hecho reconocí sus manos. Tenía unas manos muy especiales, extremadamente finas; las articulaciones eran delicadas, pero los largos dedos eran de pianista, terminados en unas uñas en forma de almendra, con las cutículas altas, majestuosas. El interior de su muñeca derecha presentaba una mancha de nacimiento atípica, en forma de rayo.

En mi recuerdo seguía siendo «la chica de las manos». Por supuesto había olvidado por completo su nombre. Colocó un posavasos sobre la madera leonada de la barra y luego la cerveza encima.

—Nos conocemos —le dije.

Me miró, desconcertada. Yo conservaba un recuerdo vago de su rostro, no habría sabido decir si había cambiado poco o mucho. Tenía más o menos mi edad, treinta y cinco años fácilmente y los aparentaba. En sus ojos, de un castaño cálido y cambiante, flotaba una resignación que me recordó a los míos. Aparte de sus manos no tenía nada especial; no era ni guapa ni fea, un poco como Lise, salvo que ella desprendía una dulzura paradójica, brusca, desencantada. Los anuncios de neón de detrás de la barra distorsionaban los colores, dando a su cabellera un matiz impreciso;

en mi juventud era rubia. Muy rubia.

—Ah, si usted lo dice...

Se volvió para poner unas tazas en la cafetera, ajena a mí de forma automática. Me rompí la cabeza intentando acordarme de su nombre; fue en vano. Era una de las chicas con panties de redecilla, una de las chicas de mis diecinueve años. Había olvidado a la mayoría de ellas, pero esas manos se me habían quedado grabadas en la memoria como un tatuaje en la espalda. Uno no se lo ve nunca, salvo que haga acrobacias delante del espejo; acaba incluso por olvidar su existencia, hasta que un tercero se lo recuerda: «¿Qué es eso que tienes en la piel?, ¿qué significa?». Esa chica tenía en los riñones una minúscula estrella tatuada con tinta azul, como un extraño anexo al rayo que tenía en el brazo.

—Tiene al final de la espalda una pequeña estrella. Una estrella pequeñísima, tan pequeña que hay que mirarla dos veces para no confundirla con un lunar.

Ella frunció el ceño y sirvió los cafés a tres viejos árabes encaramados a mi lado.

—¿Quién eres?

—Nathan. Me llamo Nathan. Nos acostamos... Hace mucho, muchísimo tiempo.

—No me impresionaste demasiado —dijo ella con un mohín de guasa, torciendo sus labios hacia la derecha, como estirados por un hilo.

En ese momento me di cuenta de que era bonita. Bonita a su manera. Comprendí lo que había podido ver en ella, aunque en aquella época ligaba con la primera que tuviera un trasero bien puesto y pareciera lo bastante borracha como para acompañarme sin hacer preguntas.

—Bueno, ¿qué ha sido de ti?

Me encogí de hombros. Lo preguntó por educación, o por desafío, no supe muy bien. La respuesta adecuada habría sido algo así como: «Estoy bien, soy arquitecto de interiores, vivo en París, estoy de paso por las fiestas. ¿Y tú?, ¿qué ha sido de ti?». Pero respondí de una forma muy diferente.

—No sé. Tengo dos hijos, su madre ha muerto. Hago lo que puedo.

Noté que echaba un vistazo a mis manos, a mi dedo anular, donde aún brillaba el círculo de nuestro amor. Las manos de ella estaban completamente vírgenes.

—Nathan, ¿dices...?

Me miró con atención, frunciendo el ceño. Sus cejas eran tan rubias que apenas se veían. Dos tipos empezaron a hacerle gestos desde una de las mesas; uno de ellos berreó que quería «otra de lo mismo». Ella le ofreció su dedo corazón a modo de respuesta, lo que me pareció, curiosamente, bastante gracioso.

—Nathan. El Factory... Tú vivías en Perrache, ¿no? En un estudio de forma irregular con un largo pasillo...

—Así es.

—Ya no te acuerdas de cómo me llamo, ¿verdad?

Lo dijo sin agresividad, con una medio sonrisa solo desilusionada, sin rencor. Guardé silencio.

—Claire. Me llamo Claire. Es tan común que no puedo sentirme ofendida.

Claire. Evidentemente. «Las manos claras». Yo había escrito un cuento con ese título; en aquella época escribía mucho.

—Pues me alegro mucho de volver a verte, Claire.

Los dos tipos de la mesa del fondo, con las copas de whisky vacías, seguían gesticulando para llamar su atención. Ella suspiró y se puso a servirles. Yo la miraba hacer, sus largos dedos agitándose alrededor de las botellas, abriendo frigoríficos, rompiendo los cubitos de hielo. Es estúpido, Cora, y pido disculpas por ello, pero pensé en algo relacionado con el destino. ¿Por qué había escogido ese bar en lugar de otro? ¿Por qué había olvidado a todas esas chicas, salvo las «manos claras», y ahora me topaba con ella, justo el día en que mi pasado, enterrado profundamente, iba a reaparecer por el regreso de Thomas Bataille, iba a resurgir de la tierra como el brazo de un zombi en una película de terror? Todo es posible... Entró una pandilla de jóvenes y ocupó la mesa más grande: risas estrepitosas, voces altísimas, ropas coloridas. Claire les atendió solícita, yo bebí mi cerveza. Mantuve durante un buen rato las palmas de mis manos alrededor de la copa para refrescarlas; hacía frío, incluso dentro del café, pero me sentía ardiendo. Sin ser consciente de ello el montón de nieve de mis entrañas empezó a fundirse, creando extraños remolinos en la orilla de mi vientre. En la mesa de los jóvenes un chico rechoncho con una gorra de lado le hablaba al oído a una morena con los cabellos increíblemente lacios, y ella reía ahogadamente de vez en cuando por encima de una camiseta con la imagen de los Strokes. Yo me sentía cada vez más agobiado. El corazón me latía demasiado deprisa, tenía sudores fríos y me costaba respirar. Sabía de qué se trataba, mi sensación de irrealidad había sido el signo anunciador: un ataque de pánico. Después de tu muerte tuve muchos, hasta tal punto que el médico me prescribió Xanax en dosis altas. Había días en que ni siquiera podía desplazarme. Tenía que bajarme de los autobuses (ya no cogía el metro, del que es demasiado difícil salir enseguida) porque una burbuja de angustia se formaba bajo mi plexo solar, mis piernas se volvían líquidas y sentía un hormigueo en los brazos, como si mi sangre entrara en ebullición. Mi cuerpo me traicionaba, tenía que salir, aire, aire, aire. Hacía años que no me pasaba una cosa así. No supe si esa crisis se debía a Claire, a la cita con mi padre, a mi nostalgia, a los acontecimientos en la casa; seguramente todo ello había cristalizado hasta el punto de fusión.

Salí del bar lo más rápidamente que pude, impulsado por el mismo desasosiego que antaño me hacía bajar de los autobuses. Fuera intenté respirar con el abdomen, como me había enseñado el psicólogo. «Se te va a pasar, siempre se te pasa, ya lo sabes, acuérdate de que siempre se te pasa»; pero la rue Sainte-Catherine es

claustrofóbica de por sí, estrecha, con sus edificios altos, desconchados, y su hilera de pubs irlandeses con letreros agresivos, surco pétreo y de mala fama de pequeños mafiosos, camellos, simples chiquillos aficionados a las broncas, dispuestos a escupir su rabia a la cara del primero que llegue. Anochece. De nuevo volvía a estar todo oscuro, el cielo de tormenta era un conglomerado de nubes negras, amontonadas. En media hora todo había cambiado; era otro mundo, otro país. Yo, ahogado de pie, apenas respiraba un fino chorro de aire viciado, como a través de una paja. Me entraron ganas de salir corriendo, pero no había pagado la cerveza. Pertenezco a ese tipo de personas honestas hasta la médula. La idea misma de robar me resulta intolerable, sin duda a causa de un mal recuerdo de infancia de cuando mi madre dejó caer por descuido un par de zapatillas de gimnasia sobre la rueda de su carrito. Al salir de los grandes almacenes Prisunic, cuando nos dirigíamos al coche, un vigilante nos pilló y, después de tachar a Grâce de ladrona, nos arrastró literalmente por los pasillos de Prisunic hasta el despacho del director, mientras yo lloraba sin entender nada y mamá, lívida, trataba de explicar que se trataba de un error, que el carrito había debido enganchar las zapatillas sin querer, unas zapatillas que, además, eran de un número que no le servía a nadie. Este episodio sin importancia me marcó enormemente porque vi a mi madre humillada, y en aquel momento, a los seis años, comprendí lo que era la injusticia. Si encontraba a ese vigilante tan imbécil y tan duro de mollera, le rompería la cara. El caso es que yo debía pagar mi cerveza, pero no conseguía tranquilizarme: un enorme desasosiego, una sensación vertiginosa de abismo, de desequilibrio del universo, la angustia por no pagar mi consumición, la angustia de angustiarme todavía más si volvía a entrar en el bar... Ya estaba a punto de que me diera un síncope vasovagal cuando Claire salió a fumar un cigarrillo.

—Ah, ¿estás aquí? —dijo frotando la piedra de su encendedor, la llama vacilante y amarilla abrazando el rayo en el hueco de su muñeca—. Pensé que te habías pirado sin pagar.

Ya no era una mujer-tronco detrás de un mostrador, estaba entera, con su melena rubia, sus vaqueros ceñidos, sus bailarinas de charol de jovencita, el resplandor blanco de sus tobillos desnudos, tan gráciles como sus muñecas.

—No, lo siento. Solo necesitaba tomar un poco de aire, ahora voy a...

Empecé a rebuscar en mis bolsillos para sacar el dinero, pero temblaba demasiado, me enervaba con la cremallera de mi bolsillo interior. Debí de parecerle tan miserable que posó dulcemente su mano en mi brazo, su soberbia mano pálida sobre el negro de mi parka.

—¿Sabes qué, Nathan? Corre de mi cuenta.

—No, no hay ninguna razón, es...

—Calla. Te invito. De todas formas, ya he repuesto el dinero en la caja.

—Entonces te debo una. Mañana todavía estoy aquí, podríamos cenar juntos.

Bueno, si quieres, y si no trabajas.

—¿Para qué?

—No sé... ¿Para hablar? ¿Hablar del pasado? ¿Ponernos al día?

Me miró fijamente, y entonces me di cuenta de lo mucho que la vida la había roto, cuánto la habían herido los hombres, yo entre ellos quizá, una monumental tristeza en el castaño profundo de sus ojos, mezclado con una dureza despiadada. Claire era un muro, se había convertido en un muro, en una barricada. En mi recuerdo era fresca, divertida y llena de esperanza. Me vinieron algunos detalles de la única noche que pasé con ella. Estudiaba Bellas Artes y me había mostrado un cuaderno de dibujo que llevaba en el bolso, una serie de extraños monstruos en tinta china. Yo también dibujaba y su trabajo me había parecido bastante asombroso.

—Lo siento —dije sin saber muy bien por qué.

—Yo también —respondió ella—, lo siento.

Me sonrió, una sonrisa de porcelana, y apagó su cigarrillo recién empezado. Se dio la vuelta y desapareció en el bar. A causa de las bailarinas caminaba como si danzara. Cerré los ojos con fuerza y luego los volví a abrir; el ataque de pánico había desaparecido. Sentí un atisbo de decepción. Claire me acababa de decir que no y, aunque no era en absoluto consciente, por primera vez desde tu muerte, Cora, habría deseado un sí.

Me dirigí entonces hacia el lugar de la cita, con la cabeza baja pero los pies en el suelo.

*Grâce Marie Bataille,  
14 de julio de 1981, salón,  
1.50 h en el reloj grande*

Nos hemos acercado al baile del pueblo y hemos visto los fuegos artificiales que han hecho estallar encima de la iglesia. Había un espectáculo musical en el que Frédéric Fargeot tocaba el acordeón. ¡Qué traje, Thomas, llevaba un traje de terciopelo rosa increíble! Nos hemos reído muchísimo, hemos bebido, bailado y, bajo los farolillos tricolor, he dado las gracias al cielo, he dado gracias a la vida, he dado gracias a Francia por haberte recuperado; ¡te han devuelto a mí! Te estrechaba con fuerza, querido, me asía a tus hombros, tus brazos, tus manos, me has hecho bailar, saltar; cerraba los ojos y tenía veinte años, acababa de conocerte, estaba fuera de la playa con ese vestido amarillo canario, un vestido con mucho vuelo, como los que le gustan a Lise. Hemos hablado con la gente, los vecinos, Édouard, los Chapelle, Estelle Fargeot, Pignon y todos los demás; me importaba un bledo lo que decían, pero de vez en cuando tú me cogías por la cintura; hacía mucho tiempo que no tenías conmigo esos gestos, naturales y sin motivo, esos gestos de ternura...

Así que esta noche pienso: ¡Qué estúpida, pero qué estúpida he sido! ¡Mira que ponerme enferma por una chica!

Tal vez hayamos superado el duelo. Tal vez la chica, en el fondo, nos haya ayudado. Su exceso de vida ha hecho que la vida vuelva. El deseo que pudiste tener respecto a ella quizá fue el primer paso, el buen paso, la reactivación de una mecánica agarrotada. Es extraño: ya no siento rabia. Ni hacia ella ni hacia ti... Ni tampoco hacia mí.

Esa rabia contra mí, materializada en el rinoceronte sentado sobre mi pecho, piel dura, gris, defensas, cuernos, cornuda.

Por supuesto preferiría que no volviera nunca más; tampoco hay que exagerar. Aun así ahora veo las cosas de otra manera. Ahora considero a Christina como un medicamento, amargo al principio, que enferma hasta morir, pero que finalmente cuida, cura y salva. ¿No serían sus supuestas pociones filtros con efecto retardado...? La historia de su padre, esa historia de lealtad infinita, ¿le habrá dado fe en el amor?

De ese modo, en lugar de querer el nuestro, nos lo ha devuelto.

Así es como lo siento en la suavidad de esta noche de verano; en el aire flotan aromas a hierba cortada, magníficas mixturas que entran por la ventana abierta, y ese negro sideral que, como un joyero, nos protege del mundo.

Sonríes mientras duermes.

Sí, una leve sonrisa desfila por tu rostro como una majorette, una sonrisa de niño que hacía mucho tiempo que no te veía; una sonrisa inhabitual desde lo de Aurélien.

También tú has rejuvenecido; los milagros del sexo, lifting completamente gratis. Esta vez no estoy celosa. No estoy celosa de tus sueños.

Pasado mañana salimos para Barcelona. ¿Concebiremos ese tercer bebé...? ¿Estaremos dispuestos? Yo sí. Estoy dispuesta a engordar de nuevo por una buena causa. Los críos crecen tan deprisa... No he disfrutado de Nathan. No he podido, no he sabido disfrutar de él.

Había olvidado lo que es estar serena. Algunos sentimientos, cuando desaparecen, se convierten en mitos. No se conserva nada de ellos, ni un solo recuerdo palpable ni una sola sensación física; y uno acaba creyendo que son solo palabras, creaciones lingüísticas inútiles, sin sustancia, significantes sin significado.

Algunos sentimientos solo existen en el presente. Pero en cuanto reaparecen, todo reaparece con ellos.

Serenidad. Tan difícil de conseguir, tan difícil de mantener.

Pero el capitán ha recuperado el mando, Thomas. La serenidad hace que reaparezca la mujer que soy, la mujer a la que has amado, la mujer a la que amas.

Porque esta noche lo has dicho: «Te amo».

Lo has dicho.

Sí, el amor es como la meteorología: nos equivocamos continuamente.

Lise ya había llegado al Grand Café, y retorció nerviosamente una servilleta de papel. Ante ella tenía una copa de vino blanco.

Thomas Bataille llegaba con veintinueve años de retraso, pero mi hermana y yo estábamos allí antes de la hora. Me senté frente a ella. Un camarero vestido de pingüino apareció enseguida.

—Lo mismo que ella, por favor.

El camarero se marchó con brusca diligencia.

—De hecho, ¿qué estás tomando? —le pregunté a mi hermana, aunque ya fuera demasiado tarde.

Se encogió de hombros.

—A mí me da igual qué vino sea. Lo único que me interesa es beberlo.

Lise y yo nos miramos durante un momento sin decir nada. Temíamos ese reencuentro, no sabíamos qué esperar, nos sentíamos incómodos por estar a solas, algo que ocurría raras veces. Los grandes espejos dorados reflejaban los rostros de la gente, la mayoría de ellos arrugados, los cuerpos cansados, las pesadas cortinas. Sentía que el miedo volvía a apoderarse de mí debido a esos papeles que había que interpretar, formas falsificadas infantiles, hija, hijo, escena de pequeño teatro en un teatro mayor. Para dominar la angustia saqué de mi bolsillo la polaroid desgarrada y la puse encima de la mesa. Lise la cogió y la miró.

—¿Qué? ¿Adónde quieres llegar con esta vieja foto?

—La chica... A la que no se ve... ¿Quién puede ser?

—Es Christina —dijo encogiéndose de hombros, como si fuera algo completamente evidente.

Bebió un sorbo de su copa de chardonnay. En ese momento llegó la mía, sobre un posavasos de papel igual al que Lise había roto en pedazos.

—¿No te acuerdas?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Era una niñera... Es verdad, eras muy pequeño. Estuvo en nuestra casa un año o algo así, cuando mamá volvió a currar en Grange-Blanche. Un buen día se fue y no volvimos a saber nada de ella.

Yo me acordaba de Élodie, una adolescente del pueblo, la hija de un vecino algo simplona pero adorable que se ocupó de nosotros durante casi cinco años, antes de casarse e irse al sur para reunirse con su esposo. Me acordaba de Marisa, cuando yo tenía diez años, una portuguesa exuberante con las caderas redondeadas como un tronco de roble. Pero ella, Christina, no me sonaba de nada.

—Tú la adorabas. Siempre la estabas dibujando. En esa época ya dibujabas muy bien. Demasiado bien, era alucinante ver a un crío tan pequeño dibujando como una persona mayor... Parecías un poco un mono sabio... ¡no te lo tomes a mal!

—Contigo estoy acostumbrado.

Me sonrió y me dio un capirotazo.

—Se parecía a ese cuadro, ¿sabes? *La joven de la perla*. Pero bueno, tú solo tenías cuatro años. Es normal que la hayas olvidado.

—¿Tú la querías?

Lise se rascó la cabeza, la parte de detrás de la cabeza. Se había trenzado los cabellos rojos y se los había recogido en un moño, un peinado nada habitual en ella que la rejuvenecía. Por lo demás iba vestida como siempre que quería estar elegante, con unos Levi's gastados, una camisa estampada de flores y una americana negra. Nada que ver con el vestido de seda roja. Lise era Lise, un potro sin desbravar.

—Al principio sí, creo. Era tan mona, parecía salida de un libro de imágenes. Venía de Europa del Este, tenía un acento muy divertido. Pero después sentí que mamá no la quería.

—Y tú te pusiste del lado de mamá.

Lise tomó un sorbo de vino, claramente para no responder a mi pulla. Mi hermana siempre se ponía del lado de nuestra madre; su único punto de discordia era la casa, que Lise consideraba demasiado grande y demasiado trabajosa para ella, esa casa que valía una pequeña fortuna y que Lise trataba de que vendiera desde hacía lustros sin conseguirlo. El dinero siempre había sido un problema para mi hermana, por no decir una obsesión.

—Guarda la foto —dijo ella de repente volviéndola a dejar encima de la mesa.

Yo obedecí y me volví, con el corazón acelerado. Acababa de entrar un hombre por la puerta; yo no lo reconocí, pero Lise en cambio supo de inmediato quién era. Alzó el brazo y le hizo un gesto. El hombre se acercó a nuestra mesa, en medio de la atmósfera silenciosa del Grand Café. El universo pareció ralentizarse. El ruido de fondo también disminuyó, como si de pronto me hubiera puesto tapones en los oídos. Cuando llegó a nuestra altura, Lise se levantó como si fuera una alumna, o como una acusada en el tribunal. Yo no. No sabía muy bien lo que sentía, pero no eran ganas de levantarme, de recibir educadamente a ese hombre que nos había abandonado.

—Lise... —murmuró él, y debido a su voz, esa famosa voz grave y sofisticada, mi niñez se reabrió como bajo un instrumento cortante, herida jamás cerrada.

Mi hermana no respondió. Thomas no sabía qué hacer, finalmente se inclinó hacia ella para darle un beso, un beso que me pareció obsceno. Por el escalofrío que recorrió la espalda de mi hermana comprendí que a ella también le había chocado. Thomas se volvió hacia mí, que seguía sentado, dominándome desde esa gran altura suya igual a la de mi recuerdo; detrás de él las lámparas del techo difundían una cálida luz de chimenea.

—Nath.

Me tendió la mano, pero yo no se la cogí. No es que hubiera decidido actuar así, no se trataba de una provocación; simplemente no pude. Mi cuerpo se negó a

obedecer, a hacer el gesto. La mano de mi padre —porque se trataba de él, de mi padre— volvió a caer suavemente contra el espeso tweed de su abrigo. Lise volvió a sentarse. Él la imitó y tomó asiento a mi derecha.

Allí estábamos los tres ese domingo 26 de diciembre, tres fragmentos de familia rota, primero inmóviles, juzgándonos, observándonos, con todos esos pensamientos que debían de desfilar por nuestra cabeza, con todos esos ruidos, voces, imágenes, alboroto interno. Me sentía rígido, como un yeso que empieza a endurecerse. En cuanto a mi hermana, parecía ser de nuevo la niña de once años abandonada por su padre, ese padre a quien —Lise siempre se lo ha dicho a todo el mundo salvo a nuestra madre— había consagrado un culto sin fisuras.

—Habéis crecido mucho —murmuró al fin.

Me asombras, gilipollas.

Vino el camarero y Thomas dijo a su vez:

—Lo mismo, por favor.

Padre, hijo, eco. Hoy en día tenemos la voz parecida; mi hermana me lo señaló más tarde. En cuanto a mí, no conseguía pronunciar ni una sola palabra. No pensaba tutearle, pero llamarle de usted habría resultado demasiado extraño. Así que no dije nada y dejé hacer a Lise, Lise la bocazas, que ahora era tan solo una chiquilla asustada.

—Bueno... ¿Qué...? En fin... ¿Cómo estás?

—Estoy bien, Lise. Estoy bien, gracias. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas? ¿Qué ha sido de ti aparte de haberte convertido en una joven muy guapa?

Lise enrojeció, bajó la mirada y se puso a triturar todavía más el posavasos de papel.

—Me va bien. Trabajo en las galerías Lafayette. En Part-Dieu, ¿sabes?

Thomas asintió, oscilación de su espesa cabellera gris, brillante como el zinc. Pensé en algo estúpido, irrisorio; pensé que yo nunca sería calvo, ya que la calvicie es casi siempre una herencia genética. Seguía siendo guapo, esbelto, casi delgado. Tenía casi setenta años y ya no parecía joven, pero sí, seguía siendo guapo, el rostro lampiño, móvil, animado por la intensa mirada de sus ojos marrones verdosos, esa mirada que se parecía a la nuestra, a la de Colin y a la mía. Sin embargo me costaba mucho reconocerlo. De no haber sido por algunas fotos que se habían salvado, dentro de unos álbumes con las esquinas dobladas, habría podido cruzarme con él en la calle sin siquiera volverme.

—¿Te gusta? Debe de ser muy cansado, conozco el comercio...

—¡Me dan un montón de perfumes gratis!

Lise se mordió el labio, dándose cuenta de lo que acababa de decir; le había salido solo, no había podido evitarlo. Había parecido aún más infantil, como si hubiera declarado: «¡En la pastelería me dan dulces gratis!». Pero Thomas sonrió,

una sonrisa franca, divertida.

—¡No está mal! Además, hueles muy bien.

Esta vez Lise se puso de color escarlata; una multitud de manchitas rojas apareció en el escote de su blusa. Él la observó durante un instante y después dijo:

—Es increíble cómo te pareces a tu madre.

Su tono era neutro, sin emoción. Aunque se había tratado aparentemente de un cumplido, a Lise la hirió; se quedó mirando fijamente el pie de su copa, como si estuvieran proyectando en él una película interesantísima. Acto seguido, Thomas se volvió hacia mí.

—Nathan... No debes de saber quién soy después de tanto tiempo.

Gilipollas. Gilipollas. Gilipollas. Me pareció un completo caradura.

—Te conocí durante cuatro años —repliqué—. Como a mi mujer. El tiempo es algo muy relativo. Algunos años cuentan más que otros.

Le trajeron el vino. Lo observó sin tocarlo, con las dos manos inmovilizadas entre los muslos, prisioneras de la pana azul marino. El camarero nos dejó en la mesa una bandejita con aceitunas negras y un montoncito de servilletas. Se lo agradecí por Lise, rodeada de confeti. Al momento ella cogió una con el pulgar y el índice, dispuesta a hacerle correr la misma suerte que al posavasos.

—Me alegro de que estés casado.

—Soy viudo.

La mano derecha de Thomas, de pronto enloquecida —él que parecía hasta ese momento tan tranquilo—, se liberó para coger la copa. La alzó, contempló el vino, lo olió. Se quedó oliéndolo de una forma muy extraña durante mucho rato, como si sufriera una ausencia. Eché una ojeada a mi hermana: miraba a través del ventanal, ausente ella también, con los dedos crispados en el extremo de la servilleta. Estamos como esa servilleta, pensé, desgarrados, ella por la tristeza, yo por la cólera.

—Lo siento mucho —susurró Thomas finalmente.

—No tanto como yo. Pero en lo que a mí respecta, soy un buen padre. Si quieres saberlo todo, tengo dos hijos pequeños.

Yo estaba agresivo, demasiado, y Lise volvió junto a nosotros para lanzarme una mirada asesina, como diciéndome «Por favor, Nathan, no hagas eso, no lo estropees todo».

—¿De veras? ¿Niños, niñas?

—Uno de cada. Son mellizos.

Thomas palideció. Su tez acababa de ponerse del mismo color que el vino, blanco crudo.

—Soline y Colin —intervino Lise, que parecía querer retomar las riendas de la conversación, existir de nuevo—. Tienen seis años. Bueno, casi; los cumplirán dentro de unas semanas. Son muy majos. Muy cachondos.

—Me alegro —murmuró nuestro padre—. Me alegro mucho de que no se haya repetido la historia.

—¿La historia? —pregunté frunciendo el ceño.

Él palideció todavía más y se acabó la copa de un trago.

—¿Y tú, Lise? Tú no llevas alianza, pero tendrás algún amigo, ¿no?

—No tengo mucha suerte con los hombres...

—¿Qué historia?

Thomas miró a su alrededor con aire de querer escapar. En cuanto a mi hermana, sus ojos eran de acero, como si yo le hubiera robado su sitio, su turno de palabra. El Grand Café des Négociants... ¡Qué ironía! No éramos ni comerciantes de sedas ni de diamantes, pero las negociaciones acababan de empezar.

—Nada, Nathan, no es nada. Me he equivocado.

Pero no podía salirse por la tangente, y lo sabía. Lise habría dado cualquier cosa por un cigarrillo, estaba seguro porque también era mi caso, incluso después de años de abstinencia. Silencio. Un silencio cargado de negatividad, pegajoso, parecido al que había seguido al anuncio de su vuelta, allí, en la casa.

—Pensé que sabías... Pensé que estabas al corriente.

—¿Al corriente de qué, maldita sea? ¿Para qué estás aquí si no es para darnos respuestas?

Me sentía desbordado por la cólera. Tenía ganas de pegarle, de devolverle una enorme bofetada que le hiciera tanto daño como a nosotros su desaparición. Él lo notó porque, tras un leve movimiento de retirada, se decidió a hablar. Su voz era calmada, su tono, reposado, para anunciarme un hecho que iba a poner en duda mi identidad.

—Tendrías que haber tenido un hermano. Un mellizo, un chico. Verás, el bebé murió mucho antes del parto. Tu hermano nunca llegó a existir realmente. Como tú también has tenido mellizos pensé que tu madre te lo había dicho por fin.

En mi cabeza hubo un gran relámpago, blanco e intenso, un flash. «Yo no tendría que haber estado solo». Ese sentimiento, ese famoso sentimiento de pérdida y de abandono, de pronto tenía sentido. «Profundamente solo y siempre observado». Yo era dos. Yo tendría que haber sido dos. Y tú tenías razón, Cora: si te quedaste embarazada de mellizos, quizá fue por culpa mía, al menos en parte. Es difícil describir lo que sentí, me faltan las palabras, tan insuficientes de pronto. Creo que lo primero que sentí fue un gran alivio. Había vivido con algo innombrable, y ese algo acababa de ser nombrado.

—Perdón, Nathan. Creía que lo sabías.

—No, no lo sabía. ¿Por eso te fuiste? ¿Ese bebé muerto te destrozó la vida?

—Sí, nos la destrozó. Después de eso tu madre cambió. Se volvió extraña, nerviosa. Y también mala. Y no conseguimos hablar de él... de Aurélien...

Aurélien. Aurélien y Nathan. Nathan y Aurélien.

La mirada de Lise iba de Thomas a mí, y luego de mí a él, mariposa perdida, sola en la banqueta, con su padre y su hermano frente de ella, esos hombres ausentes, extraños. Su rostro se había endurecido visiblemente; el potro sin desbravar había vuelto a aparecer. Me pregunté si ya lo sabía. Si siempre lo había sabido. Después de todo, en aquella época, tenía casi siete años. Pero su reacción me hizo pensar lo contrario.

—¿Y no podríais haberlo superado? —escupió ella, agresiva a su vez—. ¿Como perdiste un hijo decidiste abandonar a los otros dos? ¿Te parece lógico? Dime, ¿te parece un comportamiento lógico?

Negó con la cabeza, bajó la mirada. Un anciano, pensé. No eres más que un pobre anciano, Thomas Bataille. Bebió un sorbo, movió el vino dentro de la copa; le temblaba la mano.

—No me fui por Aurélien. No solamente. En todo caso no me fui por vosotros. Al contrario, dejaros fue lo más difícil... Me fui porque debía irme. Porque para mí no había otra solución.

—Entonces ¿por qué? —preguntó Lise, después de haber engullido su copa de un sorbo, con una especie de hosquedad alcohólica—. ¿Por qué razón «superior» puede abandonar uno a sus hijos?

Thomas se quedó petrificado. Su barbilla impecablemente afeitada se puso a temblar, como si le acabaran de acusar de un crimen que no había cometido.

—Yo no os abandoné. Envié dinero a vuestra madre. Todos los meses, hasta que alcanzasteis la mayoría de edad. La ayudé...

—Sí. ¡Con transferencias a su cuenta, para que así nunca supiéramos dónde estabas!

—El dinero no sustituye nada. Si a tu edad no lo has comprendido, es realmente grave.

—Lo sé... Lo sé.

Thomas meneó la cabeza varias veces, avergonzado; me recordó a esos perros de plástico que se ven en la parte de atrás de algunos coches.

—De hecho —dijo despacio—, para explicaros por qué me fui, antes debo explicaros por qué he vuelto.

El quid de la cuestión. Habíamos llegado.

Lise llamó al pingüino y pidió una botella de vino; las copas, ciertamente, no iban a ser suficientes.

*Grâce Marie Bataille*  
*(lo que queda de ella),*  
*21 de julio de 1981, habitación,*  
*1.02 h en el radiodespertador*

No tengo nada que decir acerca de Barcelona, no hemos ido por una urgencia profesional. No ha habido viaje a España, tú estás en Shangai: «Un nuevo departamento, un caso de fuerza mayor». Durante nuestro aniversario te dedicas a hablar de ollas a presión con unos puñeteros asiáticos.

¿Acaso no soy yo un caso de fuerza mayor?

No, está claro que no.

De repente, mi vida ya no tiene sentido.

Cierro los ojos, reconstruyo Barcelona de noche, vista desde el avión. La experiencia me marcó profundamente. Yo estaba cerca de la ventanilla, y durante mucho tiempo permanecí con la nariz pegada al cristal, estupefacta por lo que pasaba debajo, las luces de esa ciudad tan rectilínea que, desde arriba, parecía un microprocesador. Inmensos rectángulos negros delimitados por trazos de luz, formas geométricas, topografía increíble y sublime en la que mi mirada se perdía en un vértigo naranja. Jugué a adivinar lo que eran los diferentes focos. ¿Un jardín? ¿Una piscina? ¿Una calle? ¿Una carretera de circunvalación? ¿Una casa, un inmueble, un rascacielos? Todas esas pequeñas brasas tan ordenadas parecían indescifrables, tan incomprensibles para mí como circuitos integrados. A medida que la ciudad se alejaba, que tomábamos altitud, el cielo se volvió cada vez más negro; pronto solo hubo oscuridad detrás de la ventanilla. Pediste un whisky a mi lado, pero yo ni siquiera me di cuenta.

Me siento así. Como Barcelona vista de noche desde el avión. Como si mi vida se alejara poco a poco a mis espaldas, cada vez más ilegible, con una sonrisa asesina en la cara.

Los niños no volverán de la colonia de vacaciones hasta el viernes que viene. Tú, hasta el lunes siguiente. La chica, unos días más tarde. Me siento despojada. Vacía, robada.

Enciendo todas las lámparas, pero la oscuridad tarda en irse. Por primera vez la casa

me da miedo. Todo cruje, explota, el estruendo de la tormenta detona entre los muros. Yo me divido por dentro. Me doblego, me rompo.

Soy un polvorín, pero todavía no sé dónde voy a explotar.

Dentro de unos días el príncipe Carlos se casará con lady Diana. La felicidad de los otros me asquea, ya no enciendo el televisor. La mayor parte del tiempo me quedo acostada y en silencio. Sueño, ¡abismo maravilloso! Ya no hay necesidad de comprender, de buscar, de dar vueltas a las cosas como cascotes de barro. No estar ya ahí. Detenida. Decapitada.

En mi cabeza suena una canción, una tonadilla que dice:

*Si yo no existiera ya, tú tampoco existirías,  
y la tristeza se desvanecería con nosotros en la nada.*

Me tomo las pastillas, una tras otra, como nuestros hijos se tragan esos caramelos de colores que llevan como adorno alrededor de sus cuellos.

Si yo no existiera ya, si yo no existiera ya, si yo no existiera ya...

He desvalijado la farmacia del hospital.

Lise probó el vino, asintió con la cabeza al camarero y luego miró a nuestro padre.

—¿Te estás muriendo?

—No. Solo está muriendo mi memoria.

—Explícate.

—Me acaban de diagnosticar alzheimer. Pronto os olvidaré. Y a ella también.

—¿A mamá?

—Sí, a vuestra madre. Lo olvidaré todo y luego moriré de una vez por todas. Pero no me refería a tu madre, Lizzie. Me refería a Christina.

Mi hermana encajó mal el apodo de «Lizzie». Sin duda era la única persona que la había llamado así. En cuanto a mí, no me gustó oírle pronunciar el nombre de «Christina» (-tina una y otra vez). Esa chica había arruinado nuestra vida y en mí no perduraba absolutamente nada de ella.

—¿Os acordáis de ella?

Lise asintió, yo miré el vino en mi copa. Debajo de la mesa mi pierna derecha se había puesto a temblar de forma incontrolable.

—Tú eras muy pequeño, Nathan. Y tú, Lise... —murmuró Thomas—. Tu cabello... ¿Por qué te has hecho eso en el pelo?

—Hace algunos años me dio por cambiar de aspecto. Pero no saltes de tema.

Nuestro padre se derrumbó, sentado como estaba, se encorvó imperceptiblemente, parecía más demacrado. Se frotó la sien y compuso una sonrisa forzada, mecánica.

—Estoy aquí... como... en peregrinaje. Por vosotros, por ella. Mi marcha está ligada a la suya, y antes de olvidarlo todo, tenía que veros. Explicaros por qué desaparecí, antes de desaparecer de otra manera. Por lo visto el alzheimer es como un milhojas de helado. La memoria se funde por estratos... Capa tras capa, los recuerdos se disgregan, desde los más recientes hasta los más antiguos... Lo que pasó hace treinta años me parece más vívido que lo que pasó ayer. Ése es el auténtico problema... Yo quería que alguien se acordara de ella, puesto que pronto ya no me acordaré de nada.

—No entiendo una palabra de lo que estás contando —le solté, herido porque hubiera vuelto por otro motivo que no fuéramos nosotros.

En realidad empecé a comprender. El recuerdo vibraba por encima de mí como una cuerda, pero yo no estaba dispuesto a oír el sonido que producía.

—Yo estaba enamorado. Me enamoré de ella locamente. Vuestra madre fue una compañera, pero Christina fue la mujer de mi vida.

Pensé que mi hermana iba a ahogarse.

—¿La mujer de tu vida? ¡Si acababa de salir de la adolescencia!

—Lo sé, Lise. No lo puedo remediar. Lo que pasó entre nosotros fue como una catástrofe natural. Un... Un...

Buscó la palabra, pero no la encontró. Su rostro reflejó un ligero pánico. Tomó un

sorbo de vino; esperamos en silencio.

—¡Un seísmo! Lo de Christina y yo fue un seísmo. Voy a ser duro, perdonadme, o no, ya no tiene importancia. Me cuesta confesarlo, pero no lamento nada. He arruinado vuestra vida, la de vuestra madre... No me siento orgulloso de ello, al contrario. Ya en aquella época me miraba en el espejo y me preguntaba: «¿Quién eres? ¿En qué te has convertido para actuar así?». Con razón o no, siempre me he considerado una persona de bien, con unos principios, unos valores... Aquello no era serio. Me odiaba, pero no podía evitarlo. Ninguna circunstancia me hubiera hecho actuar de otra manera, fuera cual fuese el precio. Podría mentiros, pero al menos os debo esto, la verdad: no me arrepiento de nada. Si lo tuviera que hacer de nuevo, lo haría.

Tenía los ojos rojos, como si fuera a echarse a llorar. Busqué a la chica en el fondo de mi memoria, y entonces se me apareció la imagen del sueño, la magnífica joven con la cabeza rapada. Esa imagen fue como un impacto de bala en mi cabeza, una explosión fragmentaria.

—Luché, ¿sabéis?... Luché durante meses. Christina también lo hizo, pero esa batalla estaba perdida de antemano. No sé si habéis conocido un amor así... Os lo deseo, de verdad. La vida no merece ser vivida sin eso. Es estúpido... Lo sé, hablo como un viejo idiota. Soy un viejo idiota, y tenéis toda la razón para detestarme. En cualquier caso es demasiado tarde. Pronto ya no hablaré en absoluto, me olvidaré de mí mismo en cualquier lugar como un chucho agonizante. Tendréis vuestra venganza... Solo es cuestión de tiempo.

Thomas metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un sobre. Lo mantuvo durante mucho tiempo apretado contra él, tanto que incluso nos sentimos celosos. Los bordes del papel estaban amarillentos, testigos de una época pasada, de un mundo pasado.

—Teníamos un escondite. Ella y yo teníamos un escondite... En el desván, bajo la ventana, hay, o había entonces, una piedra mal sellada. Era fácil quitarla y luego volver a ponerla. Christina la descubrió un día poniendo orden. Tienes razón, Lise. De alguna forma era todavía una niña... Y como a los niños, aquello le pareció divertido. Empezó a esconder baratijas, una de sus pulseras, una foto de sus padres, las cartas de su madre... Echaba de menos su país. Llamaba el «templo-bebé» a ese escondite. Cuando nuestra relación empezó en el verano de 1981, cogimos la costumbre de dejar cosas para el otro en ese escondite, símbolos, frases, a veces una flor, ese tipo de bobadas... ¿Cómo decíroslo? Con ella me sentía joven. Feliz, guapo, libre, despreocupado. Desde tu nacimiento, Nathan, las cosas eran realmente difíciles con Grâce. Antes incluso de conocer a Christina, ya me había planteado irme. Pero era cobarde, me faltaba valor. Y además estabais vosotros, os quería, lo creáis o no, os quería... Ese mismo año, poco antes de Navidad, me fui de viaje. Os debéis de

acordar, yo viajaba mucho. A mi regreso Christina ya no estaba allí. Se había volatilizado. Todas sus cosas habían desaparecido. ¡Fue tan brutal, tan sorprendente! Grâce simplemente me dijo que había decidido irse, sin explicar adonde ni por qué. Al principio pensé que le había pasado algo... pero en nuestro escondite, ese que solo nosotros conocíamos, había una carta. Entonces comprendí que era verdad. Se había ido, me había dejado. Los acontecimientos que tenían lugar en Polonia por aquel entonces quizá la empujaron a volver junto a los suyos... Pero después de su marcha ya no supe cómo vivir.

Hizo una pausa, parecía que trataba de encontrar la mejor forma de expresarse, una forma a la altura de su sufrimiento, pero a mí me importaba un bledo su sufrimiento.

—Sí —murmuró él—. Fue exactamente así. Perdí las instrucciones de uso de la vida.

Y mientras decía esto nuestro padre dejó el sobre encima de la mesa. Ni Lise ni yo osamos tocarlo, paralizados, sin palabras; nuestras vidas destrozadas por una lolita... Humbert Humbert de pacotilla, mi padre. ¡Ridículo! ¡Infame y ridículo! Me moría de la rabia; la pierna me temblaba tan fuerte debajo de la mesa que tuve que sujetarme el muslo con ambas manos para frenarla. Al cabo de un momento mi hermana cogió el sobre. Lo abrió con cuidado, sacó el papel plegado en cuatro. Leyó en silencio; alzó la mirada hacia Thomas y luego hacia mí. Su mirada gris volvió a sumergirse en la carta, escrita a máquina en un papel granuloso de color crudo, que me recordó las sábanas de lino de mi cama en la casa de mi madre.

Esta vez en voz alta, con una voz rota que no era la suya, volvió a leer el mensaje.

Thomas.

No puedo continuar con lo que hacemos porque está mal. Grâce piensa que soy una bruja, pero tú sabes que no es verdad. Soy una buena persona.

Me es insoportable continuar. Mi padre se sentiría desgraciado por lo que estoy haciendo.

Estoy traicionando a mis muertos.

Me voy. Me entristece dejar a los niños, pero debo volver a mi país. Dejaros tranquilos.

Tú quieres a tu familia más que a mí.

Acabarás dándote cuenta de lo que te digo.

La familia es lo más grande y lo más bonito que hay en el mundo.

Yo debo reunirme con la mía. Y quizá crear una algún día.

Eres demasiado mayor para mí. Los dos sabíamos que no era posible.

No te preocupes, estoy bien, es lo mejor que puedo hacer por todos nosotros, lo más importante.

No intentes volver a verme. Te lo suplico, déjame partir con el corazón ligero.

Gracias por haberme hecho feliz.

Christina

*Grâce Marie Bataille,  
16 de agosto de 1981, La Royale, mesa de plástico,  
15.34 h en el reloj de pared de la cafetería*

Pienso en el suceso que ocurrió hace aproximadamente dos meses. Los periódicos lo titularon: «Issel Sagawa, confesiones del japonés caníbal». Ese hombre, ese japonés, mató a una de sus amigas, una estudiante holandesa. La descuartizó, la hizo pedazos, tiró la mayor parte de su cuerpo en el Bois de Boulogne, dentro de dos maletas, no sin antes haber guardado algunos trozos en el frigorífico. Finalmente ingirió su carne. Como toda explicación declaró que siempre «había soñado con comerse a una chica».

Os veo en la playa un poco más abajo. Tú corres detrás de una pelota, la chica corre detrás de ti y los niños detrás de ella. Parecéis un anuncio del Club Méditerranée.

Pero tú, Thomas Bataille, me recuerdas a ese hombre, Sagawa, el japonés caníbal.

Me invade la cólera.

Mi sangre es un magma, mi respiración, azufre, mi vientre, un cráter. El polvorín explota, estoy en erupción.

Quisiera que este sentimiento cesara.

Esta noche he bajado por la duna. Así, en camión corto, me he levantado, he salido del chalet y he bajado por la duna. Eso tenía que acabar, ¿comprendes? Habría hecho cualquier cosa con tal de que eso acabara. He corrido hasta el océano en medio de una oscuridad despótica, bajo la luna llena, pálida y fría. Me he caído varias veces en la arena blanda, me he vuelto a levantar, he seguido corriendo. No lloraba, no, ya no lloro, se acabó, los volcanes no tienen agua; estoy devastada, no existe otra palabra, esa palabra vuelve sin cesar a cualquier hora del día o de la noche: devastación.

He llegado por fin al mar. He entrado en él de lleno, sin zambullirme, sin luchar, me ha acogido, tragado, me he dejado zarandear, revolcar, sacudir, he tragado agua, dos, tres veces, las olas me han lanzado contra el suelo, mi espalda ha rascado contra la arena, contra las piedras, una, dos veces, después el océano me ha devuelto, a mi pesar me ha devuelto a la orilla, de pronto tan suave, y me ha recordado a la mano de Dios que aparece en ciertas ilustraciones, o a la mano del Diablo, o a la de King-Kong. Ésa fue mi sensación: una inmensa mano líquida me había levantado y llevado hasta la orilla, una inmensa mano me había salvado, algo superior no había querido que yo muriera.

No lo entiendo. Soy tan desgraciada, tengo tanto odio, tantos malos

pensamientos... ¿Por qué no me han dejado irme?

Tumbada en la arena húmeda, empapada, helada hasta los huesos, sin apenas poder respirar, tosiendo, hipando, escupiendo agua salada por la nariz y la boca, he sabido que nunca más tendré el valor de volver a hacerlo. Nunca más tendré el valor de morir. Aunque es lo único que quiero, no veo ninguna otra alternativa para aniquilar este furor, y maldigo a la fuerza que me lo ha impedido.

Dentro de mí ha sucedido algo irreversible.

Llegáis a la cafetería como si fuerais un anuncio ambulante. Llegáis y yo sonrío, hace tantos meses que llevo una máscara, soy una experta en fingir felicidad. Te sientas en una silla de plástico enfrente de mí; los críos y la chica miran la carta de helados, me preguntas qué tal el café, y yo respondo «bueno».

No quiero mirar, pero lo único que veo es el trasero de esa chica, abombado y agresivo bajo la licra verde de su biquini, esa juventud que ella lleva como si tal cosa: la peor de las monstruosidades, esa naturalidad, esa desenvoltura. Meto tripa a mi pesar bajo el pareo; en vano, no engaño a nadie.

Los tres vuelven con sus helados, los muerden, los lamen, los chupan. Tú los observas y sonríes.

A su edad yo también podía atiborrarme sin engordar ni un gramo. Yo también tuve ese culo guerrero, arrogante. No tan impresionante, pero casi. Yo también tuve veinte años, y el tiempo, el paso del tiempo, no cesará jamás.

Te pones de pie, aún atlético, con tu elegante torso y tus hombros de nadador, y le das un golpecito en el hombro al pasar; el hombro de Christina. Ella se ríe, jugáis al ratón y el gato, un jueguecito reconocible entre mil. Te acodas en la barra del bar, pides una cerveza.

Ella te mira, y yo la veo mirarte.

Lamentable vodevil en la playa, un Rohmer de tres al cuarto.

Si yo ya no existiera...

En el fondo de mi taza solo hay oscuridad, una oscuridad granulosa, mezcla de posos y de azúcar deshecho.

Devastación.

La botella de chardonnay estaba casi vacía, el Grand Café, casi lleno. Tintineos de copas, cubiertos, idas y venidas de pingüinos, olor a vino, a cerveza, a sándwich de jamón y queso, espejos duros, delicados y helados.

—La Navidad acabó —continuó Thomas—. La madre de Christina llamó varias veces a casa. No hablaba ni una palabra de francés o inglés, y nosotros no entendíamos nada. Al parecer su hija no había vuelto a Polonia como decía en su carta, pero yo no tenía ni idea de dónde buscarla. Me encontraba en un estado de postración absoluta y Grâce parecía haberse vuelto loca. Había remodelado toda la cocina durante mi ausencia, cambiado los suelos, tirado un tabique, destruido la chimenea, montado una cocina americana...

—Sí, me acuerdo —asintió Lise—. Durante las obras nos dejó en casa de la abuela. Incluso faltamos al colegio.

Mi hermana me echó una ojeada, yo le devolví una mirada vacía. Me acordaba de la transformación del salón, pero no de la estancia en casa de la abuela Louise.

—Christina se había marchado —continuó Thomas—, y mi propia casa parecía otra. En cuanto a mi mujer, ya no la reconocía. Supongo que ella se dio cuenta de lo que había entre Christina y yo, pero nunca sacó el tema. De todas formas ya no hablábamos de nada, éramos unos extraños el uno para el otro; la pérdida del bebé le había afectado más de lo que decía. Todo era frío, como si estuviera manchado. Pronto ya no pude soportar esas paredes. Ni esas paredes ni la presencia de ella, de Grâce. Era algo físico, fisiológico. No podía más. Tanta pasión... Y ahora... Ahora esa casa poblada de ausencia, tu hermano muerto, Nathan, mi amor desaparecida, y vuestra madre... vuestra madre que compraba muebles por catálogo, uno tras otro, de verdad, un constante ir y venir de repartidores, como si quisiera transformar la casa de arriba abajo, hacer desaparecer cualquier rastro del pasado, de Aurélien sin duda, probablemente también de Christina...

—¿Eres tú el que tira piedras a las ventanas? —le interrumpí brutalmente—. ¿Eres tú el autor de todas esas gilipolleces?

—¿Perdón?

—Desde tu vuelta están pasando cosas en la casa. Actos de vandalismo. No creo en las coincidencias. Mis hijos estuvieron a punto de morir en Nochebuena. ¿A qué estás jugando, maldita sea? ¿No nos has hecho ya bastante daño?

Thomas suspiró y meneó la cabeza.

—No sé de qué me hablas. Siento mucho saber que tenéis problemas, pero, te lo aseguro, yo no he tenido nada que ver con eso. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Sí, ¿por qué? —susurró Lise, casi asustada.

—Para vengarte de la desgracia, por ejemplo. Para hacerle pagar a Grâce.

—Grâce ha pagado lo suficiente. No veo qué sacaría con eso, Nathan. Francamente.

Las palpitaciones volvieron, cada vez más fuertes, como en la rue Sainte-Catherine. De nuevo sentí las manos húmedas y me costó respirar. Miraba a través de los cristales, cristales transformados en paredes, el universo escindido por ellos: el mundo verdadero muy cerca, visible al otro lado y sin embargo inaccesible, hecho de otra sustancia, mientras que una capa de irrealidad se derramaba desde las lámparas de techo, abatiéndose como un asteroide sobre mí. Pronto dejé de sentir mi pierna; por un instante pensé que había desaparecido.

—Pásame un cigarrillo.

—No, Nathan, es...

—Pásame un cigarrillo, Lili.

Rebuscó en su bolso, obedeció, sacó su paquete dorado. Cogí un cigarrillo, el mechero, y me levanté. Caminé mal que bien hasta la puerta, arrastrando la pierna. Era como si me hubieran amputado la pierna derecha; tiraba de ella como si fuera un grillete, un miembro fantasma.

Fuera, en la plazuela, encendí el pitillo en medio de un frío azotador. Me llevó un tiempo. Temblaba y había viento, un viento punzante, rachas violentas que me traspasaban la piel. Tapé el aire con la mano, protegí la llama, gesto antaño mil veces repetido. El sabor fue monstruoso; me pareció aspirar una mezcla de desatascador y lejía. A continuación tuve una sensación de ebriedad, tan diferente a la del vino, una sensación de envenenamiento, tenía estrellas negras delante de los ojos. Sin embargo a partir de la tercera bocanada mi ritmo cardíaco se ralentizó, mis pulmones se volvieron a abrir, profundamente, como un cañón. Pensé en mi hermano, el mellizo muerto, Aurélien. Gemelo no idéntico, pero solo lo podía imaginar como un reflejo mío, otro yo, un doble: era yo, y estaba muerto. A la sexta bocanada miré hacia los ventanales. Me pareció ver a Lise dándole algo a nuestro padre, pero no estuve seguro porque un grupo de gente pasó por delante de su mesa en ese momento. Yo estaba obsesionado por la joven del sueño, no conseguía asociarla a un recuerdo real. Me repetía «Christina, Christina, Christina», pero no sucedía nada; esa historia que Thomas acababa de contarnos parecía ajena a mi propia historia, me resultaba imposible establecer una relación, no podía superponer las imágenes. Yo sé, Cora, lo que es el Gran Amor. Pero no conseguía comprender cómo un hombre de cuarenta años podía haberse enamorado hasta ese punto de una chica de veinte, sobre todo porque yo prefiero las mujeres de más edad, tú lo sabes mejor que nadie. Proyecté en mi mente el cuadro de Vermeer, *La joven de la perla*, intenté imaginar sus cabellos rojos en lugar del turbante, pero entonces solo veía a Lise. «Tu cabello... ¿Por qué te has hecho eso en el pelo?». Thomas y yo al menos estábamos de acuerdo en un punto: había dejado una niña con un pelo rubio de muñeca y ahora encontraba una chica con mechuras de fuego. Yo la prefería rubia, aunque nunca me han gustado las rubias, demasiado dúplices para mí; me recuerdan a las mujeres de mi familia, con

esa aparente dulzura para disimular las broncas. Pensando en eso, el rostro de Claire se me impuso con una claridad excepcional. Mi primera y última rubia... Me di cuenta de hasta qué punto nuestro breve encuentro me había perturbado. Cora, nunca te fui infiel cuando vivías. Desde que falleciste apenas he traicionado tu memoria, solo algunas aventuras de una noche, inauguraciones étlicas, morenas predadoras, fiestas de barrio evaporadas al alba. «Rehacer mi vida» me parecía imposible; la mayor parte del tiempo era un ser asexuado, mi cuerpo era tan solo un envoltorio práctico, funcional, sin más finalidad que hacer las cosas que había que hacer y decir las cosas que había que decir. Creía haberme jubilado en el terreno amoroso... Pero esa noche, sí, pensé en Claire, quizá porque era tan diferente a ti que me resultaba imposible establecer comparaciones.

Para ahuyentar su rostro pisoteé mi cigarrillo en el asfalto y volví a entrar en el café. Al regresar tuve la sensación de interrumpir una conversación. Nuestro padre estaba sentado muy recto en su silla, como si una goma elástica se hubiera tensado bruscamente dentro de él. Volví a sentarme; ambos tomaron un sorbo de vino al mismo tiempo, casi en espejo.

—Eres un gilipollas total —dijo mi hermana.

—Sí, lo sé.

Bebí a mi vez un poco de chardonnay para ahogar el sabor a ceniza instalado en mi pecho.

—¿De qué estabais hablando?

—De nada —respondió ella—. Le estaba contando a papá las cosas que han pasado en la casa.

—Papá —me mofé.

Thomas bajó la mirada, de nuevo envejecido tras haberse animado hablando de esa chica, un poco más cercano a la idea confusa que me había hecho de él, de su fuerza, su soltura, su éxito.

—Entonces, papá —proseguí, sarcástico—, ¿piensas quedarte en el pueblo? ¿Piensas vagar por el jardín de Grâce en espera de olvidar por completo a tu ninfa?

—Tengo una amiga. Desde hace quince años.

—¿Ah, sí? ¿Polaca? ¿Tailandesa? ¿Mayor de edad?

Sonrió ante mi maldad, resignado.

—Italiana. La conocí en Asia, es cierto, pero es italiana. Es de mi edad... Incluso un poco mayor que yo, imagínate.

—¿Tienes otros hijos? —preguntó bruscamente Lise. No creo haber visto jamás en su rostro una expresión así.

—No, Lizzie. Simona era ya... en fin...

Mi hermana remató primero su servilleta y luego la botella de vino.

—¿Llevas contigo alguna foto de los mellizos? —me preguntó, como para jugar a

los padres de forma retardada.

—¿Para qué? De todos modos no los verás nunca.

Hubo un silencio tenso. A fuerza de callarnos, de haber vivido separados durante tanto tiempo, no teníamos nada que decirnos. Era terrorífico; natural, pero terrorífico. Esa reunión absurda confirmaba que cada uno de nosotros éramos un fantasma para los demás; nuestro alejamiento era irremediable, lo sabíamos, lo leíamos en nuestros ojos desnudos, circunspectos.

—Vivimos cerca de Roma —anunció él finalmente—. Regreso mañana. Allí ella se ocupará de mí. No me volveréis a ver nunca más, pero ahora ya lo sabéis; y cuando me muera, ella os llamará por teléfono. Le dejo nuestro piso; aparte de eso, os dejo en herencia todo lo que poseo, que es muy poco. He sufrido los efectos de la crisis; he jugado en bolsa y he perdido mucho, lo siento.

¿Qué es la vida? ¿De qué va? Una ficha defectuosa en una máquina defectuosa: todo está trucado de antemano, hace ruido, brilla, parpadea, pero al final uno debe enfrentarse solo a la muerte.

—Bien —dije levantándome—, ha sido muy instructivo.

Lise me miró como si estuviera loco. Saqué un billete de cincuenta euros y lo dejé encima en la mesa.

—Lili, ¿vienes?

Mi hermana se quedó paralizada. Me observó largo rato desde la banqueta y luego miró a nuestro padre. Él se levantó a su vez, rígido como un alambre, un poco patoso en su elegancia venida a menos.

—Sí, marchaos. Tu hermano tiene razón. Cada uno de nosotros ha hecho lo que tenía que hacer, o lo que es lo mismo, ha dicho lo que tenía que decir. Incluso demasiado, sin duda.

Ese «demasiado» iba dirigido a mí; en todo caso eso pensé entonces. Lentamente Lise cogió su abrigo y se lo puso, manga derecha, manga izquierda. Mantuvo la mirada baja; lloraba, o estaba a punto de hacerlo. Cogió su bolso, se deslizó sobre la banqueta sin llegar a levantarse, como retrasando el momento de despedirse de una vez por todas de ese padre que fue para ella un padre, mientras que para mí solo había sido una quimera. Le cogí la mano. Era la primera vez que hacía ese gesto; cogí la mano de Lise firmemente, la arrastré hacia la salida. Ella no alzó la vista ni tampoco dijo adiós a Thomas Bataille.

Salimos; el frío nos atenazó la garganta como una gigantesca mano negra enguantada de escarcha. No nos dimos la vuelta, ni uno ni el otro. Lise, cosa extraña, no se encendió un cigarrillo. Sin decir palabra, nos dirigimos hacia la place Bellecour. Mi hermana parecía ausente, como si su cabeza y su cuerpo fueran cada uno por su lado. Comprendí. Por una vez la comprendí. Compartíamos esa horrible intuición de que, si nos dábamos la vuelta, nos convertiríamos en piedra.

Ya no estábamos tan lejos de ello.

*Grâce Marie Bataille,*  
*20 de septiembre de 1981, salón,*  
*tarde*

Hoy han abolido la pena de muerte. Uno ya puede matar sin que lo maten.

Siempre he estado en contra: inocentes asesinados, errores capitales, barbarie. Pero este estribillo me da vueltas en la cabeza: «Uno ya puede matar sin que lo maten». La ley del talión ya no tiene fuerza de ley. Ya no se mata a los asesinos.

Civilización.

Acabo de romper la cabina telefónica de ahí abajo. A martillazos.

Sé que os sirve para comunicaros. La chica baja a ella una tarde sí y otra no, a una hora fija. Pero curiosamente nunca cuando tú estás aquí.

Me tomáis por gilipollas. Y no lo soy.

En el jarrón que tengo delante de mí hay unas dedaleras.

*Digitalis Purpurea*, así llamada porque se puede hundir el dedo en la flor, como en un sexo. Yo también sé hacer pociones, ¿qué os pensáis? ¿Qué tal una infusión con hojas de dedaleras púrpuras, chica? Vomitarás, y yo me divertiré. Tu corazón irá más lento, y yo me divertiré.

Devastación se convierte en destrucción.

Algo se negó a que yo muriera allí, en las Landas. He intentado saber por qué estos días oscuros, estas noches de insomnio. He intentado saber por qué y ahora ya lo sé.

Algo cree que tengo razón. Algo piensa que los que estáis equivocados sois vosotros, solo vosotros. Algo piensa que estáis obrando mal.

Yo soy una inocente. Soy vuestra víctima.

Soy del mismo material con el que se hacen los cuchillos.

Lise conducía, aún en silencio. No habíamos cruzado una sola palabra después de salir del Grand Café. Había tanto que digerir que hablar no servía de nada. Circulaba demasiado deprisa por las roderas cubiertas de hielo y practicaba una versión bastante particular del código de circulación, pero yo no tenía miedo; mi mente estaba en otro sitio. La noche desfilaba ante nuestros ojos, las farolas, los pueblos y sus adornos, Papas Noel de fieltro enganchados a las ventanas, sucedáneo de magia con forma de electrodos estrellados encima de las rotondas, incluso las piedras de las casas parecían de plástico, los restos de nieve como bolas de algodón en los taludes, deshilachadas a lo largo de los viñedos. Miserable. El mundo parecía miserable, en vías de empeoramiento, y nosotros, mi hermana y yo, formábamos parte de ese mundo.

Miré el reloj digital en el salpicadero. Las 20.46 horas. Una auténtica obra de arte despachada en un santiamén: reencuentro frío y cortante. Me preguntaba si Lise me guardaba rencor por haberle metido prisa, por haberla obligado a poner fin a la entrevista, a dejar a ese ser que nos había engendrado, pero que no había hecho nada más, al menos desde mi punto de vista. Por mi parte, no estaba frustrado, solo me preguntaba si esa nueva mujer tenía el poder de cambiar las cosas, si yo necesitaba saber lo que sabía ahora. Pensé en ti, Cora. Me acordé del día en que rompiste aguas, esa mañana de febrero en la que imaginamos el porvenir como una inmensa ventana, en la que creímos estar al borde del milagro, al borde de la felicidad, sin saber todavía que no íbamos a zambullirnos sino a zozobrar. El reencuentro con Thomas Bataille ponía punto final a un capítulo de mi existencia, capítulo que había empezado con su marcha, había continuado con esa infancia lenta, monótona, llena de ausencia, y después con esa juventud fugaz y brillante, como una revancha, un paréntesis; luego por fin llegaste tú, preciosa mía, tu vida, tu muerte, y la vida de nuestros hijos. En ese Clio gris que circulaba demasiado deprisa, que serpenteaba entre las colinas como tratando de precipitarnos de cabeza contra un muro, cerré mentalmente algo. Estaba demasiado desorientado para nombrar ese algo, pero aquí está: «Tengo treinta y tres años,  $3 + 3 = 6$ , y algo acaba de cerrarse». Una liebre blanca pasó por delante de los faros, se quedó inmóvil un instante y luego desapareció en el arcén. Eché una ojeada a Lise, pero no pareció haberse dado cuenta. Miraba la carretera con una fijeza que la hacía parecer inhumana, con las dos manos apoyadas en el volante, moviendo tan solo el brazo para cambiar de marcha, funciones robóticas predeterminadas.

Finalmente llegamos cerca del transformador donde ella acostumbraba a aparcar. Apagó el contacto. El silencio se volvió entonces tan denso y tan constante dentro del habitáculo que me pareció irreal. Lise no se movía, catatónica, con los ojos clavados en la carretera detenida. Esa actitud me recordó la forma en que se quedaba de pie en medio de mi habitación cuando era adolescente. Fui presa del terror, un terror infantil, irracional. Me moría de miedo, literalmente. Tuve tanto miedo de que se pusiera a

hablar con esa voz, la otra voz, que me decidí a hablar. Antes de que las palabras salieran de mi garganta mi boca emitió un ruido extraño, parecido a la explosión de una burbuja de aire.

—¿Qué le decimos?

Al romper el silencio sepulcral mi propia voz me pareció extraña. En una décima de segundo una idea retorcida cruzó por mi mente: «Aurélien, es Aurélien quien habla», y para desterrar esa idea repetí:

—¿Qué le decimos a mamá?

Mi hermana por fin se movió, volvió hacia mí solo su rostro, el torso dirigido hacia la carretera. Su rostro era neutro, inexpresivo, casi irreconocible. En cuanto a su timbre, sonó a mecánico, como producido por una muñeca a la que le dan cuerda por la espalda.

—Dile lo que quieras. Yo no voy.

—¿Cómo? ¿Vas a rehacer el trayecto?

—Tengo que volver a mi casa. Alguien me espera.

—Lili... ¿No crees que deberíamos hablar de todo esto?

—Papá tiene razón. Tú tienes razón. Todo está dicho. De alguna manera todas las piezas vuelven a encajar en su sitio.

La tensión que me dominaba se aflojó ligeramente. Lise compartía mi sentimiento —capítulo cerrado—, y en cierto sentido eso me tranquilizó. Acabábamos de cerrar juntos un viejo expediente. No había duda de que el silencio sobrenatural se había producido por eso: una inmensa carpeta de pasado acababa de abandonar la estantería de nuestras vidas, por fin íbamos a cesar de tropezar y darnos cabezazos continuamente contra ella, a tientas en los recovecos de una historia que no dominábamos, que nunca habíamos dominado hasta hoy. El padre había sido un hombre, cobarde y libidinoso, un hombre que había amado más allá de la razón, un hombre al que yo habría podido comprender como amante, pero al que no comprendía en absoluto como padre. Y ese hombre era ya un anciano a punto de perder la cabeza, con su memoria condenada a vaciarse lentamente por un desagüe obstruido. Era espantoso. Sin embargo, de alguna manera, nos sentíamos aliviados. Si él dejaba de acordarse de nosotros —y antes o después ése sería el caso—, nosotros quizá podríamos dejar de pensar en él. En esta idea había esperanza, un resplandor tenue en los confines de las tinieblas.

—Pero aunque él deje de saber que soy su hija —susurró Lise—, yo siempre sabré que él es mi padre. Es injusto, ¿no? ¿No te parece que es totalmente injusto?

Sus emociones resurgieron, oscuras pero tranquilizadoras; estaba viva.

—¿Te acuerdas de cuando venías a meterme miedo?

—¿Cómo?

—Años. Lo hiciste durante años, Lili... Venías a mi habitación y hablabas con

una voz que no era la tuya, como si... como si alguien hubiera ocupado tu lugar.

Meneó la cabeza.

—Chaval, eso no me suena de nada.

—No puedes haber olvidado una broma así. No era una broma... Era una tortura.

—Pero ¿qué decía?

—No lo sé. Parecía una lengua extranjera. De todas formas yo me tapaba los oídos.

—Te lo juro, Nath, no sé a qué te refieres. Mamá cuenta que en la adolescencia yo tenía crisis de sonambulismo... Parece ser que hoy las sigo teniendo, hablo mientras duermo. Al menos eso es lo que dice mi chico.

La angustia me atenazaba. No quería saber nada más de eso, como tampoco había querido saber nada de aquel famoso apartamento del Faubourg-Saint-Denis. Lamentaba incluso haber recordado ahora esa historia. Solo quería irme. Salir de ese coche y desaparecer en la noche.

—Regreso pasado mañana —le dije entonces a mi hermana para salir del paso—. ¿Nos veremos antes?

—No lo sé. Trabajo. Llámame. Intenta llamarme. Si no, te telefonaré pronto.

Bajó la mirada.

—Dales un beso a los niños.

Por su tono comprendí que no la volvería a ver.

—Sabes, Lise... Eres tan extraña. Nunca he logrado conocerte. Me refiero a conocerte de verdad. Eres mi hermana y no te conozco.

Alzó la cabeza y se frotó la aleta de la nariz con una uña pintada de rosa. Algunos mechones juveniles se le habían escapado de su moño trenzado y, débilmente iluminados como estábamos por la luz interior del coche, esos mechones parecían llamas, fuegos fatuos alrededor de su rostro. Dio un largo suspiro, luego las lágrimas asomaron a sus ojos, visibles y materiales, dispuestas a desbordarse como en un dibujo manga.

—De la misma sangre o no, Nathan, nadie llega a conocer jamás a nadie. De eso también es inútil hablar. Algunas cosas son imposibles de cambiar.

No supe qué decir durante unos segundos. No cabía duda de que tenía razón. Era demasiado tarde. Para nosotros dos era demasiado tarde. Me incliné hacia ella y le di un beso rápido en la mejilla al mismo tiempo que posaba mi mano sobre el tirador de la puerta. Justo cuando puse el pie en el suelo soltó:

—Es una lástima que no se haya hecho rico, ¿verdad?

Solté una carcajada tan brusca que me sorprendió a mí mismo, como un disparo en una película en el momento más inesperado, cuando uno está tan tranquilo sentado en la butaca, a punto de quedarse dormido. Había dicho eso para complacerme. «Vamos, chaval, claro que me conoces un poco». Con un tono falsamente jocoso

respondí:

—En efecto, Lili. Me dan ganas de ponerme a lloriquear.

Sonrió y volvió a encender el contacto.

En la oscura noche cerré de golpe la puerta. Esta hizo un ruido sepulcral. A lo lejos, en lo alto de la colina, se distinguían las luces de la casa. Me encaminé lentamente hacia ella. Oí un ruido de motor detrás de mí y luego los faros del Clio se encendieron, destellaron en la fría carretera. Maniobras de marcha atrás, crujidos de ruedas en el asfalto helado. Esa vez tampoco me volví. Seguí avanzando, el aliento blanco cristalizado en el aire, preguntándome qué iba a contarle a Grâce.

Lleno de aprensión, subí los peldaños de piedra. Había pedido a mi madre que, en el caso de que sucediera algo extraño, me llamara; mi móvil no había sonado en todo el día. Busqué mis llaves para abrir la puerta. Notaba mis gestos anormalmente lentos; como Lise al salir del Grand Café, que incluso se había olvidado de fumar, mi cuerpo y mi mente parecían disociados. Lo que me faltaba, me dije. Inspiré muy fuerte observando la carretera allí abajo, por miedo a que me volviera a dar un ataque de pánico. El cielo estaba completamente negro, como pintado con tinta. De ese lado del valle, aparte de la farola municipal, bajo la cual había habido en otros tiempos una cabina telefónica que yo utilizaba a veces para llamar a mis novias con el fin de estar seguro de que nadie me oyera, la oscuridad lo dominaba todo. Me quedé contemplando las tinieblas durante un momento, luego regresé al presente, a la realidad de la puerta, y giré la llave en la cerradura.

Inmediatamente sentí el calor abrumador. Me quité la parka y el jersey y los colgué en el perchero del recibidor. En la casa había un intenso olor a grasa quemada. El hueco del cristal roto parecía una ventanita en el cuarto de estar y, movido por un impulso repentino, metí la mano por él. Mi brazo atravesó el marco vacío y palpó el otro lado. Tenía la impresión de que allí había algo que asir, algo que agarrar; sobra decir que mis dedos se cerraron en el aire lleno de fritura. La lámpara del techo de la habitación se encendió y fui consciente de lo que estaba haciendo, es decir, una bobada. Saqué rápidamente el brazo y la puerta del recibidor se abrió.

—Pero bueno, Nathan, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—No lo sé —dije meneando la cabeza—. Me han entrado ganas de pasar el brazo por el agujero y lo he hecho.

Entré y me puse a buscar algo de comer en la cocina. Tenía la impresión de no haber tenido tanta hambre en toda mi vida; en mi estómago se había abierto un abismo.

—Eres realmente extraño —murmuró mi madre frunciendo el ceño.

—Qué curioso, acabo de decirle exactamente lo mismo a Lise —respondí metiéndome en la boca un trozo de pan—. Te han salido unos hijos muy raros, qué

quieres... También Aurélien podría haber sido raro.

La sangre le subió bruscamente al rostro. No tenía previsto hablar de mi hermano así, de buenas a primeras, sin preaviso. Salió solo, contra mi voluntad, exactamente igual que mi hermana con sus perfumes gratuitos. Traté de tragar el pan, pero se me quedó atravesado. Después de haber soltado esa bomba en un tono tan fresco, con la boca llena, impertinente hasta decir basta, sentí la garganta seca. Tosí, me atraganté; mi madre se apresuró a darme palmadas en la espalda. Me senté en el banco para recuperarme mientras ella se acercaba a la pila para llenar un vaso de agua.

—¿Te encuentras mejor...?

Me observaba con su mirada metálica, lejos de mí, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, a la defensiva. No era mi atragantamiento lo que le inquietaba, sino mi reacción respecto al mellizo.

—¿Y los niños...? —pregunté con la voz estrangulada.

—Están durmiendo. Al menos eso creo. En todo caso se acostaron hace más de media hora.

Hice un ademán con la cabeza y acabé de beberme el agua; me pareció que tenía un sabor polvoriento, como de papel maché, la tragué a sorbitos con dificultad. Grâce no se movía, parecía temerme.

—Mamá... Perdóname. No quería decirlo de esa manera. No sé qué me ha pasado.

Me miraba fijamente sin verme, con los ojos ligeramente opacos, como los de los ahogados. Di unos golpecitos en el banco a mi lado, sobre el terciopelo de color verde manzana, para animarla a sentarse. Grâce siempre había sido dura conmigo, mucho más que con Lise; a veces me reñía sin razón, jamás me dirigía cumplido alguno, jamás hubo empatía, solo reproches, incluso después de que tú murieras. Entre los dos seguía habiendo esa distancia que ninguno de mis esfuerzos era capaz de acortar. Ahora lo comprendo: mi mera existencia le recordaba que Aurélien nunca había vivido. Yo siempre había temido a mi madre, pero esa noche los papeles parecían haberse invertido. Volví a dar unos golpecitos en el banco y entonces dio un paso hacia mí. Dos, tres, cuatro pasos. Se sentó. Incluso sentada, estaba rígida, lo mismo que su ex marido en el Grand Café después de que yo volviera de fumarme el cigarrillo. Rígida y muda, con los ojos fijos en los zapatos, unos magníficos zapatos de salón de piel nacarada a los que yo no había prestado atención hasta ese momento. Un silencio de treinta años es muy difícil de romper, supongo.

—Estuve a punto de tener un hermano, de acuerdo —acabé farfullando, y al mismo tiempo me di cuenta de que estaba borracho—. Es verdad, trato de imaginar a Colin sin Soline, y a Soline sin Colin. Pero estoy bien. Todo irá como es debido. No te juzgo, no sé si las cosas habrían sido diferentes de haberlo sabido antes. Construimos puentes sobre fallas, así es la vida. La falla habría estado en otra parte,

la geografía habría sido diferente; pero en el fondo, a pesar de todo, tendríamos que haber construido el puente.

Grâce alzó por fin la vista, con el cuello tenso, enjuto y descarnado por encima de su tórax. Tenía el puño cerrado, apretado contra la tela, lo que delataba su cólera. Seguía sin mirarme, observaba fijamente la estufa, que despedía un calor insoportable. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Algo más?

Me froté la cabeza para ganar un poco de tiempo y evitar decir otra tontería.

—Nada más. Tiene alzheimer, por eso ha venido. Una forma honorable de enmendarse antes de morir, o algo parecido.

—Memoria disipada para un hombre disipado...

—Él te abandonó, mamá. Te abandonó y desapareció. Se comportó de una forma inmunda contigo y con nosotros. Pero eso no significa que fuera una mala persona. No siempre se puede amar a alguien durante toda la vida.

Mi madre me miró por fin. Directamente a los ojos: dos dardos empapados en cicuta.

—¿Le estás defendiendo, Nathan?

—Yo no estoy defendiendo a nadie. No conozco a ese hombre. Lo he visto, eso es todo, y la palabra que me viene a la mente es «decepción». A mi edad se sabe muy bien que los padres no son unos superhéroes... Pero cuando uno fantasea durante más de treinta años con el suyo, acaba imaginándolo como Clint Eastwood. Y de pronto descubres que tu padre es solo un hombre, débil y cansado, que también ha construido multitud de puentes sobre otros paisajes distintos al tuyo. Tú eres un viaducto, yo soy un viaducto, Lise es un viaducto, y ciertas cosas son imposibles de cambiar.

El puño de mamá se aflojó. Su mano comenzó a acariciar maquinalmente las hendiduras del terciopelo. Me levanté: ya estaba borracho, pero seguía teniendo sed. Sin embargo no tenía nada de hambre. Abrí el armario que hacía las veces de bar y encontré una botella de bourbon.

—¿Te sirvo uno?

Mi madre asintió con la cabeza. Encontré unos cubitos de hielo en el refrigerador y llené dos copas. Le tendí la suya; bebió un sorbo e hizo una mueca.

—¿Por qué no ha venido Lise contigo?

Me encogí de hombros.

—Mañana trabaja temprano. Supongo que quería estar ya allí.

—¿Cómo ha estado? Quiero decir... con él.

Me tomé la mitad de mi whisky antes de responder, vacilé en silencio; finalmente opté por decir la verdad.

—Parecía tener diez años. No cabe duda de que todo este asunto la ha perturbado

más que a mí.

Grâce hizo girar el líquido ambarino en su copa, con una concentración terrorífica. Parecía preguntarse si esa copa era real o no. Como para convencerse bebió otro sorbo, y volvió a hacer la misma mueca.

—¿Vais a volver a verlo?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Vive en Italia. Se le va a ir la olla en los próximos meses. Alguien se ocupa de él allí.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer. Puedes estar contenta de no ser tú; el alzheimer es una de las peores enfermedades para el entorno del enfermo.

Me dirigió una sonrisa burlona.

—Yo también veo la tele, querido.

—Bueno, pues esto es lo que hay. Va a olvidarnos, así que olvidémosle nosotros a él. Deberías rehacer tu vida, mamá. Eres aún muy guapa, no es justo que vivas así.

—¡Al hospital le importa un pimiento la caridad!

—Yo he estado con alguien.

Yo mismo me quedé atónito. ¿Por qué afirmar una cosa así? ¡Era falso, Cora! ¡Te lo juro! En esa época, al menos, era falso. No sé si se lo solté para llevarle la contraria o porque tenía un presentimiento, pero mi madre se quedó mirándome atentamente, con los ojos de nuevo vivos, resucitados.

—¿Qué significa «con alguien»? ¿Quién es? ¿Dónde?

—No... En fin... Me he encontrado con alguien. Alguien a quien conocí hace mucho tiempo. No es tan sencillo.

—Nath... Yo adoraba a Cora. Sabes muy bien cuánto la adoraba. Es cierto que a ella no le gustaba tu hermana; aparte de eso, yo adoraba a Cora. Pero solo eres un crío, hijo mío. ¡Las chicas se vuelven a mirarte por la calle! ¡Incluso aquí, donde solo hay tres manzanas de casas, las chicas se vuelven!

—Las chicas no son realmente el problema, mamá —dije mientras me terminaba la copa y me servía otra.

—Nathan, va a hacer seis años que murió.

—¿Y tú? Va a hacer treinta años que él se marchó. No me parece que seas la más indicada para darme lecciones de moral.

—Desearía que Lise y tú fuerais felices. Desearía tanto que fuerais felices...

—Pues bien, no lo somos. No puedes controlarlo todo. Papá se largó, Cora murió, mi hermano también, y Lise se tira a perdedores degenerados. ¿Por qué las cosas son como son?, no lo sé. Pero tú no tienes nada que ver en el asunto; en todo caso, no de la manera que tú piensas. La vida es un asco y tú, mamá, no eres Dios.

Maldición, estaba completamente borracho. Las palabras salían de mí como

pelotas de tenis de un robot de entrenamiento. Me callé, yo mismo me interrumpí. Mi madre no supo qué decir. El reloj dio las diez. Cerré los ojos, conté las campanadas en mi cabeza, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... Cuando sonó la última los volví a abrir.

—¿Está enterrado mi hermano en alguna parte?

Grâce se terminó la copa sin hacer mueca alguna. Los cubitos de hielo tintinearón contra el cristal, como campanillas macabras. Yo estaba acodado en la encimera roja de la barra americana. Su respuesta pareció tardar años en llegar, como si viniera de otra galaxia en una cápsula espacial. «¡Vamos, responde de una vez, diablos! No lo tirarías a un contenedor detrás del hospital, ¿verdad? ¿O sí que lo hiciste?».

—En Lyon. En el cementerio de la Guillotière, avenue 16.

Acto seguido se levantó y se puso a lavar nuestras copas. No supe si lo hacía para impedirme beber más o simplemente para distraerse. Sin duda se preguntaba si Thomas nos había hablado de Christina... Yo no pensaba sacar el tema. Si Lise quería hacerlo, que lo hiciera, pero ya habían sido desenterradas bastantes historias sórdidas, y un adulterio de hacía treinta años, por muy importante que hubiera sido para nuestro padre, me parecía que sería remover las cosas de una forma odiosa e inútil. De modo que para no tentar al diablo la dejé lavando la vajilla.

Tras darle las buenas noches fui al dormitorio de mi hermana a comprobar el sueño de los mellizos. Nada que señalar aparte del ligero ronquido de Colin, que dejaba presagiar un comienzo de gripe. Subí a darme una ducha; me quedé durante un buen rato bajo el chorro de agua caliente para evacuar el alcohol, al menos un poco. En realidad esperaba a estar seguro de que mi madre se hubiera dormido, porque solo tenía una idea en la cabeza: encontrar ese famoso escondite, allí arriba, en el desván. Había pasado muchísimo tiempo en esa habitación sin notar nada. Aunque tampoco me había entretenido a desmontar las paredes; excepto mi afición por el tirachinas y por los paseos en bicicleta, era un chico más bien tranquilo, dado a las actividades pacíficas; un nenaza, sí, ya lo sé. De niño, después de la desaparición de mi padre, temía que mi madre desapareciera también. Sufría mucho por tener que dormir en el piso de arriba mientras ella y Lise dormían abajo, más cerca la una de la otra. Cuando tenía cinco o seis años bajaba a menudo en mitad de la noche y pegaba la oreja a la puerta de Grâce para oírla respirar. Me encantaba cuando estaba enferma porque la oía toser desde mi cama. Gracias a esa tos sabía que no nos había abandonado; entonces podía volver a dormirme, tranquilo, sin haber tenido que afrontar el frío del suelo de baldosas y el miedo a la oscuridad. Pero esa noche estaba encantado de que su universo estuviera abajo y el mío arriba. Con mil precauciones abrí la escalera plegable intentando hacer el menor ruido posible y trepé a lo alto de la casa.

Encendí la única luz de la habitación, una lámpara de pie de los años ochenta que a ti te parecía espantosa —lo confirmo, lo es—, y luego me dirigí hacia la ventana en forma de claraboya. Al otro lado del cristal una noche sin luna, insondable, un manto de oscuridad arrojado sobre el mundo. Me acuclillé y empecé a estudiar las piedras. Pasé mi palma por encima, cerré los ojos para sentir mejor su textura, sus asperezas. Como un ciego leyendo en braille, intenté percibir alguna anfractuosidad, un defecto en las juntas. El silencio era tan absoluto que mi respiración parecía ruidosa, ronca. Justo cuando mi mente formó esa palabra, «ronca», detecté una falla con las yemas de mis dedos. Abrí los ojos sin apartar el dedo índice del lugar donde lo tenía puesto. Me incliné un poco más para mirar: se veía muy mal. A tientas conseguí finalmente retirar la piedra. La excitación se apoderó de mí: ¡el escondite, el escondite de Christina!, ¡lo había encontrado! Introduje mi mano en el pequeño espacio. Mientras lo hacía me di cuenta de que mi gesto de atravesar el hueco del cristal roto había anticipado éste: un gesto premonitorio. No pensaba encontrar nada allí tampoco. Pensaba encontrar solo polvo y vacío. Pero había algo. Algo fino, rígido y escurridizo; antes incluso de extraerlo, supe de qué se trataba.

Era la polaroid. La otra mitad de la polaroid.

Me precipité hacia la luz, frotando la fotografía contra mi pijama para quitarle la suciedad. Debajo de la lámpara, lo estudié. Bueno, no, en realidad no lo estudié: me metí dentro. Al ver su rostro impreso para siempre en la película, los recuerdos afloraron en mí, sensaciones-bumerán por todo el rostro, como ráfagas de puñetazos.

Christina.

Estaba enamorado por primera vez en mi vida. Quería casarme con ella y eso la hacía reír. Cuando se reía su boca inmensa se tragaba por completo su rostro, era como un cataclismo, pero un cataclismo magnífico, apasionante. Christina, el seísmo, la «catástrofe natural». Me pregunté entonces cómo había podido olvidarla: después de su marcha había llorado a lágrima viva día y noche. Sin duda no había llorado tanto por la marcha de mi padre. Y todo estaba relacionado. «Diablos, todo está relacionado»; tuve la impresión de caer desde lo alto de un acantilado. Me senté en el suelo. Había un sofá, pero me senté en el suelo de madera de pino, movido por la necesidad de estar en contacto con algo firme, sólido, de «tocar madera». Inspiré profundamente, volví a respirar con el abdomen. Traté de calmarme y luego miré de nuevo la polaroid rota.

Sí, era guapa. Más que guapa: de estatura minúscula, tenía un cuerpo soberbio y unos senos como proyectiles. Pero la fotografía no hacía justicia alguna a su encanto: ese instante en el que las chicas se convierten en mujeres sin todavía ser conscientes de ello, milagro efímero que acontece entre los dieciséis y los veinte años, belleza particular de un instante particular. Lo evoco con mis palabras de adulto; a los cuatro años me contentaba con sentir esa magia de manera inocente, sin ningún verbo que la

definiera. Dicen que no se puede revivir un sentimiento; que intrínsecamente un sentimiento solo existe en términos de inmediatez. Pero allí arriba, sentado en el suelo del desván, me pareció volver a encontrar intacta esa emoción infantil, el «amor» que sentía por esa chica, la increíble alegría que su compañía me proporcionaba; percibí incluso su olor, un olor a jazmín mezclado con una nota más animal, casi viril. Imitaba a la perfección el canto de los pájaros; gorjeaba, literalmente. No he conocido a nadie más que fuera capaz de semejante proeza.

Me quedé allí durante mucho tiempo, como la noche que había pasado en la habitación de los mellizos, la habitación de Christina. Perdí toda noción temporal; sin embargo nunca me había sentido tan real, con mi conciencia extendida a unos niveles hasta entonces desconocidos. Era capaz de todo, yo lo era todo, las fuerzas del mundo habían entrado en conexión conmigo. Era algo vertiginoso y al mismo tiempo apacible; la palabra más exacta para describir la experiencia sería sin duda «plenitud», pero en el fondo lo que viví allí estaba más allá del lenguaje.

Entonces fue cuando la vi.

Estaba de pie detrás de la casa de muñecas, estática, medio oculta por la maqueta de mi abuelo. Se le veía solo medio cuerpo, como a Claire detrás de su mostrador. Llevaba una camiseta suelta, del mismo verde que el biquini que llevaba en la polaroid. Su piel parecía de un blanco increíble; sus labios, en cambio, eran de un rojo estremecedor. Me entraron muchas ganas de levantarme, de acercarme a ella, pero estaba pegado al suelo, incapaz de hacer el menor movimiento, solidificado hasta las entrañas. Continué sin embargo haciendo conexiones: no había duda de que la chica rapada del sueño era ella, y no la Dama Blanca. Estaba claro que el destello rojo de los cabellos de mi hermana en el espejo dorado me había recordado a ella. Mi inconsciente se había hecho un lío, todos esos recuerdos perdidos se habían amalgamado; el regreso de Thomas Bataille había sacudido la caja del pasado, las piezas del puzle se habían desperdigado por el suelo y, poco a poco, trataban de colocarse a mi alrededor, a nuestro alrededor. Yo entendía el «por qué-ahora». Pero ¿cuál era el sentido fundamental de todo eso? ¿La finalidad? ¿Dónde estaba Christina en ese momento y qué buscaba? ¿Qué quería? La miré fijamente, pensé que iba a decir algo para venir en mi ayuda, aunque fuera en el lenguaje de los pájaros. Me entraron ganas de gritar «¡Quiero comprender!», pero ella se agachó de repente y desapareció detrás de la maqueta. En ese mismo instante sentí que volvía a ser dueño de mi propio cuerpo. Conseguí levantarme y, cojeando como en el Grand Café, con la pierna derecha llena de hormigueos, me arrastré hasta el lugar donde había aparecido. Christina ya no estaba allí. En su lugar había un charquito. Un charquito de agua que, curiosamente, no era absorbido por el viejo parquet, desafiando todas las leyes de la física. Un charquito como una burbuja, plano y ovalado, sobre las tablas de pino. Me incliné, dispuesto a hundir el dedo índice en esa extraña materia, mercurial pero

translúcida, cuando un inmenso grito me hizo volver la cabeza y choqué contra algo.

Me había golpeado con la esquina de la biblioteca. La polaroid estaba a mi lado; Christina me sonreía desde la foto, con la playa detrás, cabellera en llamas sobre el horizonte azul Klein. Me froté los ojos, me incorporé. La piedra despegada yacía junto a la ventana redonda y, justo debajo de ella, la cavidad negra parecía juzgarme con una mirada de cíclope. Me había quedado dormido o había perdido el conocimiento. Chardonnay, whisky, emociones fuertes y el mendrugo de pan: ése era el resultado. Lentamente volví la cabeza hacia la casa de muñecas, aterrorizado ante la idea de ver realmente a Christina. Sobra decir que no había nadie. Me levanté para buscar la burbuja de agua sólida; tampoco había nada. ¡Era todo tan extraño! Yo nunca he soñado mucho, tú lo sabes. Sueño, evidentemente, como todo el mundo. Pero nunca recuerdo el qué. Aparte de algunas pesadillas infantiles (sobre todo una recurrente en la que mi madre se me aparecía sin boca, con la parte inferior del rostro borrada, terrorífica), nunca he creído que los sueños tengan un valor anticipatorio en mi existencia. Y de pronto, en la víspera de mi treinta y cuatro cumpleaños, me sumí en unos sueños de una sorprendente viveza, unos sueños de los que me acordaba perfectamente, con todos los detalles, unos sueños que me acosaban durante el día y hacían pasar por artificial la misma realidad; unos sueños que, después de todo, parecían más bien alucinaciones.

Pensé en el grito que me había despertado. ¿Era auténtico? ¿Era falso? Escuché la casa, completamente silenciosa. ¿Quién había gritado entonces dentro del sueño?

Cuando recobré el sentido guardé la polaroid en el bolsillo de la chaqueta de mi pijama —tú te burlabas de mis pijamas, Cora, me tachabas de «abuelo»; como ves, ¡persisto!— y coloqué la piedra en la pared lo más cuidadosamente posible. Bajé por la escalera y la replegué con las mismas precauciones sonoras. Ya iba a volver a mi habitación cuando una especie de intuición me llevó a la planta baja. Entreabrí la puerta de los mellizos: seguían durmiendo, Colin ya ni siquiera roncaba. Todo estaba tranquilo, como en suspenso. El reloj dio las dos. ¡Diablos, había pasado más de tres horas allí arriba! El hambre me acechaba de nuevo, de modo que continué hasta el salón. Pero justo antes de encender la lámpara del techo sentí una presencia en la habitación.

Era mi madre.

Estaba de pie cerca de la barra americana, dándome la espalda, se movía muy ligeramente hacia delante y hacia atrás, como un junco agitado por el viento. Murmuraba. De hecho sus murmullos eran semejantes a unas salmodias y me acerqué para intentar comprender qué decía.

—Christina, si eres tú quien está haciendo esto, detente, te lo suplico.

Esto era lo que decía, en bucle, como una plegaria, un salmo.

«Christina, si eres tú quien está haciendo esto, detente, te lo suplico».

Comprendí entonces que las cosas estaban peor de lo que imaginaba.

*Grâce Marie Bataille,*  
*7 de octubre de 1981, salón,*  
*21.50 h en el reloj grande*

Una paciente me acaba de contar una historia extraña hace un momento. La señora ha sido víctima de un accidente de coche; su marido ha muerto, ella solo ha sufrido una fractura en el brazo y una simple conmoción. Conducía ella. De una forma muy clásica, se culpabiliza. Lleva cinco días hospitalizada y no para de llorar por haber matado a su marido.

Esta mañana, por primera vez, la he encontrado levantada. Lavada. Vestida. Casi peripuesta a pesar del dolor de su brazo roto. Le he hecho partícipe de mi sorpresa; a decir verdad, me esperaba una tentativa de suicidio. Pero ella ha declarado: «Charlie me ha perdonado. Esta noche ha venido a verme y me ha perdonado». Le he cambiado el gotero, después me he sentado para conocer los detalles.

Ella dormía.

Dormía profundamente cuando percibió un soplo de aire, como si le abanicaran la cara. Ese soplo la despertó ligeramente, y en ese momento recibió una bofetada, una inmensa bofetada en la mejilla derecha; dice que sintió cada dedo, duro y helado, impactar sobre su piel. Se incorporó y encendió enseguida la luz. Cogió el espejo de mano de la mesilla: tenía la mejilla escarlata, con cinco dedos perfectamente visibles impresos en la carne. Estaba sola en la habitación; la otra cama estaba vacía en ese momento. Preguntó muy alto: «Charlie, ¿eres tú? Querido, ¿eres tú?». Como respuesta a su pregunta las sábanas de la cama se estrecharon alrededor de ella como una tenaza; el perfume de su marido invadió la habitación, de una forma muy nítida, mareante. Las sábanas se volvieron a la vez sólidas y elásticas, como unos músculos que le opusieran resistencia, unos músculos poderosos que la inmovilizaran contra el colchón. La presión de las sábanas era tan fuerte que tuvo que tumbarse de nuevo: le resultaba físicamente imposible permanecer sentada. Entonces esperó. Dice que no tuvo miedo porque sabía que se trataba de su marido y que no le haría daño alguno. La había abofeteado para expresar su cólera, era normal, era sano —vuelvo a emplear sus términos—. Al cabo de unos instantes recibió un beso en la frente; Charlie siempre la besaba en la frente. El beso fue intenso, dos labios fríos posándose en su piel. A continuación las sábanas aflojaron su presión y ella se sintió increíblemente bien. El resto de la noche conservó sobre la frente la marca helada de los labios de Charlie. Pero esta mañana toda culpabilidad había desaparecido. Queda la tristeza, claro... Quería a su esposo, le parece difícil continuar viviendo sin él. Pero ya lo ves, Thomas: está convencida de que él la ha perdonado. Ya no llora, ya no está hundida. Ha decidido vivir.

Supongo que hay mil formas de manejar el sufrimiento, y algunas veces se tienen

unos sueños más reales que la vida. Esta historia sugiere una parálisis del sueño, trastorno bastante frecuente aunque desconcertante, durante el cual el sujeto presenta una atonía muscular a veces asociada a alucinaciones. Pero no puedo descartar la hipótesis de que su relato sea cierto. La chica había predicho tu accidente, una mano invisible me salvó del océano, la vieja Chapelle habla de un halo negro alrededor de la casa. El mundo no es tan mineral como querríamos creer, ni la realidad está inmovilizada en un marco de fotos. ¡Suceden tantas cosas que no se pueden explicar! Todo se gasta, se estropea, se rompe: los objetos, los cuerpos, las máquinas. En cuanto a mi espíritu, no envejecerá jamás, el tiempo insoportable no tiene ninguna influencia sobre él. Así que ¿por qué no? El espíritu de Charlie podría haber venido a despedirse de su mujer desde un lugar intermedio, desde una realidad inmaterial, transitoria. Yo sigo siendo atea, Dios no tiene nada que ver con esto. Solo imagino que una gran parte de nuestra percepción permanece dormida. Si la necesidad de comunicar es lo bastante fuerte por ambas partes, entonces se establecen unas relaciones a diferentes niveles, del mismo modo que un ascensor podría comunicar varios pisos en un edificio que no tuviera escaleras. Pero, mira, ese ascensor solo se activaría en caso de fuerza mayor: una crisis cardíaca en el cuarto piso, y el ascensor se abriría para que subieran los primeros auxilios; o bien, llegados a este punto, si la mujer del segundo y el tipo del sexto estuvieran tan hechos el uno para el otro que deberían conocerse. La interacción es necesaria: el ascensor se pone en marcha.

Nunca te lo diré, pero creo que la chica posee ese don, el don de navegar entre varios niveles, el de saltar de un piso a otro. Creo que por eso te tiene embrujado: esta chica, presente y ausente, tangible y abstracta, imagen visible, imagen soñada. Por eso Nath la dibuja a ella, solo a ella, en estos últimos meses. Porque los niños saben, los niños sienten; nuestro hijo se acabó de hacer junto a un muerto y él más que nadie es sensible a esos intersticios, a esas cortinas de realidad que se abren y se cierran, a nuestra espalda casi siempre porque no miramos, no escuchamos, demasiado ocupados en la gestión concreta de una cotidianidad palpable. Actuar evita pensar. Nathan dibuja a Christina porque Christina es un personaje ficticio. Christina es una entidad en la que cada uno proyecta su propia verdad, su propio deseo, su propio destino. Y tú, Thomas, has entrado en esa imagen. Pero debes salir de ella, porque eso no es la vida.

¿Me oyes? Christina NO ES la vida.

Christina es un holograma.

No me había atrevido a interrumpir su extraña plegaria; sobre todo no habría sabido cómo proceder: mamá parecía estar en otro mundo, su comportamiento era el de una loca. Tenía la impresión de que si llegaba a percibir mi presencia, corría el riesgo de desaparecer, o de implosionar allí mismo. Volví a subir a mi habitación, abandonando de nuevo la idea de comer. Pensé en lo que Thomas había dicho a propósito de Grâce después de que yo naciera: «Vuestra madre cambió después de eso. Se volvió extraña, nerviosa». Yo no me acordaba, por supuesto, de ese período, pero esos días nuestra madre parecía estar de nuevo «nerviosa y agitada». Me recordaba a mi hermana adolescente, con su voz cavernosa.

Me daba miedo.

Una vez arriba saqué del bolsillo de mi pijama a la joven desgarrada y busqué en mis vaqueros la otra mitad de la polaroid. Las ensamblé. Christina, Thomas, el cielo, el mar, las dunas. Me pregunté quién habría tomado esa foto. Lise, quizá; o un veraneante. Dudé que hubiera sido Grâce.

Supuse que después de haber encontrado la carta de su amante, mi padre, rabioso, había roto la fotografía y la había dejado en su escondite. En sí era lógico: si tú me hubieras dejado de la noche a la mañana, yo habría podido actuar de la misma manera. Lo misterioso seguía siendo que una parte de la foto estuviera en poder de los niños; pero descarté que aquello fuera algo extraordinario, sobre todo porque ellos mismos habían confesado que habían estado «hurgando un poco».

En el secreter encontré un rollo de celo y pegué la imagen. Alisé la rotura con el dedo índice, como se masajearía una cicatriz. El cuadro estaba completo, perfecto. Es terrible decirlo, Cora, pero hacían buena pareja. Escondí la foto debajo de mi almohada y, a pesar de las circunstancias, me quedé dormido como un tronco.

Me desperté al amanecer, hecho polvo, con la boca pastosa y la cabeza como un bombo. Estaba agotado, pero sabía que me resultaría imposible volver a conciliar el sueño. Me levanté, por lo tanto, motivado por la obsesiva idea de tomarme un té de jazmín y una tostada con mantequilla. Eran casi las siete de la mañana; de todas formas los mellizos estarían en pie dentro de poco. Me vestí, me lavé la cara con agua fresca y me cepillé los dientes a conciencia. Después de eso me sentí mejor. No es que me sintiera en forma, pero sí, digamos, preparado para vivir.

Encontré a mamá tumbada en el banco del salón, acurrucada, con la frente pegada contra la pared. Preocupado por su dolencia cardíaca, me acerqué a ella y le toqué el hombro para despertarla. Reaccionó con un sobresalto, incorporándose de un salto como un diablo sale de su caja.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

Se frotó los ojos; tenía el aspecto de un panda: el maquillaje que no se había quitado formaba cercos, fluía por los surcos de alrededor de sus párpados.

—¿Por qué has dormido aquí?

Con voz cascada murmuró:

—Mi habitación está condenada. Si las cosas siguen así, aquí ya no habrá ni un solo lugar para dormir.

—¿Condenada? ¿Qué significa eso?

Empecé a dirigirme hacia su puerta, pero ella se levantó de inmediato, alarmada.

—¡No! ¡No entres ahí!

—Pero, no comprendo... ¿Qué hay en esa habitación?

—Una serpiente.

—¿Una... serpiente?

—Sí. Creo que es una culebra, pero es enorme.

—¿Una culebra en esta estación? Mamá, ¿estás segura de no haber soñado?

—Ya empezamos. Pensáis que estoy loca. Todos pensáis que estoy loca.

—No... Escucha, voy a ver. Si es realmente una culebra no corro ningún peligro.

—Pues entonces ponte unos zapatos. Quítate las zapatillas y ponte zapatos de verdad.

Me calcé mis botas de ir a la obra para entrar en la habitación de la serpiente. Mamá me seguía de lejos, nerviosa. Siempre le habían dado pánico las serpientes, les tenía una especie de fobia. Sin duda era lo único que le desagradaba de vivir en el campo. Las arañas, las avispas, las babosas, los ratones, todo eso no le producía ni frío ni calor. ¡Pero las serpientes...! Eran su obsesión. Giré el pomo de la puerta y me encontré con un frío polar.

—Sí —explicó Grâce a mi espalda—, he abierto las ventanas. Me he dicho que quizá saliera ella sola...

Dada la temperatura exterior, lo dudé. Las culebras normalmente hibernan en diciembre.

—¿Dónde estaba?

—Junto a la cama. Junto a la cabecera de la cama.

Avancé con paso firme. Aunque las culebras pueden alcanzar un tamaño impresionante, son inofensivas; no cabe duda de que si se hubiera tratado de una víbora no me habría hecho el listillo. Rodeé la cama y di un salto hacia atrás. Efectivamente, en el suelo había una culebra de collar enrollada, parecida a una gruesa bufanda con estampado de camuflaje, de al menos un metro veinte de largo. Me volví hacia Grâce, inmóvil en el umbral de la puerta.

—¿Entonces...? —preguntó, con un estremecimiento en la voz.

—La buena noticia es que no estás loca.

Me di media vuelta para coger el atizador, la escoba y la pala del carbón.

Pertrechado de esta guisa, regresé a la habitación. Con la punta de metal hice cosquillas al reptil, que no hizo el menor movimiento.

—Este bicho duerme como un lirón.

—De todas formas, ten cuidado...

Me propuse deslizar la serpiente a la pala con la ayuda de la escoba, como uno se desharía de un montón de polvo. La operación, aunque delicada, fue todo un éxito. La culebra mantuvo su forma de espiral y quedó posada en el metal, semejante a una gigantesca cagada verdosa. Mi madre retrocedió rápidamente para dejarme pasar, me suplicó que la llevara «lejos, lejos, lejos».

—Mamá... ¿diste un grito cuando la encontraste?

—Sí, claro. ¿Tú no habrías gritado en mi lugar?

Le concedí una sonrisa y luego salí con esa insólita carga. Bajé las escaleras y fui hasta la carretera para abandonar al bicho en el barranco, al otro lado, «lejos, lejos, lejos». Al contacto con el lodo el reptil se despertó y desplegó su blando cuerpo como un gran hipocampo. Yo tiritaba de frío y el espectáculo me repugnaba. Volví a cruzar la carretera a buen paso, regresé a la casa. En el vestíbulo me esperaba Grâce retorciéndose las manos, como la mujer de un marinero acechando el regreso de su esposo en un día de tormenta.

—Ya está. No deberías volver a verla en mucho tiempo.

—¿Cómo llegó hasta aquí...?

—Como tu collar a la estufa. Como las piedras a los cristales de las ventanas y el cuchillo al techo. Está claro que alguien intenta meterte miedo.

Puse agua a calentar y luego encendí la cafetera. Mi madre acercó una silla a la mesa y se sentó. Apoyó la frente en sus dos manos juntas y dio un suspiro melodramático.

—Pero ¿quién? ¿Por qué...?

—No sé; mamá. Habría que volver a llamar a la policía y, en efecto, instalar una alarma. Esta zona es muy apreciada, así que... ¿puede ser que alguien quiera la casa?

—Si es así, ¡no les será tan fácil echarme!

—Escucha, no entiendo qué está pasando aquí, pero me preocupa dejarte sola mañana. Me voy mañana y, francamente, no me quedo tranquilo.

—He contactado con el fontanero, Sagnier va a pasarse a cambiar los cristales. Llamaré a alguien para que me ponga la alarma, tienes razón. Las cosas volverán a su cauce.

—Eso espero.

Vertí el agua humeante en mi taza y puse una bolsita de té. Mientras servía el café a mi madre apareció Soline, con el pelo revuelto y el pijama torcido.

—¡Tengo hambre!

—Hola, muñeca. ¿Todo bien?

Asintió con la cabeza y se acercó a besar a su abuela.

—¿Dónde está tu hermano?

—Sigue durmiendo. Ha estado alborotando toda la noche, tirando de mi edredón y dándome golpes. Incluso ha hablado dormido.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía?

—Cosas que no significaban nada, como en otro idioma... En fin, no sé muy bien.

—Ha debido de tener una pesadilla —murmuré sacando el Nesquik del armario con manos temblorosas—. Y por otro lado creo que está incubando un catarro.

—¡Uf, ya verás como cojamos una pulmonía!

Me reí; traté de reír. Fue una risa tan armónica como una descarga de escombros.

—¡En el peor de los casos, Papá Noel ya ha pasado!

Me sonrió mientras se sentaba a la mesa, con esa formidable sonrisa que se parece tanto a la tuya, Cora. Grâce se levantó, no sin antes mirarme de reojo, sorprendida por mi repentino aspecto de alma del purgatorio.

—Creo que necesito darme una ducha después de esta noche tan espantosa... Voy a subir, ¿de acuerdo?

—Estás en tu casa, mamá.

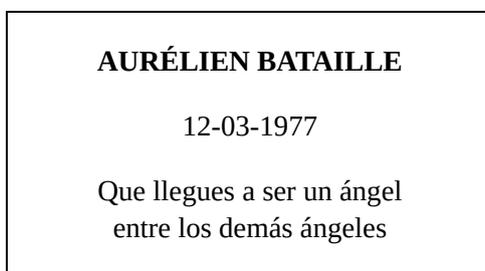
—En efecto —replicó ella con tono brusco—. Sigo estando en mi casa.

Esa tarde cogí el mismo autocar que la víspera. Estaba citado con otro fantasma en la avenue 16; no podía regresar a París sin haber visto esa tumba. Cuando me marché, por la casa hormigueaban diferentes gremios. Un electricista trabajaba en la bodega, Sagnier y un gran forzudo con acento polaco cambiaban los cristales del dormitorio. El fontanero anunció por su parte que debía encargarse del calentador de agua; la bañera no funcionaría hasta dentro de dos semanas, plazo que contrarió a mi madre de una forma desproporcionada. Pero aquel caos generalizado la convenció para llevar a los niños al cine de Villefranche. Ellos estaban encantados. Por mi parte, tenía el campo libre para llevar a cabo en secreto la última misión que me había fijado.

Recorrí, pues, el inmenso laberinto circulatorio, con los dientes castañeteándome al ritmo de mis pasos, cada vez más rápidos. Hacía un frío infernal y me horrorizan los cementerios. Los cementerios, Cora, son mis serpientes personales. Nunca te lo dije, me daba un poco de vergüenza porque a ti te encantaban. Encontrabas esos sitios apacibles, inspiradores, casi encantados, como los bosques de los cuentos. En verano ibas a menudo a leer al Père-Lachaise, un capricho que me parecía de lo más incongruente; las hileras de nombres sobre los monumentos, las flores a punto de palmarla como de esclerosis múltiple, las lápidas de mármol y los panteones

representaban a mis ojos la inevitabilidad de la muerte. Los cementerios me angustian, porque la única certidumbre del ser humano en general —y de mi ser en particular— sigue siendo que acabará en un lugar como ése. Y claro, desde que voy a visitarte es todavía peor. Antes de que tú murieras yo solo había tenido que llevar luto por mis abuelos. Sufrí cada vez, sobre todo por Louise, porque fue a la que más conocí. Sin embargo su desaparición formaba parte del orden natural. Al final mi abuela decía que estaba cansada, que ya no podía más y que quería irse. En cuanto a ti, no deberías haber muerto tan pronto; sin embargo estás muerta.

Tardé casi media hora en encontrar la avenue 16, el viento azotándome en las mejillas, y luego un cuarto de hora más en encontrar a mi hermano. Finalmente, rodeada de árboles y arbustos criogenizados, descubrí su tumba, cuya piedra estaba decorada con un querubín mofletudo esculpido en granito, mono pero un poco grotesco.



No puedes imaginarte, Cora, el efecto que me produjo. ¡Mi fecha de nacimiento sobre esa placa, mi apellido sobre esa placa...! Me entraron ganas de salir corriendo, pero tenía que quedarme, digerir físicamente una información que hasta entonces no había aceptado como real. La placa estaba allí. Su nombre estaba allí, su tumba estaba allí. Yo había tenido un mellizo y ese mellizo había muerto antes de nacer. Darle mi fecha de nacimiento como fecha de defunción parecía una licencia poética; sin duda nadie había podido determinar en qué momento su corazón había dejado de latir.

Para convencerme definitivamente de que aquello era real, apoyé mi mano en el mármol de la placa.

«Au-ré-lien».

«Aurélien, hermano mío».

De alguna manera había existido. Es cierto que durante muy poco tiempo y bajo una forma primitiva, pero había existido. De pronto me pregunté qué era lo que había enterrado allí. ¿Tenía ya huesos? ¿Uñas? La pregunta era tan terrible que la rechacé rápidamente, sin llegar a contestármela en absoluto. Una ráfaga de viento helado me azotó el rostro, una de las correas de la parka me restalló en la piel como un látigo. Di media vuelta: ya había visto bastante. Di la espalda a ese hermano que nunca había tenido, al secreto, a la mentira.

Necesitaba hablar con alguien. Sí, pero ¿con quién? ¿Llamar a un amigo, a una

amiga? ¿Comprenderían algo de todo aquello? Tendría que contar la historia desde el principio, me pedirían detalles, habría «ah», «oh», «¡No me lo puedo creer, es alucinante!», y yo no quería nada de eso. Mientras dejaba la Guillotièere con la convicción de que no volvería a poner nunca más los pies allí, se me ocurrió no obstante una idea descabellada que me pareció de lo más evidente.

Entonces, en medio de ese barrio hostil, lleno de pompas fúnebres y de edificios de los años setenta medio descompuestos, cogí el tranvía en la avenue Berthelot para ir al centro.

Grâce Marie Bataille,  
11 de noviembre de 1981, salón,  
2.30 h en el reloj grande

Imposible dormir.

Nunca más dormiré, seré una eterna sonámbula.

Ya no queda táctica ni estrategia alguna. Ni esperanza, ni sutura, solo el presente, insufrible.

¿Armisticio? Ni hablar.

Tu imagen se altera, Thomas. Se vuelve del revés, se distorsiona. Incluso tu lenguaje ha cambiado. Acabas por alejarte hacia otro mundo, como un ovni que deja de lanzar destellos.

Soy el espectro de un espectro, la sombra de una sombra, el reflejo de un reflejo.

¿Por qué perversidad habéis conseguido convertirme en una vieja cuando solo tengo treinta y cuatro años? Me he convertido en un monstruo de la noche a la mañana, como si un accidente me hubiera desfigurado.

Por otro lado, la grasa también era bella antiguamente.

Hubo un tiempo en que el alma lo era todo y el cuerpo no era nada. Hoy en día el cuerpo lo es todo y el alma no es nada.

Dios ha muerto; y yo también, he ayudado a matarlo.

Hoy todo debe ser evidente. Superficial, epidérmico, televisado. El alma es incompatible con el sistema productivista.

Me estoy vengando de la vida, me atiborro de chocolate, de pan, de vino, engullo. ¿Qué más da? Deslucir la alegría, para el caso. Estoy agotada de las continuas intervenciones de mi mente. Hay que apagar algo, ponerlo en *stand-by*.

ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF  
ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF ON OFF  
ON OFF

Sufro de una dismorfofobia por poderes, ya no te reconozco, no eres mi marido sino una camisa de fuerza, una trama de tela basta cosida en el vacío, esa nariz,

desconocida, esa boca, desconocida, esos ojos, desconocidos.

Estaba sentada a la mesa con vosotros, pero nunca me había sentido tan lejos. Thomas, Christina, Lise, Nathan, sois una constelación. Yo estoy en un islote, más abajo imposible; puedo veros, admiraros. Pero nunca más me uniré a vosotros.

Vuestras palabras me atraviesan, vuestras voces, vuestros deseos.

Para mí sois heridas atestadas de rostros.

Tú has vivido siempre sin hacerte ninguna pregunta, actuar evita pensar, te encasillabas, todo era como tenía que ser: casa-esposa-trabajo-jardín-niño/niña-chico/chica y niño muerto para la dosis de drama, algo de fantasía en una vida sistemática como una factura del gas.

Fanfarroneas, bromeas, ¡oh!, te pones colorado, ¡imbécil! Cada vez te reprimes menos. La chica tiene más decencia que tú, tío. No lo consigue, pero lo intenta. De vez en cuando —en el momento en que su mirada se cruza con la mía— su sonrisa se vuelve penosa.

¡Culpabilízate, pequeña! ¡Eso es, culpabilízate! No pierdes nada por esperar. ¿Ves el jarrón de porcelana allí arriba, en la repisa? Las hojas de dedalera te esperan, secas y crujientes, listas para la infusión. Cuando vomites tus vísceras no estarás tan sexy.

Te sacrificué mi vida de antemano, Thomas.

Después apareció una cría, y todo se echó a perder.

He vivido el amor como si fuera a ser eterno, te he amado como dicen en los libros que hay que amar. Pienso en la naturaleza tan odiosamente bien hecha, ¡qué ironía! El espermatozoide: una cabeza, una cola, un flagelo combatiente; el óvulo: redondo, estable, fiel. Algo que navega, algo que espera. Pienso en el tren de alta velocidad recientemente inaugurado por François Mitterrand, naranja como su cabello, en esa vía que tomarás para irte de nuevo, más lejos, más deprisa.

Quedarse/Partir.

Me he pasado la vida esperándote, cuando me deberías haber estado esperando siempre tú a mí.

Una se equivoca constantemente.

OFF.

*Grâce Marie Bataille,  
8 de diciembre de 1981, habitación,  
23.36 h en el radiodespertador*

La chica está enferma.

No me atrevería a decirte que tengo algo que ver con esto. Nunca pensé que funcionaría tan bien.

Ese bebé grande debe de ser muy sensible... Las dosis de digitalina en una decocción casera son bastante flojas, pero no podía sacar del hospital una sustancia de este tipo sin arriesgarme a pasar varios controles embarazosos.

En todo caso mi poción funciona. La oigo vomitar ahí arriba, una y otra vez; pobrecita.

¡Ojalá estuvieras aquí para verla, señor Thomas Bataille! Su piel ahora cerúlea, sus preciosos ojos de muñeca completamente inyectados en sangre. Parece una vieja alcohólica.

Ya sé que lo que hago no está bien, ¿qué te crees? Pero vosotros habéis empezado. Ojo por ojo, nada más.

Se acabó la compasión de la enfermera.

Se acabó la comprensión de la esposa.

Se acabó la dulzura de la mujer.

El óvulo la ha palmado. Se acabó la espera.

¿No habéis bailado todo el verano? ¡Pues ahora llorad!

Me habéis convertido en lo que soy. Habéis multiplicado los esbirros una semana tras otra, una estación tras otra. La cría y tú me habéis creado.

«Creo que este clima no te sienta bien, Christina. Deberías volver a tu casa. Yo no soy tu madre, no estoy aquí para ocuparme de una niña enferma».

Beberá mi infusión hasta que siga mi consejo. Con embudo si hace falta. La beberá hasta que se largue, hasta que desaparezca de nuestra vida; antes de que tú vuelvas, espero. La chica, una presencia de paso como un coleóptero.

¿Despediros vosotros? ¿Despediros tú y ella? Antes morir, fíjate. La Navidad la

pasaremos sin ella, sea como sea. Me hago este regalo, querido, si no te importa.

Mi poción la envejece, su sufrimiento me rejuvenece. La rueda gira, dicen...

He tomado un baño mientras la oía vaciarse. La última vez que un baño me sentó tan bien fue el 14 de julio, cuando hicimos el amor en la bañera, en medio de la espuma, después del baile. Cuando éramos más jóvenes follábamos a menudo dentro de ella. Era incluso nuestra forma preferida de echar un polvo: dentro del agua.

Pero después de que Nathan naciera todo se acabó.

¡Y aquel 14 de julio...! Fuegos de artificio sin artificio. Tú y yo, nosotros, juntos otra vez. Creí que era para siempre. Creí haber ganado. La batalla, no la guerra. Pero en realidad fue la última vez que follamos.

Hace casi seis meses que no me tocas, Thomas.

No os dejaré hacerlo.

Los esbirros dejan paso a la oscuridad, endurezco la ofensiva.

Cuando llegué al pub, hacia las cinco y media, encontré a un hombre-tronco detrás del mostrador. De hecho era un hombre sin rostro. No es que estuviera desfigurado, sino que desaparecía detrás de una jungla tropical de pelo, vello y barba; la máscara se completaba con un par de gafas graduadas de montura grande y oscura. Cora, si tú eras «dos ojos, una nariz, una boca», ese tipo no era más que una nariz. Para rematarlo llevaba un jersey de cuello esmoquin con unos dibujos peruanos muy chillones, y no me atrevía a imaginar lo que no veía, tal vez unos pantalones cortos de cuadros y unos zapatos de payaso.

Me instalé en el mismo taburete que el día anterior. Ni un ruido. El bar estaba desierto salvo por una mujer de edad sentada al fondo, con la cabeza baja y los hombros animados por extraños sobresaltos. Me percaté de que estaba haciendo punto: una bufanda, una larga bufanda de color verde oscuro que me recordó a la culebra, a menos que fuera la manga de un jersey para un gigante. Me pregunté si también sería la responsable del jersey del camarero. Este último leía una *Guide du routard* sobre Tailandia; alzó vagamente la vista hacia mí, con sus ojos azules y globulosos, agrandados por sus gafas de cristal grueso.

—¿Le sirvo algo?

—Una caña, por favor.

—Una caña. Hecho.

Se fue hacia el tirador de cerveza mientras yo me rompía la cabeza tratando de decir algo que no sonara demasiado desequilibrado. Llegó la cerveza sobre el mismo posavasos Heineken. Di un trago mientras el payaso-tronco volvía a su guía. Bebí un segundo trago, un tercero, miré a la abuelita que hacía punto, bebí un cuarto trago y por fin carraspeé.

—Por favor...

El camarero levantó la cabeza, visiblemente molesto por haber sido interrumpido de nuevo.

—Verá, yo venía a ver a Claire.

—¿Claire? Llega usted en mal momento, los lunes no curra.

—¡Ah! ¿Sabe usted cómo podría contactar con ella? Necesito verla urgentemente. Frunció el ceño en medio de la jungla.

—Si la conoce, tiene que saber dónde encontrarla.

—Es un poco complicado. Y muy largo de explicar. ¿Podría darme su número de teléfono?

El payaso me miró de arriba abajo, cada vez más suspicaz. La señora sufrió un ataque de tos monumental, cuyo ronco eco rebotó en las paredes.

—He perdido su número —dejé caer, un poco avergonzado.

El tipo parecía tener la inteligencia de un parquímetro. Se rascó la cabeza y dejó la guía en la barra.

—Bueno. Lo que vamos a hacer, amigo, es que la voy a llamar yo mismo. Y ya veremos lo que dice ella.

—Muy bien, hágalo. Gracias.

Me lanzó una mirada de soslayo, la desconfianza redoblada por sus gafas culo de vaso, y cogió el auricular. Mi ritmo cardíaco se aceleró. ¿Qué iba a decir ella? Había sido tan clara en su rechazo a continuar con la conversación que me dispuse a un fracaso anunciado. Pero aparentemente había respondido al teléfono. Agucé el oído.

—Oye, soy yo. ¿Te molesto? No, niquelado. No hay un alma, es demasiado pronto. Escucha, tengo aquí a un tipo raro que dice que necesita verte... ¿Eh? Espera.

Se volvió hacia mí, con el auricular sujeto entre la barba tropical y el hombro peruano.

—¿Cómo se llama usted?

—Nathan. Dígale que le debo una cerveza, es muy importante.

—Nathan. Por lo visto te debe una cerveza. Parece que le ha dado fuerte, ¿no?

Hubiera querido desaparecer. Te lo aseguro, Cora. Si me hubieras visto, te habrías partido de risa. Soy un ligón mediocre, pero por teléfono y con intermediario era lamentable.

—Vale. Ah, sabes, yo... Eso es. Hasta mañana.

El camarero dejó el teléfono en su sitio. Mi mirada debía de estar tan llena de «¿Entonces?» que tuve la sensación de que, con una especie de perversidad, prolongaba voluntariamente el suspense. Tomó un bloc de notas de debajo de la barra, garabateó algo en él y me entregó el papel. Sus manos también eran peludas, pequeñas y peludas; justo lo contrario a las de Claire.

—Está en su casa. Dice que puede pasarse.

Miré la dirección, patitas negras de mosca sobre un posit de propaganda que anunciaba las maravillas de una empresa de desratización. Extraño «ábrete-sésamo», pero un «ábrete-sésamo» al fin y al cabo.

Rue Mazard, número 6. Código: 3726 B. Sexto exterior.

Ahora vivía casi en el mismo sitio donde yo había vivido hacía tiempo. Cuando pasamos juntos aquella noche todavía vivía en casa de sus padres; lejos del centro, pero había olvidado el lugar exacto. Otra coincidencia. Las coincidencias eran tan numerosas que parecían parte de un plan guiado desde no se sabe dónde ni por quién. Es ridículo, pero por un momento pensé que el plan era tuyo. Soy más bien escéptico en lo que se refiere al mundo de la imaginación, o al menos eso creía yo. Hago derribar tabiques, levantar tabiques, acondiciono espacios, concibo estructuras; vivo en lo concreto, lo sólido, la escayola y el parquet. Pero desde mi llegada a la región hacía solo cuatro días, mi universo tan estable, tan coherente, se había vuelto inestable, lleno de sobrentendidos, de signos y de golpes de suerte. Me terminé la cerveza y di las gracias al payaso-tronco, que se limitó a hacerme un gesto con la

cabeza, otra vez inmerso en Tailandia.

Salí del pub.

Era noche cerrada y hacía aún más frío. Me pasé por el Nicolas de la place des Terreaux y compré una botella de champán. Después de todo estábamos en Navidad. Decidí ir andando en lugar de tomar el metro, aunque atravesar todo el centro de la ciudad supusiera una larga caminata. Quería reflexionar, calmarme —estaba sobreexcitado— y no llegar demasiado pronto, no darle la impresión de que me lanzaba a su puerta como un lobo sobre su presa. Me hacía un montón de preguntas retorcidas acerca de mi estado. ¿Por qué estaba así de agitado? Me había acostado con esta chica hacía quince años y no la había vuelto a llamar; me la encontraba por casualidad, hablaba con ella dos minutos y ¿sentía un flechazo de efecto retardado? No, realmente eso no tenía ningún sentido. Desde luego nadaba en plena confusión. Venía de visitar la tumba de un hermano de cuya muerte me acababa de enterar, me había encontrado con mi padre después de treinta años de ausencia, mi madre hablaba sola en mitad de la noche y nuestros hijos se inventaban fantasmas. Mi universo, a duras penas organizado después de tu muerte, Cora, estallaba en mil pedazos. Ya no podía contentarme con ir tirando. Necesitaba otra cosa, aunque no supiera bien el qué. El encuentro con Thomas Bataille parecía un capítulo cerrado; sin embargo presentía que aún no lo había leído todo.

Dios mío, no imaginaba hasta qué punto estaba en lo cierto.

Con la espalda encorvada a causa de un viento terrorista, atravesé Bellecour y tomé la rue Victor Hugo. Las tiendas estaban abiertas, iluminadas y decoradas con motivos navideños. Algunas jóvenes con bolsos de marca se movían en grupos, fundiendo de inmediato sus pagas extra. Recordé nuestra última cena de Navidad, a solas en nuestra buhardilla. Embarazadísima, obligada a guardar reposo para que los mellizos no nacieran demasiado pronto, bebías cerveza sin alcohol con una guirnalda alrededor del cuello a modo de fular y los labios pintados de rosa vivo en plan toque festivo. No podías comer foie, marisco ni queso; yo te hacía rabiarse engullendo una tostada tras otra, bebiendo champán de la botella, fumando montones de cigarrillos en la ventana. Te hacía rabiarse y tú me odiabas: «¡Te odio, te odio tanto!», pero era un odio condescendiente, guasón, un magnífico odio amoroso. Si los primeros meses había sido un infierno (vómitos e infierno), ahora tenías una especie de euforia, aunque decías de ti misma que parecías una ballena solo para oírme decir que eras la ballena más hermosa que había habido en la faz de la tierra. Entonces, a fuerza de pensar en ti, en nosotros, en todas esas celebraciones que no festejaremos nunca más, la excitación desapareció poco a poco. A decir verdad, cuando llegué a la altura de la rue Mazard estuve a punto de dar media vuelta. Pero seguí; una especie de instinto me hacía continuar: más a la izquierda que a la derecha.

Encontré la puerta, tecleé el código y comprobé con disgusto que el edificio no tenía ascensor. En el recibidor una placa brillante avisaba: «Prohibida la circulación de diablos por la escalera». Precisamente en la entrada de nuestra buhardilla había la misma indicación. La primera vez que la visitamos me dijiste: «Ya ves, querido, creo que no tienes derecho a circular por aquí». Con el corazón encogido, subí. En Montmartre nos pasábamos la vida subiendo escaleras. Yo subía los siete pisos con los dos bebés, uno en cada brazo, tras dejar el cochecito doble debajo de la escalera, sujeto a la barandilla con un candado antirrobo. Me pregunto de dónde sacaba las fuerzas un día tras otro. Somos más fuertes de lo que imaginamos... De verdad, Cora. Siempre somos más fuertes de lo que imaginamos.

Llegué al último piso sin aliento, sintiendo el peso de la botella al final del brazo como en otro tiempo sentía el de nuestros hijos. Esperé un poco. Cuando consideré que mi respiración se había normalizado llamé, y de pronto me pregunté cómo iba a volver a casa. Cuarenta kilómetros en taxi no era factible. Curiosamente no me había planteado ese problema hasta entonces. De pie sobre un felpudo que protestaba *Oh, no! You again?*, me dije que había un autobús hacia las nueve de la mañana, y que nuestro tren de alta velocidad no salía hasta las cuatro de la tarde. «Regresaré mañana. Todo va bien. Solo tengo que hacer una llamada de teléfono...».

Claire no se había esforzado con su atuendo. Llevaba una holgada camiseta de tirantes y un *sarouel* con un estampado de monos. Parecía que acababa de salir de la cama pero algo mejor. Digamos que lo mejor que puede estar una chica cuando sale de la cama. Iba descalza, con las uñas en forma de concha pintadas de color carne; sus pies eran igual de espectaculares que sus manos. Dios mío, me dije, esta chica tiene unas extremidades increíbles. Sus pestañas, sin rímel y de un rubio translúcido, hacían resaltar sus pupilas marrones. En cuanto a los monitos, al final resultaban simpáticos. Como fondo sonoro tenía puesta una música pop algo triste que no reconocí.

—Vamos, entra —me dijo.

Sonó como una orden. Obedecí y entré en un apartamentito abuhardillado, atravesado por vigas oscuras.

—Un castillo en el aire... —murmuré.

—¿Perdón?

—No, nada. Tu casa se parece a la habitación de mis hijos; ellos la llaman el «castillo en el aire».

Sonrió. Le di la botella de champán, envuelta en un papel dorado. La tomó con sus delicados dedos y tuve de repente una visión, una imagen pornográfica completamente inusitada.

—¿Qué celebramos?

Me encogí de hombros con un aire flemático, inflamado por dentro, con el sexo

duro bajo la tela de los vaqueros.

—Algo encontraremos. Los monos en tus muslos, por ejemplo.

Se miró los pantalones y después me miró a mí; parecía no saber si tomárselo bien o mal. Para deshacer el malentendido, me apresuré a dejar clara mi intención.

—Son estupendos. Estos monitos no pueden ser más estupendos. Soy un fan de ellos.

—Si supieras cuántas propinas me han dado por este pantalón, no te reirías.

—No me río. Me encanta. De verdad.

Me dio las gracias con una mueca extraña, como si un hilo tirara de sus labios hacia un lado. Esa mueca era verdaderamente extraordinaria. Mientras me quitaba la parca abrió un armario de su minúscula cocina.

—No tengo copas de champán, no suelo tener visitas. Supongo que servirán unas copas de vino, ¿o es un sacrilegio?

—Siendo camarera deberías saberlo.

—Estoy de permiso, Nathan. Por eso mismo tengo fobia a las copas. En cuanto las compro, las rompo.

Me entraron ganas de decirle que podría beber ese champán en sus zapatos, en su ombligo o en una maceta, pero me limité a sonreír. Contrariado por tener que ausentarme nada más llegar, le pedí que me perdonara un momento mostrándole el móvil. Me indicó una puerta estrecha, pintada de negro.

El cuarto de baño. Si quieres estar tranquilo, es lo mejor que puedo proponerte.

Abrí la puerta en cuestión y cerré tras de mí. Me senté en el borde de una bañera de asiento tan minúscula como el resto, apoyada en unos baldosines retro en forma de tablero de ajedrez.

—Hola, ¿mamá? Soy yo. ¿Todo bien?

—Sí, todo en orden. Estamos jugando al Monopoly, ¡están a punto de desplumarme!

—Escucha, me ha surgido un imprevisto. Estoy en Lyon y no voy a poder volver. Seguramente dormiré en un hotel.

—¿Se trata de esa chica? ¿La chica que has vuelto a ver?

La voz de mi madre sonaba tan excitada que no quise satisfacer su curiosidad.

—Me he encontrado con un viejo amigo de la facultad, vamos a cenar juntos. Como no tengo coche... En fin, ya ves.

—De acuerdo. Tienes que divertirte, hijo mío. Me alegro de que te diviertas.

—Muy bien. Divertíos vosotros también. Y no te preocupes, estaré de vuelta a media mañana. ¿Estás segura de que todo va bien? ¿Nada raro?

—Todo va bien, Nathan, te lo aseguro. De hecho, Édouard me ha vuelto a llamar. Estaba equivocada: ha hecho analizar el cuchillo. Evidentemente no había huellas dactilares. Ni siquiera las mías.

—El que fuera debía de llevar guantes.

—Eso es lo que ha dicho Ed.

—¿Y las obras?

—Ya han puesto los cristales nuevos, pero los bebés seguramente se quedarán en la habitación de tu hermana.

—Sí, es más sencillo... Gracias, mamá.

—De nada. Pasa una buena noche, cariño.

Colgué. Observé durante un momento los productos de belleza en la repisa de cristal situada encima del lavabo. También eso me recordaba a ti, Cora. Hacía tiempo que en las repisas de cristal de mi nuevo mundo no había apenas nada; solo dos cepillos de dientes montados sobre ventosas con imágenes de la película *Cars* y dentífrico con sabor a fresa.

Suspiré y me guardé el teléfono.

Claire fumaba sentada en su sofá —en realidad eran tres silloncitos rojos, sin duda reciclados de un teatro o un cine— y había servido dos copas de champán sobre una mesa baja muy recargada, una hoja de aluminio doblada como un origami, probablemente una creación de los años sesenta. El apartamento, por pequeño que fuera, estaba decorado con gusto y personalidad, una mezcla de muebles de otra época y actuales, un conjunto bastante original. No lo digo por hacerme perdonar, pero a ti te habría encantado.

—Perdona. Hay que ocuparse de los niños.

—Está bien tener algo de que ocuparse —replicó.

Me senté frente a ella en un sillón de cuero blanco. Claire alzó su copa. Yo cogí la mía y brindamos. Dio un trago, observó por un instante cómo desaparecían las burbujas y luego cómo las volutas de humo se deshacían en el aire.

—¿Qué haces aquí, Nathan?

No tenía respuesta a esa pregunta; yo mismo no lo tenía claro. Miraba con atención el inmenso dibujo que había encima de los sillones rojos, un pez que se comía a un pez que se comía a otro pez que se comía a otro pez, imágenes idénticas pero cada vez más pequeñas.

—¿Es tuyo?

—Ah, ¿eso? —dijo volviéndose apenas—. Sí. Es antiguo.

—Es bueno. Muy bueno incluso.

—¿Tú entiendes de esto?

—Sí, entiendo un poco. Cora... Mi mujer. Era anticuaria y coleccionista. Sé cuándo un trabajo es bueno, créeme. Además recuerdo tus dibujos. Los que me enseñaste la noche que... Bueno, ya sabes.

—No, no lo sé. Ya te he dicho que apenas me acuerdo de ti. En esa época yo bebía mucho, follaba mucho y dibujaba mucho. Ahora me he calmado en los tres

aspectos. Pero no toda Francia sabe que tengo una estrella en las nalgas, por eso...

—¿Por qué no continuaste?

Pareció no comprender.

—El dibujo. Se te daba bien... En serio. Podrías haber llegado a ser alguien.

Dio un nuevo trago, un largo trago. La música que salía de su ordenador parecía aún más triste. Era en inglés, pero hablaba de calles devastadas, de recuerdos perdidos y de amores frustrados.

—Mis padres murieron y tuve que ganarme la vida. Ser artista es muy bonito, pero sin un mecenas no llenas la nevera. Hice de todo y al final encontré el bar. Trabajo allí desde hace seis años. No me disgusta, se ve gente, no solo a viejos borrachos. Lo único es que es cansado y no me rejuvenece. Un día de estos tendré que pensar en reciclarme. Envejecer detrás de una barra es tan...

No encontró la palabra, o no quiso decirla: patético. Se calló, apagó su cigarrillo y terminó su copa. Yo terminé la mía para ir a la par y después las rellené. Claire no vivía, solo iba tirando; esa tristeza la hacía irresistible para mí. Tenía ganas de tomarla en mis brazos, estrecharla, consolarla, pero ella iba de chica que no necesita a nadie, el mismo papel que interpreté yo cuando falleciste. «¿Por qué arriesgarse a sufrir otra vez? No vale la pena. Es demasiado doloroso, no vale la pena», podía leerlo en sus pensamientos. Entonces dije en voz alta:

—Claro que vale la pena.

No me preguntó a qué me refería; lo sabía. Vacío su copa de un trago y cogió la botella. Mi mirada se perdió en las estanterías llenas de libros, películas y revistas; películas que me gustaban, libros que me gustaban. Entre *El guardián entre el centeno* y *Memorias salvadas del viento* había un objeto raro, una caja ovalada de metal azul turquesa que debía de medir unos treinta centímetros de alto, con un gran pulsador rojo en el centro. Recordaba a un frigorífico de los años cincuenta, a un elemento de un restaurante típico americano pero en versión minúscula.

—¿Qué es este chisme?

Bebió un poco de champán y me sonrió. Era la primera sonrisa verdadera que me dirigía; su cara se iluminó como un amanecer.

—Es mi máquina del fin del mundo.

No dije nada, pero mi mirada debió de ser de lo más inquisitiva. Se levantó. Los monos de su pantalón se animaron; sus pechos desnudos bajo la camiseta se agitaron.

—Verás —dijo acercándose a la caja—, cuando he tenido un día horrible me acerco a esta máquina. Cierro los ojos, me concentro y pulso el botón. Entonces me imagino que es el fin del mundo. Detrás de las ventanas ya no hay nada. En la calle, nada. En el pub nada. Y mañana, nada. Me deja como nueva.

—Eres increíblemente deprimente.

—No me lo parece. No me digas que no lo has pensado nunca: dejar de existir y

que no haya nada después de ti.

—Sí, es verdad, alguna vez he pensado en dejar de existir. Pero no en el Apocalipsis. Supongo que es por mis hijos. No puedo desearles el fin del mundo.

Ella se encogió de hombros.

—Me hago cargo. Esta máquina es un artefacto para solitarios. Para los que no tienen nada que perder... Pero, como ves, esta tarde no he pulsado el botón. Es como el mandamiento de los creyentes, ¿sabes? «No tomarás el nombre de Dios en vano». Pues con esto sucede algo parecido. No se debe utilizar sin ton ni son. Ya sé que parece un poco extraño, pero yo me lo tomo muy en serio. Tengo la impresión de que cada vez que pulso el botón pasa realmente algo en alguna parte.

Me levanté para acercarme a ella junto a la caja, y rocé su mano sin querer.

—Claire, tengo que proponerte un trato.

—¿Quieres utilizarla?

—En efecto. Pero yo querría utilizarla de una forma diferente, así que necesito tu permiso por partida doble.

Frunció el ceño. Sus ojos se volvieron como castañas confitadas, llenos de reflejos, sin duda porque empezaba a estar bebida. Yo la encontraba cada vez más bonita. No bonita como tú, Cora. Tú eras una auténtica belleza, oficial, evidente. Claire es otra cosa, su belleza requiere cierto aprendizaje. Debo confesarte que yo aprendía muy rápidamente.

—Mmm. —Ella se pasó la lengua por sus labios como un felino, como una gata—. Hasta ahora nadie la ha tocado nunca. Pero supongo que porque alguien la utilice de otra forma no debería afectar a mi uso personal.

—¿Eso es un sí?

—¿Sí qué?

—¿Eso significa que me das permiso?

Se desplazó hacia la izquierda con una especie de paso de danza y después extendió su bonita mano a modo de invitación.

—*Be my guest.*

Me situé delante de la caja turquesa y examiné el botón rojo. Era un objeto realmente extraño. Me pregunté dónde la habría encontrado y, sobre todo, para qué habría servido anteriormente. Más tarde se lo pregunté, pero no lo sabía: la había comprado por internet y el vendedor tampoco tenía ni idea. Como la «máquina» estaba situada a su altura tuve que agacharme. Claire era menuda, apenas un metro sesenta, por lo que, para estar a la altura del botón, casi tuve que curvarme por completo. No la veía, pero oía su risa contenida a mi espalda. Cerré los ojos y me concentré. Mi primera intención había sido simplemente hacer una broma para seducirla, un gesto de adolescente, pero quedé atrapado en el juego. Me concentré yo también, muy serio. De repente ya no era un juego: creía en lo que estaba a punto de

hacer, me sentía realmente implicado. Volví a abrir los ojos y pulsé el botón. Silencio. Detrás de mí la respiración de Claire parecía haber cesado. Por fin me volví hacia ella.

—Ya está —le dije.

En su rostro había expectativa, interrogación, quizá también excitación.

—Para ti es una máquina del fin del mundo. Yo tengo otra interpretación.

Se fue a buscar su copa y bebió un trago. En su actitud noté cierto nerviosismo, lo cual me hizo sentirme muy orgulloso. Tenía el sentimiento de haber conseguido despertarla, como el príncipe a la Bella Durmiente del bosque.

—Para mí es una máquina de deseos.

—¿Has pedido un deseo?

—Pues claro. He cerrado los ojos y me he concentrado. Pero en lugar de imaginar un desastre, he imaginado qué es lo que más deseo, así, de primeras. Después he vuelto a abrir los ojos y he pulsado.

Fui a coger mi copa también. Ella acercó su copa a la mía, brindamos. Se burlaba de mí abiertamente.

—Has mejorado mucho tu técnica —me dijo.

—¿Perdón? —inquirí con una sonrisita deliberadamente estúpida.

—No, de verdad, te felicito. Te has vuelto mucho más creativo para acostarte con las chicas.

—Creía que no te acordabas de nada.

Labios en diagonal, hilo tirante. Comenzaba a adorar esa mueca, de una deliciosa rareza. Esa mueca escondía todo lo que esperaba, todo lo que necesitaba saber, todo lo que la vida podía ofrecerme todavía. Esa mueca, como una linterna mágica, contenía un milagro.

Claire volvió a sentarse en su butaca roja, la del medio.

—Es muy bonito, Nathan, pero en tu plan hay un fallo enorme.

—Te escucho. Soy arquitecto: lo mío son los fallos en los planes, solo conozco eso.

—Ah, ¿eres arquitecto? Qué raro... Bueno, no... Te pega mucho. Eres el tipo de persona que arreglaría el mundo a base de infraestructuras.

—¿Tengo pinta de ser tan rígido?

—No, rígido no... Cuadriculado. Es un cumplido.

—De acuerdo.

—De veras.

—De acuerdo —repetí.

Terminé mi copa, sentí las burbujas picantes en la garganta.

—De hecho, soy arquitecto de interiores. No construyo puentes ni edificios. Mis estructuras son a pequeña escala, espero que solo sea un poco cuadriculado. Solo lo

necesario, digamos.

—¿Qué te parece si te califico de paralelepípedo?

—¿De paralelepípedo rectángulo?

—Hecho —dijo riéndose.

—Muy bien. Una vez establecido este punto tan delicado, ¿puedo conocer cuál es el fallo de mi plan?

—El fallo de tu plan es que si me acuesto contigo podrías pensar que mi máquina funciona. Sin embargo los dos sabemos que no funciona.

Una hora más tarde estaba en la cama con ella.

*Grâce Marie Bataille,  
15 de diciembre de 1981, habitación de Christina,  
10.12 h en su despertador*

En el país de la chica el general Jaruzelski ha proclamado el estado de sitio: los militares han tomado el poder. Se acabaron las huelgas. Se acabaron los sindicatos. Se acabó Lech Walesa. Todas las esperanzas de liberalización del régimen han quedado aniquiladas. A partir de ahora la censura y el toque de queda serán cotidianos en Polonia.

Ayer Christina lloriqueaba de tal manera que la dejé llamar a su madre desde casa; todavía no han reparado «vuestra» cabina... En cuanto a mí, me dan ganas de descorchar una botella de champán: el hundimiento de Solidarnosc podría ser una buena razón para que esa cría vuelva con los suyos.

Mirando con detenimiento la foto que tiene colgada en la pared de su cuarto, me doy cuenta de que Walesa tiene la misma mirada que tú. Hasta ahora no había visto la relación. ¿Será por eso por lo que está enamorada de un tipo que podría ser su padre? ¿Una especie de complejo de Edipo desviado, por poderes o algo así? El tal Jaruzelski, con su cabeza de bombilla, calvo, con la piel grasienta y sus enormes gafas, no me gusta. Hay gente que realmente tiene el rostro necesario para su trabajo. Bueno, ya sabes que la política no me interesa. Me aburre la de nuestro país. Así que la de la otra punta del mundo...

Como algo excepcional, la chica ha llevado a los niños a la escuela en autobús: quería pasearse por el centro para distraerse.

Me aprovecho, ya que hoy no tengo que ir a trabajar. Registro sus cosas. Me da vergüenza, pero lo hago. No encuentro nada.

Me siento en su cama, me pregunto cuántas veces lo habréis hecho aquí; después me arañó la piel para sentir dolor en otro sitio.

Tiene que haber pruebas tangibles de vuestra relación. Fotos de vosotros dos, por lo menos las que os hicisteis este verano; quizá algunos mensajitos. Regalos que le hayas hecho, recuerdos de viaje... Pero no encuentro nada más que bragas, sujetadores y toda esa lencería que tú arrancas, manoseas, chupas, ¡qué sé yo!

Pienso en esto, lo escribo, y todo vuelve a empezar.

El odio. La quemazón.

No me siento culpable de mis malos pensamientos, ni de mis malos actos. Siempre hay dos versiones de la misma historia, pero ninguna de las dos es satisfactoria. Así que cada uno barre para su casa.

Cuando vuelva prepararé una infusión.

«Toma, pequeña. Esto te sentará bien. Tu país saldrá de ésta, ya lo verás. Tu héroe está en prisión, es verdad, pero no está muerto. ¡Mientras hay vida hay esperanza!».

Ella se secará las lágrimas y, con nuestras infusiones, brindaremos por Lech Walesa.

Ella beberá. Yo no.

Al despertarme esta mañana he tardado un momento en saber dónde estaba. Primero he pensado que en París, en la habitación de los niños, con la claraboya encima de mi nariz y la enorme viga oscura que atraviesa el techo. Después he visto a Claire a mi lado, la silueta de Claire, con la parte inferior de su cuerpo envuelta en el edredón. Cuando me quedé dormido estaba desnuda y sudorosa, resbaladiza como un pez; pero después se volvió a poner su camiseta de tirantes. Una artimaña femenina, me dije. Había olvidado las artimañas femeninas. Me desperecé discretamente, miré la hora en su radiodespertador: las 06.57 horas. Perfecto, tenía tiempo de sobra. Todavía era de noche, pero su pequeña lámpara en forma de osito se había quedado encendida; la iluminación anaranjada bañaba la habitación con una aurora irreal, como de primavera. Claire era un cuadro en sí misma, con la cabeza apoyada sobre sus dos brazos doblados, su melena rubia sobre la funda azul marino, sus magníficas manos asidas a la almohada como la noche anterior a mis caderas. La escena se me apareció a modo de flashes: sus dos manos blancas pegadas a mi piel, acariciando mi piel, la piel de mi cara y la piel de mi torso y la piel de mi sexo; nuestros dedos enlazados, nuestras palmas húmedas, unidas, fundidas. Un segundo después creí ver brillar el rayo de su muñeca, azulado y fantástico, como si el universo me enviara un mensaje que por fin era capaz de comprender.

El primer contacto entre dos cuerpos suele ser catastrófico, de ahí que mis lances sexuales de juventud apenas tuvieran interés. Incluso contigo, Cora, la primera vez fue bastante floja; estábamos completamente borrachos y tú llevabas ese increíble corpiño atado con cintas que te sentaba tan bien, pero que era tan complicado de quitar. Con Claire sin embargo todo había sido fluido, simple y natural, como un chapuzón en un lago a una temperatura ideal bajo el cielo impecable de un día de verano. Precisamente por eso me di cuenta de que no era nuestra primera vez. Pero habían pasado quince años y nuestros cuerpos y nuestros espíritus habían cambiado. Ahora éramos dos personas diferentes, exterior incluido. Sin moverme, me preguntaba para mis adentros «¿Debemos considerar que ésta es nuestra primera vez, o no?», cuando Claire abrió los ojos, como si mi cerebro hubiera hecho un ruido de cascabeles mientras le daba vueltas a esa ridícula cuestión. Me miró adormilada.

—Hola —le dije.

—Hola —respondió.

Nos sonreímos, creo, como dos tontos. Acerqué mi cara a la suya y le di un beso en los labios carnosos. Entonces Claire se replegó sobre sí misma. Todo en ella se replegó. Esa noche yo había derribado un muro. Y ahora, en cuestión de un segundo, estaba de nuevo en pie, como si ella acabara de tomar consciencia a su vez de dónde estaba y de lo que había hecho, y hubiese decidido que la situación no le agradaba en absoluto. Se incorporó en la cama, buscó por el suelo, encontró sus cigarrillos y se encendió uno. Angustiado por su brusca metamorfosis me incorporé también. Estuve

a punto de pedirle uno, pero me contuve. Dios mío, haber fumado una sola y única vez había bastado para despertar al monstruo. Duérmelo, me dije. Por los mellizos, duérmelo. Lise tenía razón: había dejado de fumar solo gracias a ellos.

—¿Qué te pasa, Claire?

—Nada.

De repente me pareció tan infantil, delicada y frágil como una figura de porcelana. Se levantó para zafarse de la conversación y vi que se había vuelto a poner también su *sarouel* de macacos.

—Voy a preparar café —dijo mientras salía de la habitación.

Me pregunté qué era lo que había hecho mal, si mis confidencias de esa noche la habrían perturbado: le había hablado de los sucesos en casa de mi madre, del reencuentro con Thomas Bataille, de mi hermano muerto y de ti, Cora, también le había hablado de ti. Entonces comprendí que había hablado más de la cuenta. Tenía tanta necesidad de decirle que yo no había pedido nada. ¿Qué era lo que había hecho mal? ¡Qué tonto! Era exactamente como esos hombres a los que criticaba mi hermana. Lleno de pánico, me levanté y me vestí a toda prisa mientras un aroma a café invadía el apartamento. Me presenté en el salón:

—Perdón.

—¿Perdón?

—Perdón por haberte agobiado. Con mis muertos, mis carencias, mis problemas. Perdóname, Claire.

Me sonrió en silencio, una sonrisa macilenta, cansada; apenas habíamos dormido. Sacó del aparador dos tacitas transparentes.

—¿Azúcar?

Dije que no con la cabeza. Al verla tan menuda y tan rubia en aquella cocina, si es que podía llamarse así a aquel lugar, mi corazón se aceleró. Seis años vividos sin corazón, me dije. Seis malditos años. Me estaba embalando, sin duda; todo iba demasiado deprisa. Pero el hecho de sentirme vivo tenía algo de vertiginoso. Me acerqué para coger mi taza mientras ella echaba una ojeada al reloj que hacía tictac en la pared. El café era fuerte, negro y fuerte, a su estilo.

—Tienes que darte prisa, vas a perder el autobús.

Yo en París, ella en Lyon. Ella, camarera; yo, arquitecto. Yo, viudo desconsolado; ella, solitaria recalcitrante. Ella, libre como el aire; yo, padre de familia. Leía sus pensamientos tan bien como la víspera: flotaban en el espacio como en tres dimensiones. Tenía que decirle algo. Ya había hablado demasiado, pero aquello tenía que decírselo. No estaba seguro de pensarlo, pero ¿y qué? ¿Acaso se puede estar seguro de algo en esta vida? Yo era como el que va a hacer puenting y, ya en el borde del precipicio, se dice que si no da el paso lo lamentará durante toda la vida.

—Escucha...

Esbozó un gesto para hacerme callar, pero le agarré violentamente el brazo; en todo caso más violentamente de lo previsto, comprimiendo el rayo que tenía en la muñeca. Se quedó paralizada, sorprendida. Sentí su tibio pulso latir contra mi palma.

—Escúchame. No tengo referencias, lo sé. Toda mi vida está en construcción, yo mismo estoy en construcción. Pero por una razón inexplicable, estoy enamorado de ti. No pensé que esto pudiera suceder, créeme. Pero me ha sucedido. Quizá se me pase tan rápido como me ha llegado, no lo sé; por el momento es lo que siento y tenía que decírtelo, porque todos podemos morir cuando menos lo esperamos.

Un destello socarrón pasó por sus ojos.

—Tranquilízate, cogeré el autobús y volveré a París. Pero te guste o no, estoy enamorado de ti. Soy un paralelepípedo rectángulo, y estoy enamorado de ti.

Le solté la muñeca; en su piel quedó la marca roja de mis dedos. Liberada, cogió su taza, se tomó el café y encendió otro cigarrillo. Ya no podía descifrar su mirada, no tenía ni idea de en qué estaba pensando. No sabía si había vuelto a hacer una brecha en el muro; de pronto me asaltaron las dudas. Para mí esa noche había sido maravillosa, ¿y para ella? Había follado cuatro veces en seis años, debía de ser un amante mediocre; Claire, por el contrario, parecía un anuncio publicitario de la soltería.

—¿Quieres otro café? —se limitó a preguntarme.

Su actitud me exasperaba, pero asentí. Me llenó la taza. Sus manos no temblaban, eran tan tercas como ella.

—Sabes, Nathan, no estoy segura de que valga la pena que me esperes.

Me bebí el café de un trago y me puse la parka. Saqué mi cartera y de ella una tarjeta de visita. La dejé sobre su mesita recargada.

—Mi vida se resume en esperar algo que nunca llega. Así que siéntete libre. Pero si me llamas por teléfono, responderé.

Hizo su mueca fatal y esbozó una sonrisa. Mientras me dirigía hacia la puerta señalé con la barbilla el cuadro de los peces.

—Si no llamas, por lo menos dibuja. Créeme, Claire, nunca debiste dejarlo.

Para sorpresa mía se inclinó hacia mí. Nos dimos un larguísimo beso en el umbral de la puerta. Sabía a tabaco, azúcar y café. Me gustaba su sabor. Interrumpió el beso, demasiado pronto para mí. Salí, obligándome a no mirar atrás. La puerta se cerró a mi espalda. Bajé los seis pisos con la impresión de llevar en la nuca todo el sistema galáctico. «Prohibida la circulación de diablos por la escalera». Me detuve. Se me ocurrió una idea. Volví a subir. Me quedé sin aliento.

Esperé un momento antes de llamar. Claire me abrió. Le brillaban los ojos, trataba de contener las lágrimas por mi regreso.

—He olvidado algo —dije.

Entré, atravesé el salón y me aposté delante de la máquina. Apreté el botón rojo.

—Me apuesto lo que sea a que funciona.  
Me di media vuelta y me fui sin más.

Thomas,  
mi amor  
a pesar de todo,

Éstas son mis últimas páginas. No volveré a escribir nunca más. Ni una sola palabra. Como tampoco volveré a leer estas líneas. Ni una sola de ellas.

Pero conservaré todo lo que he escrito, absolutamente todo, para no permitirme nunca creer que no pasó nada; para no adornar nunca la verdad con los oropeles de la ficción.

Ha pasado algo que no puedo remediar.  
Algo que yo deseaba ardientemente, Thomas.  
Hay que desconfiar de los deseos porque a veces se hacen realidad.

Hace un momento, en la cena, la chica me ha enseñado un jersey que ha comprado en Villefranche, acrílico, de color malva y con el cuello grande y blando: un horror. Sin embargo esa compra parecía haberle subido la moral. El jersey moldeaba sus pechos; he preparado otra infusión.

Ella ha bebido. Yo no.

He ido a la escuela a buscar a los niños. Hemos bajado a Lyon, querían ver los escaparates para hacer su lista de regalos de Navidad. Hemos dado un largo paseo, el sonido amortiguado de nuestros pasos en el invierno, la mirada ávida de Lise y Nathan, la codicia infantil. Hacía frío en las calles centelleantes, era bonito. Los niños van poco a la ciudad, ya lo sabes, salvo cuando van a casa de su abuela. Este año ni siquiera hemos ido a ver la iluminación del 8 de diciembre, a pesar de que les encanta. También por mi culpa. Ya no soy la misma.

El 8 de diciembre, en lugar de celebrar la Virgen de Fourvière, me dediqué a preparar infusiones.

Los esbirros se han apoderado de mí, Thomas. Estoy completamente negra.

Hemos vuelto hacia las ocho. Los niños estaban hambrientos, les he pedido que se bañaran mientras yo preparaba algo de cenar. He llamado a Christina para que me echara una mano; en vano.

La he buscado por todas partes echando pestes contra ella, soltando para mis

adentros juramentos llenos de inquina. He escudriñado toda la casa, como antes había escudriñado su habitación.

Entonces la he encontrado.

La he encontrado en la bañera. Mi bañera. Nuestra bañera. La única de la casa.

La bañera, el último lugar donde tú y yo hicimos el amor.

Debía de estar enferma a causa de las dedaleras; durante mi ausencia seguramente se ha dicho que tomar un baño le sentaría bien, que no había peligro, un baño de solo media hora, lo suficiente para encontrarse mejor.

Se ha ahogado, Thomas.

Ha debido de perder el conocimiento y se ha ahogado.

Yo quería matarla con mis propias manos, pero lo que he hecho ha sido provocar su muerte. Desde lejos, como una bruja. Ni siquiera he conseguido asesinarla. No me he atrevido. No he tenido valor.

He vaciado la bañera, el agua estaba fría desde hacía mucho tiempo.

He corrido la cortina y cerrado nuestra habitación con llave.

No soportaba la visión de su cara. No soportaba la visión de su cuerpo desnudo. Ahora querría salvarla. Muerta, parecía una niña.

Han preguntado por ella, ya sabes. He contado que tuvo que marcharse urgentemente a su país, que su madre no se encontraba bien. Seguramente a ti te contaré lo mismo.

Nathan ha llorado, Lise ha comprendido.

No sé lo que ha comprendido exactamente; que algo había pasado. No ha preguntado nada, pero yo conozco a mi hija.

Nuestra hija.

Los tres hemos cenado como si no hubiera ocurrido nada: filetes de pavo y patatas salteadas. La cena más horrible de toda mi vida, y eso que no me han faltado viendo cómo la chica y tú me traicionabais.

Me he pasado la noche en su habitación, pensando, sentada sobre las sábanas que los dos habíais ensuciado.

La digitalina, Thomas, se detecta.

En su escritorio estaba la vieja Remington, esa enorme cucaracha negra con mandíbulas de acero.

Ella lo escribía todo en esa maldita máquina.

Máquina de hacer pasta, freidora.

Máquina de mentiras.

Conozco su estilo a fuerza de oírla. De estudiarla. De odiarla. Mi padre era un falsificador, después de todo. De tal palo, tal astilla.

No, no hay generación sin guerra.

He mecanografiado una carta de despedida —empezada mil veces, una y otra vez, aguzando el ingenio— y después la he dejado encima de la Remington, dentro de un sobre a tu nombre.

Luego he cerrado la habitación con llave.

He quemado todas sus cosas. En la chimenea el acrílico ha ardidido con un olor insoportable. Pero de madrugada, de ella, de Christina Raziewicz, ya no quedaba nada.

Nada más que su cuerpo, todavía en la bañera.

He sacado una colcha, la más bonita, la de tonos pastel con estampado de cachemira. En su muerte al menos irá bien vestida.

Esta mañana he dejado a los niños con mi madre.

Louise: «¿Y la escuela? ¡Yo no puedo llevarlos a la escuela! ¡Grâce, sabes que ya no conduzco!».

En medio de sus plantas, alarmada.

Grâce: «Se perderán la escuela, ¿y qué? Las vacaciones empiezan dentro de tres días».

Louise: «Pero ¿por qué, por Dios? ¿Qué pasa?».

Grâce (improvisando): «Voy a hacer obras. Es una sorpresa para Thomas. Una sorpresa de Navidad. Estarán mejor contigo aquí, más tranquilos».

En ese momento Louise también ha comprendido que algo pasaba; ella tampoco ha querido hacer más preguntas.

Ha preparado un chocolate caliente.

Estoy de pie en nuestro cuarto de baño, frente al espejo. Mi reflejo no tiene más significado que una ausencia de reflejo.

En este espejo no estoy yo. No está Grâce Marie Bataille.

Bataille es un nombre propio; un poco detestable, de hecho. Si me abandonas —y sé que vas a abandonarme—, volveré a usar el mío.

Bresson. Nombre propio. Heroico.

Si no pusiera esto por escrito, ¿cómo sabría que es la verdad?

Pensaría que es una pesadilla con visos de realidad.

Las canas han vuelto a aparecer en mi cabeza.

Atacan las sienes, se propagan, se enraízan.

Soy una cepa de viña afectada de antracnosis.

La chica está muerta y yo sigo envejeciendo.

Llegué con tiempo a la estación de autobuses. Fatigado, con el ánimo convulso, miraba a la gente, amantes que esperaban a sus amantes, amantes que buscaban a sus amantes: una gran cuba de uniones infinitamente inestable, así veía yo el mundo, a través del prisma de sensualidad de la noche pasada.

Llegué a casa de mi madre hacia las diez, me crucé con el cartero y con su nariz enrojecida, lo que, por desgracia, tendría su importancia. Había hecho todo el trayecto en autobús en un estado de enajenación, sin poder determinar si estaba inmensamente feliz o completamente abatido. En mi cabeza giraba un tiovivo de feria, con caballos de madera y decorado circense.

¿Sabes una cosa, Cora? Mis aventuras de una noche siempre me hacían sentir mal a la mañana siguiente: pero esta vez era diferente. No me sentía ni triste ni culpable. Estaba impasible, pero mi sombra en la acera bailaba, liberada, como un patín alocado lanzado sobre el asfalto.

El futuro volvía a tener por fin forma de futuro.

Sobre el banco tapizado de terciopelo, los mellizos jugaban a las Siete Familias: «Dame la madre», «No la tengo». Los besé en la frente. Dulce y tierno, como siempre.

—¿Todo bien, chicos?

—Sí.

—Sí.

Estaba claro que les desconcentraba.

Al día siguiente, miércoles 29 de diciembre, tendría que haberlos llevado a Châteauroux, a casa de tus padres. Después de tu muerte las cosas se decidieron así: la Navidad la pasarían conmigo y la Nochevieja con ellos. La presencia de los mellizos reaviva su dolor; Soline y Colin son una parte de ti, tú no has muerto en vano. Eso es lo que dice tu madre cada vez que los ve: «Mi única hija no ha muerto en vano». En cambio tu padre no se recuperará jamás. Los trata con la misma frialdad con la que Grâce me trata a mí, con una distancia que nada podrá disminuir nunca. Sabes que yo le perdono. Y nuestros hijos también.

Mamá estaba acabando de almorzar en la mesa. Se quedó mirándome, tratando de desentrañar el misterio de mi fuga.

—¿En qué hotel has dormido, cariño?

—Me he quedado en casa de mi amigo. Tiene una habitación de invitados.

—Ah.

Me lanzó una sonrisita maliciosa. No hice caso y me serví un café. Parecía cansada, con sus ojos de aluminio cada vez con más ojeras y el rostro demudado. Su pelo, normalmente impecable, tenía feos remolinos; su cuello, marcas de almohada que tendrían que haber desaparecido hacía horas. «Desmadejada». Esta expresión

impropia es la que me vino a la cabeza: Grâce estaba desmadejada, como una bufanda demasiado ancha entre los dedos nudosos de una anciana enferma.

—¿Esta noche...? —pregunté en voz baja mientras los niños seguían jugando. Negó con la cabeza.

—Creo que las cosas se van a arreglar. Ha sido una pesadilla de Navidad, eso es todo... Tienes razón, han querido meterme miedo. Pero no ha funcionado.

Había orgullo en su voz. Cólera y orgullo. Puse mi mano en su hombro y le acaricié el omóplato. Ese gesto de ternura pareció incomodarla. Se apartó y se puso rígida y fría como un trozo de carne congelada; volvió a ser la misma de siempre.

—Ahora que estás aquí, Nathan, voy a coger el correo, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, terminé mi café y unté con mantequilla un trozo de baguette. Con el pan en la mano, mi mirada se perdió por la ventana, hacia el valle nevado en algunas partes, el suelo rojizo en otras, formando parcelas de color burdeos, los abetos tupidos, los álamos desnudos, el campanario de la iglesia grandioso y puntiagudo. Una espesa bandada de pájaros atravesó, negra, el cielo blanco.

El reloj grande dio las once.

«Dame la abuela». «No la tengo».

Según el mito, las aves paseriformes son «pasadoras de fronteras», mediadoras entre dos mundos: el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Por Claire supe después que en Suecia el cuervo simboliza el fantasma de las personas asesinadas y, en Alemania, el alma de los condenados. Por mi parte solo vi una bandada de pájaros, espectáculo habitual en la región. No obstante tenía un mal presentimiento: mamá no volvía. Decidí ir a ver qué estaba haciendo; ¿diez minutos para coger las cartas del buzón? Había notado al entrar que las escaleras estaban heladas y temí que se hubiera caído.

—Ahora vuelvo —dije a los mellizos.

Ni siquiera alzaron la mirada, ¡no podían estar más concentrados! Su independencia es una buena cosa, desde luego... Pero ¿sabes qué, Cora? Algunas veces me hiere el amor propio.

Salí, enormemente inquieto, sin entender por qué.

Grâce yacía al pie de la escalera, rodeada de sobres desperdigados. Dios mío, me dije, ¡sí que se ha caído! Corrí y resbalé también; por poco me rompo el coxis.

—¡Mamá!

Todavía no lo sabía, pero era la última vez que la llamaba. Cuando llegué a su lado ya no respiraba. Su mano derecha sujetaba crispada un papel; en ese momento no le presté atención. En ese momento, aterrorizado, saqué mi móvil para pedir ayuda.

De pie bajo el pálido cielo, helado hasta los huesos, con el cuerpo de mi madre a mis pies, su vida detenida en seco como una película que se rompe... Era como la escena de un cuadro cuyo sentido yo no comprendiera, un cuadro que flotaba sobre una pared de bruma en un museo silencioso. Golpeaba el suelo con mi bota para sentir algo firme, algo real. No era capaz de discernir la verdad de ese desvarío; en mi interior todo estaba roto, y los fragmentos, desperdigados. Trataba de asumir ese hecho, «mi madre acaba de morir», sin conseguirlo. Sin embargo sabía que, viniera o no la unidad de primeros auxilios, nada la reanimaría. Era el fin, y Grâce nunca volvería. Una masa ectoplásmica de nubes pasó por encima de nuestras cabezas. Igual que el día de tu muerte, la realidad se había fosilizado; olvidada, enterrada, caduca. El aire a mi alrededor parecía gelatinoso, silencioso como el fondo del mar. Bajé la mirada; me fijé entonces en la carta arrugada en aquella mano azul, ya inhumana. Dudé; ¡mi madre! Mi madre estaba allí, sobre la piedra helada, aquélla era mi madre y estaba muerta. ¿Cuándo iba a acabar todo aquello?

Oí entonces las sirenas. Volví a no entender nada —coreografía de uniformes, rojos, amarillos, azules—, gente que me habla, yo no respondo, en realidad no les oigo, reacciono al fin al ver a los mellizos en lo alto de la escalera: «¡Meteos dentro, meteos dentro ahora mismo!».

Grâce no había resbalado, había sufrido una crisis cardíaca. Un hombre arrancó de su mano la hoja arrugada, miré hacia otro lado durante la operación. Le echó un vistazo antes de entregármela. Dudé por un momento antes de cogerla.

La carta estaba mecanografiada, en un papel con los bordes amarillentos idéntico al que había conservado Thomas.

Los ojos me lloraban a causa del frío, me costó leerla.

Moje Kochanie, cariño:

¿Cuándo vuelves?

Te escribo aunque no tengo ningún sitio donde enviarte esta carta, ningún sitio en tu mundo sin buzones; tus viajes, el trabajo, ya lo sé, pero esta noche tengo que hablarte. Hace un rato he estado hablando contigo desde mi cama, te he hablado como se habla a Dios, pero no ha funcionado. De todas formas, me viene bien escribir en tu lengua, en espera de la lengua de tu boca. Lo hago en la vieja máquina Remington, me encanta el ruido que hace, va muy bien con las piedras doradas de la casa; resuena dentro de ella y me parece que soy una de esas escritoras que salen en las películas americanas.

Te escribo porque tengo el presentimiento de que va a suceder algo malo. Siempre intuyo lo que va a pasar. Cuando era pequeña supe que mi abuelo iba a morir justo antes de que muriera, porque en ese momento sentí muchísimo frío y como si alguien me estrangulara, sentí dos manos alrededor de mi cuello como siento las tuyas sobre mi piel cuando te mueves dentro de mí; creo que lo supe porque Dziadek, el abuelo, y yo éramos uña y carne. Siento el mismo frío, pero esta vez es por mí. Ella lo sabe. No dice nada, no exterioriza nada, pero yo estoy segura. Lo sabe.

¿Lo haremos? ¿Nos iremos?

Por aquí todo va bien. Quiero mucho a tus hijos, aunque, a veces, Lise, ya te lo he dicho, me asusta con sus grandes ojos como monedas de plata.

Estoy deseando que llegue la Navidad porque estarás aquí, habrás vuelto, y me pregunto si todas esas personas a las que vas a ver en tus viajes necesitan todas esas cosas que vendes. En casa, en Polonia, mi padre era carpintero. Las cosas que él vendía eran cosas útiles. Todo el mundo necesita sillas donde apoyar las nalgas para no estar de pie todo el tiempo y mesas para cenar, y armarios, y bancos y caballitos de madera. Hizo uno para mí cuando cumplí seis años, con una cuerda a modo de

crin. Le dibujó unas manchas grises sobre el pelaje alazán, pero le pintó el hocico de azul, seguramente para que no creyera que era un caballo de verdad, como si yo fuera tonta. Un día mi vecino se subió a él y lo rompió; típico de los chicos. Nathan también rompe a veces las cosas de Lise, y ella hace lo mismo con las de él, salvo que Nathan no lo hace a propósito y Lise sí.

Tu hija y tu mujer se parecen, en el pelo rubio ceniza y en la mirada metálica.

¿Cuándo vuelves? Ya sé que llamaste ayer por teléfono, pero, claro, no pude preguntar. Ojalá ella no hubiera estado en casa, ojalá hubiera respondido yo, y no ella. Desde que la cabina telefónica está rota siento como si fuera a morir de tristeza todas las tardes. Qué diferente a cuando bajaba a la calle a esperar tu llamada entre las cuatro paredes de cristal, y oía tu voz y me hacías reír y después todo era posible y alegre hasta tu regreso de verdad. En lugar de eso, escribo. Si todo va bien, no leerás esta carta. Pero escribo porque noto el frío como con Dziadek, el abuelo, y me encuentro mal. Si no estoy aquí cuando vuelvas, significará que tengo razón; te dejaré esta carta en nuestro escondite, ya sabes dónde, seguramente se te ocurrirá ir a mirar ahí, espero, y así sabrás que no te he abandonado.

Quizá estoy diciendo tonterías, quizá estoy desvariando porque te echo demasiado de menos, hace mucho frío y estoy incubando una enfermedad. «Estoy hecha polvo», como tú dices. Me hace gracia; te imagino como un gran cojín que sacudo con mis manos para limpiar, y siempre, qué tontería, me acuerdo de esto cuando estamos en la cama, cuando nuestros sudores se mezclan; cierro los ojos y tú te conviertes en un cojín muy suave, y entonces te sacudo con mis manos con más fuerza aún, mullo y te sacudo, y tu sudor es una lluvia en forma de amor.

¿Lo haremos? ¿Huiremos?

Cuando no estás aquí todas las cosas de las que estoy segura cuando estás a mi lado se convierten en dudas y sombras, en grandes pájaros negros que revolotean encima

de mi cama y me picotean la cara.

Mañana volverás a llamar, espero, y contestaré yo porque ella estará en la peluquería, poniéndose guapa para tu regreso.

Yo no haré nada especial a tu regreso. Estaré aquí, esperándote.

Kocham cię, te quiero,

C.

C.

Christina. Cora. Tú también firmabas C.

Esa C me hizo polvo.

—¿Qué es esto? —preguntó el bombero mientras colocaban a mi madre en una camilla y la tapaban con una manta, como si fuera una momia, en la parte trasera de la ambulancia.

—No sé —dije sin mirarle, con la carta temblando en mis manos—. No estoy seguro.

—Pues parece que ha sido lo que la ha matado.

Los bomberos salvan a la gente, pero no son muy diplomáticos.

La ambulancia se fue, un resplandor rojo sobre el asfalto desapareció en las revueltas. *Déjà vu*. Me habría sentido muy bien gritar, pero me sentía absolutamente incapaz. Me parecía inconcebible incluso pronunciar una sola palabra. Doblé la carta, alisé los dobleces y me la guardé en el bolsillo. Me quedé inmóvil durante un instante, después los niños reaparecieron en el umbral; mis piernas, como dos autómatas, comenzaron a subir las escaleras. Prestaba atención a cada escalón, no tanto por el hielo como por asegurarme de la materialidad de mis pasos, para hacer de esa ascensión una vuelta a la realidad. Y asumirla, por los mellizos. Ellos me observaban sin decir nada, con los brazos caídos, pegados el uno al otro como dos hermanos siameses. Por ellos tenía que recuperar mi voz, encontrar y decir las palabras menos inadecuadas, porque en ese tipo de situaciones las palabras adecuadas no existen. Finalmente ellos mismos me sacaron del apuro, como lo han hecho siempre.

—¿La abuelita está muerta? —preguntó Soline, con sus ojos verdes más intensos que nunca clavados en los míos, tanto que me era imposible escapar de ellos.

Me agaché y, aguantando la mirada de nuestra hija, le dije:

—Sí. Tenía el corazón delicado desde hacía mucho tiempo, ya lo sabéis: Hoy se le ha parado del todo.

—¿Le ha dolido? —murmuró Colin, mucho más sensible que su hermana, con la voz quebrada.

—No, Coco. Ha sido todo muy rápido, no ha podido darse cuenta. Es como si se hubiera dormido, ¿sabes?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, dio un paso hacia mí y se arrojó a mis brazos. Instantes después su hermana lo imitó. Por una vez —la primera vez— la imitación se hizo en este sentido. Estreché a nuestros hijos contra mí, tan minúsculos todavía, dos plumas pegadas a mi pecho. Pero ninguno de los dos lloró, ni uno ni el otro. La muerte les era familiar; aún no habían cumplido seis años y ya estaban

familiarizados con ella.

Mientras les sugería que entráramos en la casa —fuera hacía bajo cero y los tres estábamos en mangas de camisa—, Colin susurró separándose de mí:

—Te dijimos que iba a ocurrir una desgracia.

Sentí un escalofrío. En efecto, me lo habían dicho, pero en sueños. A partir de ese momento no había sabido distinguir entre lo que era verdad y lo que no lo era.

—¿Hola?

Al otro lado de la línea sonó un zumbido.

—¿Lise? ¿Qué es ese ruido?

—Estoy esquilando mi jersey.

—¿Perdón?

—En las galerías hay un aparatito genial que se llama «quitabolas». Es como la afeitadora eléctrica que usas para tu barba, salvo que en este caso es para la lana. Hace tres años que lo utilizo en el jersey de cachemira azul marino que me regalaste, ¿te acuerdas?

No supe qué decir. La noticia que tenía que darle no tenía nada que ver con ese principio de conversación.

—¿Chaval? ¿Estás ahí?

—Lise...

—¡Desembucha! Se me acaba el descanso.

—Mamá ha muerto.

El zumbido continuó sonando en el vacío durante un momento y después se detuvo. El silencio cambió de lado.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido una crisis cardíaca.

—Pero ¿cuándo? ¿Cómo es posible, así, de golpe? Tomaba sus medicinas, ¿no? No lo comprendo... ¡Seguro que ha pasado algo!

Su voz se estranguló. ¿Debía hablarle de la carta, de la otra carta? ¿Esperar? Parecía anonadada. No era su estilo, ni siquiera cuando el drama le tocaba de cerca; en tu entierro, Cora, se ligó a un enterrador y apenas me dio el pésame. Decidí esperar.

—Ha sido hace una hora. Salió a recoger el correo y, como no volvía, fui a ver qué pasaba. Estaba en el suelo y... y... No había nada que hacer. Lo sabíamos, Lise. Sabíamos que podía suceder.

Nuevo silencio, profundo como un pozo.

—Nunca lo hubiera pensado. Nunca. Era tan... Ya sabes...

—Tan indestructible.

—Sí. Te lo juro, pensaba que ella me enterraría... Nathan, ¡sinceramente pensaba

que ella me enterraría!

Mientras decía estas palabras su voz se quebró hasta desvanecerse. Unos segundos más tarde colgó. En todo caso yo la conocía bastante como para dejarla llevar nuestra tragedia a su manera, por lo que no volví a llamarla. Esta breve conversación me puso en mi sitio; fui consciente de lo que me esperaba. Formalidades, exequias, notario, esta casa que habría que vaciar, vender. Mamá había muerto; tras de sí dejaba una caravana de problemas. Quizá pueda parecer indecente, pero pensar así me evitaba pensar en otras cosas.

Así que en las siguientes semanas no pensé más que en términos de logística.

El universo está revuelto; Japón asolado por los temblores de tierra, devorado por los tsunamis; estamos en guerra contra Libia; una nube radiactiva se pasea sobre el mundo; los países árabes hacen su revolución.

Nuestros hijos han pasado a primero, se desenvuelven como jefes, disputándose el primer puesto de la lista. Probablemente ganará Soline.

Para mi treinta y cuatro cumpleaños me han hecho dos regalos. Estos regalos, fatalmente opuestos, me han hecho decidirme a empezar esta narración. En tu memoria, Cora, y en memoria de algunos otros. No me imaginaba lo que acabo de saber... Pero cada cosa a su tiempo; a menudo me reprochabas mi impaciencia.

Mi tsunami es interior. Los destrozos son menos visibles, pero en cualquier caso están ahí.

Así pues, el 12 de marzo de 2011 llamaron a mi puerta cuando estaba trabajando en los planos de remodelación del antiguo cine: desperfectos en los muros, infiltraciones, molduras que faltaban, invasión de cucarachas, todo un programa. El cartero dejó dos paquetes a mi puerta: uno pequeño, el otro enorme. En el pequeño reconocí la letra de mi hermana; venía del extranjero.

Unas semanas después de los funerales de nuestra madre, Lise desapareció. Fue como si se la hubiera tragado la tierra. Acabábamos de recibir el dinero del seguro de fallecimiento; no sabíamos que mamá lo tuviera, de modo que la comunicación del notario nos sorprendió a los dos. Tal precaución en una mujer con un patrimonio inmobiliario considerable y sin ningún problema de dinero denotaba que se sentía amenazada. Hubiera podido comprenderlo tras sufrir su crisis de angina de pecho, pero la precaución no databa de ayer: había suscrito la póliza al marcharse nuestro padre, hacía treinta años. Fuera como fuese, nos dieron a cada uno cerca de cien mil euros; al mismo tiempo hubo un comprador para la casa, y el compromiso de venta se firmó unos días más tarde. Lise dejaría de tener problemas de dinero por fin. Sin embargo en la lectura del testamento la vi más hundida que nunca. Sus raíces pelirrojas estaban veteadas de blanco, iba sin maquillar y vestida de cualquier manera, con un vaquero raído y una camiseta suelta. El señor Marceau, un hombrecillo achaparrado con un traje a medida, anunció que Grâce había dejado una carta dirigida a nosotros que no podía abrirse más que en caso de absoluta necesidad, por una razón imperiosa que nosotros reconoceríamos si en algún momento llegaba a surgir. Por supuesto Lise quiso leerla, pero no teníamos ninguna «razón imperiosa». Mi hermana gritó, se encolerizó, incluso dio golpes en la pared, pero el señor

Marceau permaneció inflexible. Guardó la carta en la carpeta y nos invitó a salir del despacho. Pensé que Lise lo iba a matar.

Nada más cobrar su cheque mi hermana desapareció. Devolvió su apartamento, dejó su trabajo, vació su cuenta corriente y rescindió su contrato de teléfono. Cuando recibí su paquete timbrado en Brasil, hacía dos meses que había perdido su rastro después de llamar a todas nuestras amistades comunes, a las galerías Lafayette, a los hospitales e incluso a los depósitos de cadáveres. Aunque no estábamos muy unidos, Lise nunca había dejado de llamar a los niños por su cumpleaños, el 7 de febrero. Por primera vez no lo hizo. En ese momento empecé a inquietarme, pensé en llamar a la policía para denunciar su desaparición, sabiendo que me mandarían a paseo diciéndome: «Su hermana es mayor y está vacunada». A su edad y en su situación la mayor parte de las desapariciones son voluntarias.

En todo caso lo primero que hice fue abrir ávidamente aquel paquete. Por todos los santos, ¿qué se le ha perdido en Brasil? El sobre contenía un cuaderno forrado de cuero oscuro, el diario de nuestra madre. Un diario escrito hacía treinta años, cuando tenía la misma edad que yo ahora. También encontré un manuscrito que Lise llamaba «Nota explicativa». En efecto, la nota contenía unas cuantas explicaciones. Menos mal que me senté a leerla.

Me instalé en el sofá; el de siempre, Cora, tu sofá de Arne Jacobsen que nunca pudiste decidirte a vender, ni siquiera cuando nuestras finanzas dejaban mucho que desear. Ojeé el diario de Grâce, pero enseguida lo dejé, petrificado por una verdad que entreveía a fragmentos. Petrificado también por una frase: «Lise es mi preferida». Lo sabía, por supuesto, pero así, negro sobre blanco, me pareció abominable.

Me puse a leer entonces la «nota» de mi hermana, descifrando con dificultad su grafía tortuosa.

Chaval.  
Feliz cumpleaños.

Sí, estoy viva. Perdona si te he preocupado. De todas formas no hay que exagerar, solo han pasado unas cuantas semanas... En fin, te conozco: eres un flipado. Bueno, lo siento.

Tenía que irme. Me había quedado por mamá, pero ahora tenía que irme, lo más lejos posible, donde nadie supiera nada, donde nadie me conociera, donde quizá pueda llegar a ser alguien diferente, o quizá simplemente una persona cualquiera.

Lo que te voy a contar no te va a tranquilizar precisamente, pero es necesario que lo haga. Porque después de todo, te quiero. Eres mi hermano y has estado jodido, de otra manera que yo, pero también has estado jodido. No nos comprendemos, pero al menos tenemos esto en común: el dolor.

Me pregunto qué opinas de lo que pasó en Navidad, de los sucesos que tuvieron lugar en la casa. Por lo

pronto debo decirte que yo tuve mucho que ver con todo aquello.

El año pasado, cuando mamá sufrió la angina de pecho, pasó una semana en el hospital. Fui yo quien me ocupé de ella porque tú no estabas, porque tú tienes tu vida (y me alegra por ti, aunque a veces no lo parezca). Tuve que ir varias veces a la casa a buscar mudas y cosas de aseo. Nunca había estado sola en ella. Aunque parezca increíble, es la verdad. ¿Te das cuenta, Nathan? Siempre había alguien, sea mamá, papá, la abuela o alguna canguro. Quizá tú estuviste solo allí después de que yo me fuera. Pero yo no, nunca había estado sola en esa casa; sentí un malestar unido a una excitación.

Soy mujer y me parezco a nuestra madre (después comprenderás hasta qué punto), por lo tanto me dediqué a fisgar. Sentí una necesidad irreprimible de fisgar. Cuando se busca, se encuentra. Sucede como con los tíos: si buscas, les descubres las amantes, las traiciones, las cochinas. Siempre encuentras algo. Si quieres vivir en paz, no hay que buscar; pero es algo superior a mis fuerzas. Todo comenzó porque hace treinta años metí la nariz donde no debía. Y todo se acaba por la misma razón.

Durante su estancia en el hospital encontré este diario en el desván, en medio de un batiburrillo de antiguallas. Digo un batiburrillo, pero el cuaderno estaba muy bien colocado —muy bien escondido— en una caja sin anotación alguna, junto a unos álbumes de fotos de la misma época y a tus dibujos, Nathan, unos dibujos obsesivos que representaban siempre a Christina.

Me acuerdo perfectamente de ese día, del día en que desapareció de pronto, como tragada por los muros. Me acuerdo de mamá, poco antes del día de Navidad del año 1981. Tú no eras más que un mocoso, pero yo me daba cuenta. Sabía que entre papá y esa chica había algo. Una vez los sorprendí follando. Mamá estaba en el trabajo, tú dormías; ellos follaban. No me vieron, pero entonces comprendí cómo eran los hombres.

Ya sé que tú no. Eres la excepción que confirma la regla. El nenaza que confirma la regla. Quizá deberías tomártelo como un cumplido.

Estábamos en casa de la abuela, ¿te acuerdas? Ese año fuimos a casa de la abuela justo antes de Navidad. Te resbalaste en el parquet que acababan de encerar y te magullaste la nariz; sangrabas muchísimo, lo recuerdo perfectamente.

Y cuando volvimos a casa todo estaba transformado.

No sé qué hizo Grâce con el cuerpo. Quizá lo enterró en el jardín... Eso pienso. Es lo que yo habría hecho.

Durante todos esos años, chaval, jugamos sobre un jodido cadáver.

Cuando supe del regreso de papá, mamá estaba en tal estado que se me ocurrió inspirarme en su diario para meterle miedo: los maleficios, los espectros, las muñecas vudú. ¡Era el *timing* perfecto! Ella, completamente perturbada, volvería a revivir el pasado; yo, sabiendo lo que sabía.

Me apeteció hacerlo. Me ocurrió lo mismo que con el fisgoneo: no me pude resistir. Para que vendiera la casa, y también para fastidiarla. No podía apartar ese diario de mi cabeza, sus palabras eran para mí como una migraña, lacerantes. A nosotros apenas nos mencionaba, éramos un cero a la izquierda.

Sus celos mataron a esa chica, Nathan, y la muerte de esa chica nos mató a nosotros.

Yo también estoy celosa. Siempre he estado celosa, de mamá, de ti, del mundo entero. En el colegio, celosa de mis compañeras que tenían un padre; luego, celosa de todos esos seres dotados para la felicidad. No intento justificarme, pero ellos —Grâce y Thomas Bataille— han arruinado mi futuro, destrozado mis posibilidades. Ella todavía más que él, incapaz de retenerlo, superficial y descerebrada. Papá se marchó, nos abandonó. Yo dejé mis estudios, me las he arreglado como he podido, he echado a perder mi vida. Si Thomas

no se hubiera follado a esa chica, si Grâce no hubiera matado a esa chica, si hubiéramos sido una familia normal, yo sería otra persona.

Sobrevivo desde hace veinte años con el salario mínimo, o algo parecido; no tendré hijos, ni una familia. Tú sí, tú has triunfado. Mamá lo decía muchas veces: «Estoy tan orgullosa de Nathan, ¡siempre ha sido tan capaz!». Yo, en cambio, fichando como en una fábrica, apestando a Chanel, a Dior y a Mauboussin... Tú has triunfado gracias a la ignorancia. Has triunfado porque en aquel momento aún no eras una persona, y para ti la maldad no existía aún.

Ellos lo sembraron en mí, los tres. Como esa trepadora, el nabo del diablo, que ha podrido nuestros muros impidiendo incluso abrir algunas contraventanas, el mal ha ido creciendo en mí a lo largo de todos estos años.

Yo no quería una vida así, ¿lo entiendes? Y mamá se negaba a vender la casa... ¡Hubiera sido tan sencillo que hiciera una donación en vida! ¡Y ese seguro de defunción! Hubiera podido ayudarme, pero no: había que esperar a que ella muriera. Qué estupidez... Ella me hablaba de «realización». Decía que mi suplicio, tarde o temprano, desembocaría en una revelación, en una reconversión, en una «salida». Me hablaba así y mi cabeza bullía de insultos que no pronunciaba.

Seguramente la decepcioné. Seguramente no he sido la hija que ella esperaba. De niña, decía ella, yo era su preferida. Puede ser. Pero las cosas cambiaron a partir de esa época, créeme.

Grâce no me quería. Grâce ya no quería a nadie. Salvo a tus mellizos, quizá, nacidos después del desastre.

Yo estaba enamorada y quería pasta para empezar a vivir. Luego abandoné a ese hombre porque tenía sobre mí la influencia de un gurú y porque, tras la muerte de mamá, vi muy claras algunas cosas. Porque nunca dejo que los hombres me elijan, y yo los elijo mal.

En fin, como decía ella.

Pero en Navidad me quería marchar. Irme con él, dejarlo todo, empezar de cero. Quería huir de esa maldita vida en la que me sentía acorralada por culpa de ellos, de Grâce, Thomas y Christina.

Es lo que estoy haciendo, en cierto modo, aunque me esté resultando más complicado de lo previsto. Me han sellado un pasaporte por primera vez en mi vida, ¿te das cuenta? ¡Menuda forma de realizarse, tener que esperar cuarenta años para cambiar de continente!

Perdón, no sé escribir; me voy por las ramas.

Tú eres el más inteligente de los dos, tú solito lo comprenderás.

Tenía las llaves, era fácil. Abrí las cortinas, clavé el cuchillo en el techo subiéndome a un taburete, con un martillo forrado de cuero para amortiguar el ruido; mamá estaba tan atiborrada de sedantes que ni siquiera rechistó. Lancé las piedras contra los cristales, puse a esa vieja Barbie personalizada en la casa de muñecas (¡tuviste que ser tú el que la encontrara! No se puede prever todo. Tampoco había previsto tirar tu regalo al fuego. Se me ocurrió en el momento). En cuanto a los proyectiles de carbón, se lo encargué a los hijos de Fargeot; es alucinante lo que esos adolescentes pueden hacer por tres cartones de cigarrillos... Pero esos dos cretinos no son más hábiles con el tirachinas que su padre: les dije que apuntaran al ventanal, pero reventaron la ventana de los mellizos. Les eché bronca el día de Navidad. Lo hice por teléfono, tal vez lo recuerdes... En fin, empecé a pensar que había ido demasiado lejos. Tus chavales son tan pequeños que no se merecen pasar miedo ni frío. Perdóname, si puedes. Soy un nabo del diablo, es verdad; el caso es que me pasé casi todo el día llorando.

A pesar de todo, la suerte parecía estar de mi lado; todos esos problemas acumulados, la corneja, el cristal del salón... El depósito de encima de la bañera, todo eso me dio miedo porque había un nexo y yo lo sabía. Era como si Christina participara en el plan... Después de la serpiente, no volví a tramar nada más. De todas maneras, por muy contrariada que estuviera, Grâce seguía sin estar dispuesta a vender la casa. A decir verdad, yo estaba más asustada que ella. Siempre me preguntaba si no habría despertado a un demonio. Si

Christina, en definitiva, no estaría realmente allí.

Yo tenía once años y lo observaba todo. Mamá me llamaba «la cotilla»... Desde que los había sorprendido espiaba todo lo que podía. Sabía que papá y Christina tenían un escondrijo. Se dejaban cositas dentro, mensajes de amor, flores; toda una serie de porquerías, como nos dijo él mismo.

El 22 de diciembre, justo el día en que papá debía volver de viaje, mamá abrió de nuevo la habitación de Christina: estaba vacía, pero yo vi la carta sobre la Remington. Sabía que algo había pasado. Sabía que esa carta era de mamá, no de Christina: había visto cómo la tecleaba y la metía en el sobre. Entonces la cogí y fui a guardarla en el escondrijo.

Pero allí, detrás de la piedra, ya había una. Otra carta, una auténtica, que he guardado todos estos años. La leí, pero yo era demasiado pequeña. No entendí nada.

Ahora en cambio lo comprendo todo. Cada palabra.

Se la di a papá en el Grand Café. Quería que la verdad triunfara, curar esa herida que me escocía desde la infancia. Si no hubiera hecho eso cuando era una mocosa —intercambiar las cartas—, papá seguramente no se habría creído la teoría de la marcha precipitada. Habría habido una investigación, me refiero a una investigación como es debido... En ese momento no me di cuenta de la gravedad de mi acto, ni de sus consecuencias. Pensaba que Christina se había marchado de verdad, y yo quería ayudar a mamá.

Fue una estupidez, por supuesto; la estupidez de una chiquilla que creía entenderlo todo y no comprendía nada.

Una pobre emigrante polaca, una chica sin raíces que desaparece, no le importa a nadie. Es triste, pero a nadie le importa. Varios meses después de que papá nos abandonara, la policía vino a casa porque ella había trabajado con nosotros. Pero ¿y qué? No averiguaron nada.

Sí, mamá era indestructible. No sé si se negaba a asumir su responsabilidad o si quería protegernos, a ti y a mí... Con ella en prisión, ¿qué habría sido de nosotros? Quizá habríamos sido más felices, pero eso es otra historia.

Nunca deseé su muerte, Nathan. Te lo juro. Su muerte me ha hundido en la miseria.

Se la merecía, sin duda. Cada uno se consuela como puede.

Pero las cosas son como son.

Papá envió por correo a mamá la carta auténtica de Christina, en la que venía a decir: «Grâce me ha matado».

Y mamá está muerta. Por mi culpa.

No por culpa de la tontería de las piedras, del cuchillo y del collar en la estufa. Por culpa de esa carta, entregada a su destinatario con tres décadas de retraso.

Tanto mamá como yo queríamos conseguir que alguien se marchara de esta maldita casa.

Con treinta años de intervalo, ambas somos unas asesinas.

Me quedé anonadado con esa «nota» en la mano, Cora. Me serví un whisky con hielo a las once de la mañana y después me leí de cabo a rabo el diario de Grâce.

Las mujeres están locas. Las mujeres sienten cosas que no puedo comprender, ni siquiera plantearme.

Eso es lo que pensé después de esas lecturas.

Y mi hermana, por todos los santos... ¡Qué teatrera! ¡Qué facilidad para el teatro! Lise nunca ha encontrado su camino, y sin embargo tenía uno perfectamente trazado.

Tal vez dentro de poco se convierta en la estrella de una telenovela y aparezca muy bronceada llorando a causa de sus malditos amantes.

Mi madre tenía treinta y cuatro años en ese momento. La edad que tú tenías cuando falleciste, la edad de Claire, mi edad. ¿Cómo es posible sentirse tan estropeada a esa edad?

Los años ochenta marcaron la llegada de las supermodelos y de los cuerpos perfectos, del adoctrinamiento de las revistas de moda, de la estandarización de las chicas de portada, el bombardeo publicitario como nueva religión. Fue el boom de la sociedad de consumo, y para consumir había que ser guapo, joven, deportivo, productivo. Thomas lo era todavía, Christina iba a serlo.

Y eso mi madre no lo soportó.

Lloré. No había llorado con tanto desconsuelo desde tu muerte. Parecía que mis lágrimas no iban a acabar nunca.

Pero acabaron, por supuesto. Siempre acaban, se secan como los pantanos.

A continuación abrí el segundo paquete; venía de otra C.

Era un dibujo de Claire, de la que no había tenido noticias desde la extraña noche pasada con ella. Aquí no había nota explicativa, ni siquiera una palabra.

Era un inmenso boceto en blanco y negro, hábilmente encuadrado, que representaba a un ángel visto de espaldas. Un hombre trajeado de cuyos omóplatos salían unas alas. La composición recordaba a Ernest Pignon-Ernest, aunque menos refinado, más gótico. De lejos no se veía más que eso: un ángel hombre de negocios. Al acercarte te dabas cuenta de que las alas estaban hechas de pájaros; cada ala era una nube de otras alas negras, como imágenes fractales, hasta el infinito. Acababa de leer los «esbirros» de mi madre y el dibujo me produjo el mismo efecto que mi fecha de nacimiento en el cementerio. Dejé caer el cuadro al suelo; el cristal se rompió, el papel Canson cayó como un rollo de papel pintado.

*Amigo, ¿oyes el vuelo negro de los cuervos sobre nuestras llanuras...?*

Detrás del dibujo estaba su fecha de ejecución —28 de diciembre, el día de la muerte de Grâce—, la firma de Claire y su número de teléfono. «Dejemos de morir». Eso era lo que había escrito, a menos que fuera el título de la obra.

Por supuesto la telefoneé.

Era el título de la obra, pero la obra era para mí.

En París hace un tiempo estupendo para un mes de abril, muy caluroso, un tiempo de agosto. Voy en pantalón corto a las terrazas de los cafés, un desenfreno climático. Sin embargo todos los coches tienen aspecto de carrozas fúnebres.

El 1 de abril, día de los Inocentes, recibí una llamada por la mañana, pero por desgracia no se trataba de una broma.

Hacía varias semanas que habían empezado a hacer obras en la casa por iniciativa de los nuevos propietarios, una pareja joven con un bebé. La llamada era de Édouard Francannet, a quien sus colegas habían encargado darnos la noticia porque era más o menos amigo de la familia.

En la estructura de cemento de la barra americana los obreros habían encontrado un esqueleto. El esqueleto de una mujer de diecinueve o veinte años, muerta hacía varias décadas, envuelto en una manta.

«Durante todo esos años, chaval, estuvimos jugando sobre un jodido cadáver».

Francannet me preguntó si tenía idea de a quién podía pertenecer el cuerpo. Me quedé un buen rato en silencio. Por supuesto que tenía idea. Más que una idea, una certeza. Estuve a punto de mentir, pero ¿para qué? Mamá estaba muerta. Thomas quizá ya estaba en otro mundo en su lejana Italia; y, en el caso de que todavía pudiera comprender, siempre había deseado la verdad. En cuanto a Lise, la exilada carioca, su nota dejaba entender que no la volvería a ver por el momento. Se lo debía a Christina, a su familia, si es que aún le quedaba alguien en alguna parte. Me lo debía a mí mismo: me negaba a ser cómplice de semejante atrocidad. Mala suerte para los Bresson. Mala suerte para su heroísmo.

—Creo que sí. Creo que se trata de Christina Raziwicz.

—¿Quién?

—Christina Raziwicz. Era una joven niñera que estuvo en casa cuando yo era pequeño. Siempre pensamos que se había ido... No estoy seguro, pero creo, comisario, que podría ser ella.

Silencio.

—¿Y sabe cuándo murió?

Inspiré a pleno pulmón.

—En 1981. El martes 15 de diciembre de 1981.

5 + 1 = 6. La cabeza me daba vueltas, Cora.

—Me acuerdo de esa jovencita... ¿En esa época era vecino vuestro!

—Lo sé.

—Perdóneme, Nathan, pero ¿cómo puede estar tan seguro? Si no me equivoco, usted tenía... ¿cuatro, cinco años?

—Al morir mi madre heredé un diario suyo. Un diario que escribió ese año.

—¿Lo tiene todavía? ¿Ese diario?

—Sí.

—Vamos a necesitarlo. Para cerrar el caso, ¿entiende?

—Por supuesto. Se lo envío en un paquete certificado, ¿le va bien?

—Perfecto. ¿Hoy?

—Sí, hoy mismo. En cuanto cuelgue, me pongo a ello.

—De acuerdo. Gracias, Nathan.

—¿Podré recuperarlo después?

—No sé. Veremos qué se puede hacer.

Colgué, cogí el diario encuadernado en cuero y salí del piso.

Hice exactamente lo que le había prometido a Édouard, pero antes pasé por una tienda de fotocopias, pues no estaba seguro de volver a ver el diario. Al igual que Grâce, quiero conservar en la memoria lo que pasó. No poder hacer jamás como si no hubiera pasado nada.

De vuelta en casa me serví una copa para darme valor, después telefoneé al señor Marceau. Le conté toda la historia y, sin que yo tuviera que pedirle nada, suspiró:

—Bien. Os haré llegar la carta de vuestra madre, de acuerdo con su voluntad.

Últimamente el servicio de correos envía muchos fantasmas.

Esta mañana algunos diarios titulaban: «Descubrimiento macabro en una villa del Beaujolais». En todos los casos se trataba de un simple suelto en medio de las grandes catástrofes del mundo, algunas líneas chapuceras en memoria de una polaca desaparecida hacía treinta años.

Todo me parece tan confuso, Cora... A mi alrededor hay muchos muertos, más de los que imaginaba. Aquellos de cuyo fallecimiento tuve noticia: mis abuelos y tú. Aquellos de los que no la tuve: Aurélien, Christina. Mi historia rebosa de cadáveres en los armarios, en el sentido literal; hemos vivido con un esqueleto emparedado. ¿Cómo pudo soportarlo Grâce? ¿Qué aberración la llevó a hacernos una cosa así? ¡Hemos jugado sobre esa barra, bebido sobre esa barra, comido sobre esa barra! Hemos vivido encima de Christina, todos, tú, yo, Lise, los mellizos; solo de pensarlo me entran ganas de vomitar.

Pero no, mi amor. Para ser honesto, jamás percibí nada. La única manifestación de esos muertos, de todos esos secretos, de esos huesos blanqueados, fue para mí una soledad infinita, abismal, permanente, esa soledad que hoy me parece haber conocido desde siempre. Podría concebir de otra forma la aversión que sentía por esa casa, pero desde un punto de vista estrictamente racional mi inquina estaba más motivada por la tensión que reinaba dentro de ella que por la intuición de un crimen indetectable. Sin embargo creo que algunas personas son capaces de sentirlo. Nuestros hijos sí lo percibieron, porque son niños, o porque nacieron sin ti, o quizá por ambas cosas. En estos últimos meses han pronunciado alguna que otra vez el nombre de «Tina», sobre

todo en sueños. Pero algo me dice que a partir de hoy no volverán a hacerlo. De ahora en adelante Christina es una «muerta en paz». Ahora que la han encontrado, será reconocida, identificada, enterrada, rezada. Se le hará justicia, tanta como se pueda.

Los muertos en paz no tienen necesidad de molestar a los vivos.

En todo caso, eso espero.

*Grâce Bresson,  
22 de diciembre de 2010, salón,  
el reloj está dando las 21.30 h*

A mis hijos Lise y Nathan:

Vosotros no lo sabéis, pero hace veintinueve años juré, casi día tras día, no volver a escribir una sola línea. Y lo he mantenido. Durante veintinueve años me he limitado a rellenar formularios, firmar contratos, libros de notas escolares, cheques y cartas certificadas.

De mí no he vuelto a decir ni una sola palabra.

Yo ya no era una persona, solo un mero estatus.

Vuelvo a tomar la pluma porque, desde hace un tiempo, algo pasa. Thomas ha vuelto. Y Christina ha vuelto con él.

Yo vuelvo con ellos, durante algunas horas, durante algunos días.

Confío en el señor Marceau: si leéis esta carta, significará que he muerto. Que la verdad, por fin, ha salido a la luz. Una parte de la verdad, digamos, si es que puede haber una única verdad, cosa que dudo.

Esta noche me anticipo.

Si muero, venderéis la casa. Si la casa se vende, será remodelada. Si es remodelada, es probable que el pasado emerja de las paredes.

Yo maté a Christina. Podría considerarse como un triste accidente, pero yo sé muy bien que no fue así. Yo maté a Christina y hoy Christina quiere matarme. Su amante reaparece, ella renace de sus cenizas. Sé que es capaz de eso, sí. Nunca es demasiado tarde para volver y vengarse.

Pero todo eso pasó en un mundo gemelo. No ocurrió en realidad aquí, fue en una casa paralela, en una realidad paralela. Ese año fui una Grâce paralela. Sabía que este mundo oscuro volvería a abrirse un día; hace cerca de treinta años que estoy en suspenso. Treinta años de vida robados, robados para vosotros.

Hoy comienza mi fin. Ya era hora, supongo.

No niego mi culpa, cuidado. Hice a Christina responsable de la desintegración de nuestra familia. Sin embargo ella no tuvo nada que ver en el asunto; yo me las apañaba muy bien sola. Soñaba con conservar mi belleza en ámbar, fija y eterna como el insecto volador de una era pasada. La juventud se convirtió en una obsesión para mí; su búsqueda, un delirio; su pérdida, una enfermedad.

La belleza es una alienación, pues es imposible mantenerla intacta. Mi antigua apariencia fue la causa de todos mis sufrimientos, de todos vuestros sufrimientos, de todos los sufrimientos de esa joven que yo no calificaría de inocente pero que, naturalmente, no se merecía eso.

No te lo tomes a mal, Lili querida, pero me alivia pensar que no eres bella. La belleza, créeme, es una maldición. Christina y yo pagamos un precio muy alto por su causa; ella fue el chivo expiatorio de mi degradación.

Hacer desaparecer el cuerpo significaba hacer desaparecer el crimen. Es lo que creí entonces. O lo que quise creer. Por supuesto no dio resultado. Nada desapareció, aparte de mí. Las arrugas siguieron su camino inexorable, como las grietas en los muros de camuflaje, sobre mi rostro, sobre mi cuerpo. Según Freud la «casa» es el lugar donde se repite el pasado. Sí, la habéis vendido, habéis hecho bien. Tarde o temprano es preciso hacer tabla rasa. Yo no podía. Vender la casa era como vender mi piel.

Lo primero que pensé fue enterrarla en el jardín. Pero era pleno invierno, el suelo estaba helado. Y además en el jardín hubiera podido olvidarla, como habíamos olvidado todos esos hámsters, peces rojos y

canarios dentro de cajas de zapatos.

Christina no cabía en una caja de zapatos.

En veinticuatro horas estaréis de vuelta y celebraremos la Navidad, pero yo estaré ya en una bolsa de plástico arrastrada por el viento, para adornar muy pronto la rama de un cactus en mitad del desierto.

Hagamos lo que hagamos, el desierto avanza.

Avanza sobre mí, me recubre, me inmoviliza y me devora.

He vivido con una mancha. Os he educado y tocado con mis manos sucias. Os he contaminado. Ese acto, impregnado en las palmas, líneas del corazón rotas.

Nuestra casa no está maldita, la vieja Chapelle estaba equivocada. Soy yo quien lo está.

¿Podréis comprender hoy algo de todo esto? Los dos sois adultos, con un pasado, heridas, dramas. ¿Seréis capaces de entender lo que os digo justo antes de morir?

Aunque bien mirado, ¿qué más da?

Alegraos, hijos míos.

Grâce ya no tiene miedo, Grâce ya no necesita ayuda, Grâce ya no escucha, Grâce ya no habla, Grâce ya no sufre, Grâce ya no envejece.

Grâce ya no existe, pero os ama igual.

Estas migajas de existencia, robadas a la justicia, os las he dado a vosotros.

Os quiero, Lise, Nathan, y también a los bebés. Sálvalos, hijo mío. Protégelos de mi pasado, del naufragio de mi vida. Ya han tenido bastante con lo suyo.

Ya no tengo esperanza, ya no tengo sueños. Desde hace casi treinta años espero que el tiempo pase, inevitable. Espero una liberación que nunca llegará. No espero ni perdón ni absolución. Sé que después no hay nada.

Nada para las personas como yo.

La que fue, a pesar de todo,  
vuestra madre

Esta vez el capítulo ha finalizado.

Voy a dejar mis muletas, a abandonar este mundo ortopédico para adaptarme, en lo posible, a la vida tal y como es.

Cora, soy un paciente en rehabilitación.

He querido contarte esta historia, al menos la visión que tengo de ella, a la fuerza parcial, sincera en su enfoque, novelada a mi pesar. Esta historia te concierne, concierne a nuestros hijos. Nuestros hijos, de alguna manera, han contribuido a ella. No sé si fui portador de infelicidad, si llegamos a contaminarte, yo, mi familia y esta casa a la que tampoco querías, sin nunca explicar por qué.

Este invierno me ha cambiado tanto que no puedo expresarlo con palabras.

«Yo ya no era una persona, solo un mero estatus».

Ahora estoy bien.

Tú no eras celosa, eras demasiado orgullosa para serlo y tenías razón; me atrevo a pensar que mi resurrección te afectará en el buen sentido. Paradójicamente todas estas catástrofes me han ayudado a superar tu muerte, como si contuvieran una forma de explicación. Viví contigo una felicidad redonda, una felicidad que era casi como de mentira, una felicidad de cuento. Sin duda por eso el universo se vengó; el universo no soporta lo perfecto, solo ama el caos. He aprendido que aquí abajo no se puede controlar todo. He aprendido que allí arriba nada es imposible. Así que quizá algún día nos volveremos a encontrar.

Mientras tanto comparto con Claire otra clase de felicidad, una felicidad cuadrada, triangular, octogonal o disforme, a veces dulce y apacible, a veces seca y cortante como una hoja de cuchilla. Tú eras el equilibrio personificado, Claire es un desequilibrio en sí misma, deprimida, deliciosa, atormentada, jovial, insensible, divertida, insoportable, enternecedora. Supongo que eso es lo que me gusta de ella; ya no soy lo bastante estable para una felicidad redonda.

Desde la terraza del bar en el que estoy sentado el sol se mueve de tal manera que sobre la formica de la mesa no solo aparece la sombra de mi copa, sino también la de las burbujas de cerveza; todo eso crea un haz dorado y lleno de estrellas que se prolonga desde el posavasos. Es como si viera este espectáculo por primera vez en mi vida. Seguro que no es así, pero la sensación que tengo es como de algo inédito. ¿Sabes? Al envejecer son cada vez más raras las primeras veces.

Junto a mí, los mellizos dibujan las aceras, los árboles y las fuentes del jardín de al lado. Bajo sus lápices el paisaje se vuelve completamente legible, desprovisto de cualquier vicio o elemento superfluo; sol y horizonte, círculos, líneas, miro sus dibujos para traducir el mundo, lo veo a través de sus ojos, tan claro de repente, tan simple, y entre sus dedos, ángel mío, vuelvo a formar parte por fin de la humanidad.

## **Agradecimientos**

Doy las gracias por este libro:

A mis padres.

A mi tío Claude.

A Karina Hocine, Caroline Laurent y Eva Bredin.

A Lettres frontière.

A Olivier, Thibault, Lise, Jean-Luc, Lauren y Matthieu.

A las películas de terror, sin las que mis domingos no tendrían ningún sentido.

# Notas

[1] En francés Grâce suena igual que *grasse* (gorda en español). La autora hace un juego fonético con Grâce y *garce* (prostituta, zorra). (N. de la T.) <<

[2] Fragmento de la «Canción de los partisanos», himno de la Resistencia francesa.  
(*N. de la T.*) <<